

LA MAGA

NOTICIAS DE CULTURA

TODOS LOS MARTES EN SU QUIOSCO

Año II Nº7 \$4

V DE VIAN
CON

Una revista casi de literatura

Testimonio:
Memorias
de un
eunuco

Inéditos:
Georges SIMENON
Julian BARNES

Biografía exclusiva

Los 3 Chiflados
según MOE

Diálogos

Hervé
GUIBERT
con Peter
HANDKE

Entrevistas:

Marcelo COHEN
Fernando NOY



Apuntes para una crítica de la razón poética

Digamos, por ejemplo:
por un punto dado fuera de la luna
sólo podrá trazarse a dicha luna
una perpendicular y sólo una.

O también:
llámese barroco a todo aquel
para quien la distancia menor
entre dos puntos
es la curva.

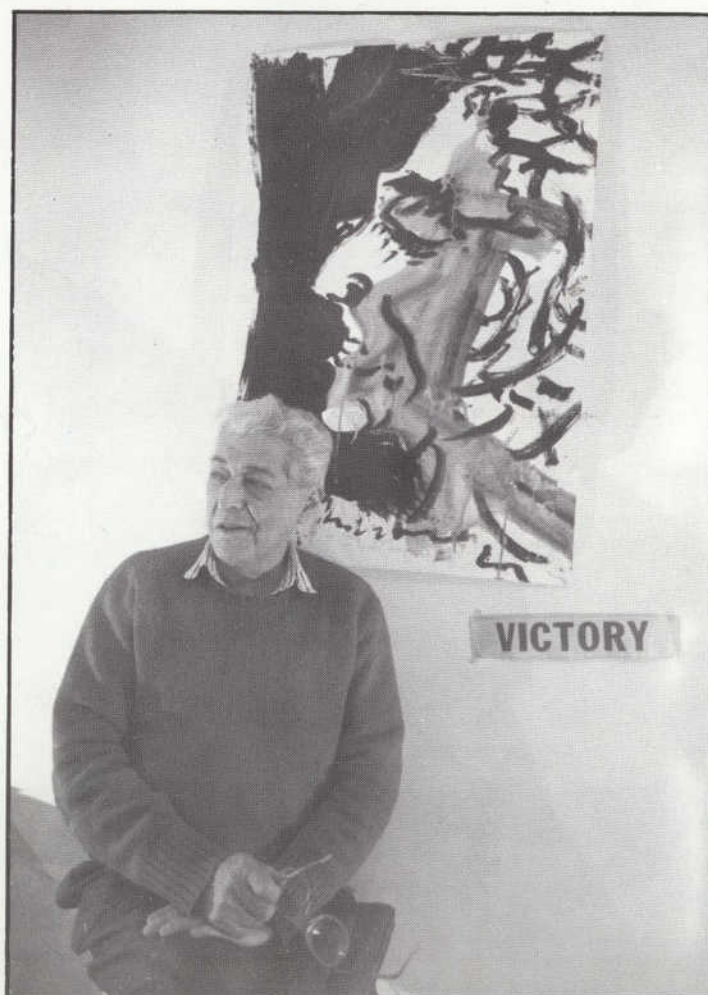
Proposición:
pasar de la poética de la moral
a la moral poética.

Ejemplo:
de dos peligros debe cuidarse el hombre nuevo:
de la derecha cuando es diestra
de la izquierda cuando es siniestra

En resumen:
más vale ser cabeza de león que cola de ratón.

El mejor modo de esperar es ir al encuentro.

Mario
Trejo



CON V DE VIAN

Año 2 Número 7
Mayo Junio de 1992

DIRECTOR
Sergio S. Olguín

COORDINACION
Karina Galperín

**ESCRIBEN Y/O
TRADUCEN**

Claudio Zeiger
Elvio Gandolfo
Christian Kupchik
Viviana Lysyj
Gustavo Noriega
Esteban Buch
Santiago Pasos

COLABORAN
Graciela Batticuore
Esther Feldman
Silvina Keselman
Mariel Lenz
Laurence Thouin-Bertagna
Diana Arbiser
Alejandra López

ARTE Y DIAGRAMACION
Gabriel Miró

**PROMOCION Y
PUBLICIDAD**
Flavia Torricelli

Con V de Vian es publicada por Ediciones Magara. Registro de la propiedad intelectual en trámite. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización previa. Las notas firmadas representan las opiniones de sus autores y no necesariamente de la revista.

Agradecimiento:
a Roberto Martínez
habitual proveedor de novedades.

Mensajes
240-1851

DISTRIBUCION
Tlapacs 381-8671

Capital Federal
República Argentina
Tercer Mundo

Sumario

3/
Apertura.

4/
Click!

6/
Boris Vian: Las hormigas.

10/
Fernando Noy: testimonio
reunido por Claudio Zeiger.

13/
Le Clézio: presentación de
Karina Galperín y el cuento
Vientos del Sur.

18/
Marcelo Cohen: entrevista
de Christian Kupchik.

23/
Viviana Lysyj: ficción.

24/
Los 3 Chiflados: nota de
Gustavo Noriega y Biografía
inédita a cargo de Moe.

30/
Peter Hanke: una entrevista
de Hervé Gilbert.

32/
Georges Simenon: cuento
inédito.

38/
Esteban Buch: ficción.

39/
Memorias de un eunuco:
testimonio

42/
Julian Barnes: Los retrocelos

44/
Silvina Keselman: poesía.

45/
Robert Mapplethorpe:
fotos.

46/
Lecturas: de Lenz, Batticuore
y Feldman.

49/
Boris Vian: Que se mueran
los feos.

Que bufen los eunucos

"Cuestiones y polémicas personales: ¿a quién ayudan? A quienes quieren reducir las cuestiones generales y de principios a riñas y ofensas particulares, a casos de ambición individual, a diversiones literarias y artísticas (cuando son literarias y artísticas)". La cita pertenece a Antonio Gramsci y viene a cuento de algunos comentarios (siempre a sotto voce, nada por escrito o públicamente) que despertó el número anterior de *Con V de Vian*. No nos molestan los comentarios despreciativos ("esa revista con pretensiones literarias"), insultantes o sobrados. No nos molesta que urdan historias falsas o vean conspiraciones en todas las páginas. En realidad no nos molesta nada. O casi nada. Así que aclaremos algunos puntos y refresquemos algunos conceptos.

Con V de Vian nació con ganas de molestar, de discutir, de polemizar. Nació en un momento donde las polémicas en el campo de la cultura eran inexistentes y donde cada escritorcito estaba con su librito atendiendo su kiosco e incapacitado para sacar a la literatura del plumizo y mediocre lugar a donde la habían llevado. Para más datos remitimos a la nota de apertura de nuestro primer número.

Con V de Vian no dudó desde ese primer número (y lo siguió haciendo en los siguientes) en tomar posición ante lo que sucede en el terreno literario. Los que entonces nos ignoraban (viejo ademán despreciativo que tiene más de un seguidor) ahora se rasgan las vestiduras y exclaman almodovarianamente "¿qué hicimos nosotros para merecer esto?".

Repetimos, reafirmamos y ratificamos: no nos interesa hacer una revista de literatura para iniciados sólo comprensible por avezados teóricos y con el criterio tan patético como tilingo de mantener la literatura apartada de todo lo que ocurre en el mundo.

En estas páginas la literatura se revuelca promiscuamente con el cine, la televisión, la fotografía, el arte, el sexo, la política, la guerra y todo aquello que signifique una preocupación o una fuente de placer. Los puristas que hagan su revista. La nuestra es un orgulloso quilombo apasionado.

En este número, por ejemplo, abundan las traducciones. En otro primarán nuestras ficciones o artículos sobre literatura filipina o un dossier sobre el auge del blues. Intentamos que cada número no sólo sea distinto al anterior (manteniendo el nivel y el respeto con que se trataban los bucaneros stevensonianos) sino que también resulte sorpresivo para nuestros lectores. La literatura nos interesa en tanto que la sintamos latir, respirar y gozar. Por eso no vamos, por más que insistan en ello, a hacer de cada página una tumba de palabras muertas.

"Quizás la crítica a ciertos grupos o revistas que aparecen como opuestos no son causa suficiente para despertar el entusiasmo que tenía en otro momento por estas cuestiones. Creo que si la política cultural se reduce a eso, puede alcanzar un valor negativo. Habría que agregar, también, que hoy en día es difícil recortar una interpretación que no se sume a una polémica estéril, a una denuncia que sólo sirve para consolidar. Sería necesaria una interpretación que intervenga el campo cultural actual para modificarlo". La larga cita es del escritor Luis Gusmán y fue publicada en nuestro número anterior. Coincidimos con Gusmán aunque también creemos que muchas veces la cultura hegemónica toma cuerpo en un grupo y que por eso se hace necesario polemizar con ellos (y si no, ver qué hacían las pocas buenas revistas literarias que hubo -*Contorno*, *Los libros*, *El lagrimal trifulca*- a las que no les temblaba la voz a la hora de decir lo suyo). Artículos como *La conjura tilinga*, publicado en el número anterior, es nuestro intento de interpretar e intervenir en el campo cultural. Este tipo de artículos volverán a partir del próximo número y cuando esto ocurra esta página será innecesaria por lo que su permanencia será intermitente según las circunstancias.

Tenemos la suficiente lucidez como para no reducir discusiones culturales a meros ataques personales. Nada personal tenemos en contra de quienes se convierten en objetos de nuestras críticas o de alguna que otra ironía. Que sean malos escritores, que sean aburridos y formales, que representen de manera aggiornada un pensamiento reaccionario y hegemónico en ciertos sectores, que destilen pedantería y soberbia nos parecen suficientes razones para, cada tanto, acordarnos críticamente de ellos. Así que a estos escritorcitos les pedimos que no traten de conmovernos, dejen de llorar por los rincones (suplementos literarios, editoriales, ferias) y si tienen algo que decir que lo digan. En lo posible, de frente y no en voz tan baja. Que acá, en el fondo de la clase, no se oye lo que ustedes, profesores del tedio, balbucean.

Hacemos nuestras, una vez más, las palabras del viejo Boris, y que cada uno ponga en el paréntesis los nombres que quiera: "Dejar la literatura en manos de imbéciles (Thierry Maulnier, por ejemplo), es como dejar a la ciencia en manos de los militares".

Apertura
V de Vian 3

Correo

Señores de *Con V de Vian*

De mi consideración:

¡¡EUREKA!!! exclamé el martes 10 de marzo cuando comprobé que era uno de los siete afortunados lectores que su ejemplar cumplía todos los requisitos detallados en la separata del N. 6 de vuestra publicación. ¡Me parece tan divertido que además de cometer los errores hagan un juego de eso! Y por supuesto estoy a la espera de las instrucciones para retirar "mis" afiches.

Bueno, más allá de lo cómico de la cuestión es una excusa para escribirles (nunca había escrito a ninguna otra publicación) pero no voy a felicitarlos por la muy buena revista y tampoco por el nuevo formato e impresión porque eso lo hacen todos. Me enteré de su existencia allá por el N.3, que intrigada compré y cuando lo hojeé decidí ir en busca del N.2 que también conseguí. Desde ese momento mi novio y yo nos peleamos para decidir quién lee primero. Hasta he tenido que ir al "rescate" de un par a la casa de un amigo, por miedo a perderlas.

Nunca había oído hablar de Boris Vian hasta que una noche escuché a Bobby Flores mencionarlo y/o reivindicarlo

como escritor, poeta, músico, etc. y como otro de los tantos artistas "descubiertos" mucho después de muertos. Confieso que hasta ahora lo único que leí de él es lo que Uds. publicaron, pero ya estoy en la búsqueda de alguno de sus libros. ¡Ah! me olvidaba de decirles que me encantó el N.5, me pareció buenísimo.

Me encantaría que me contestasen pronto para lo cual les doy mi dirección, pero como eso es una utopía, me sentaré a esperar a ver impresa mi carta en algún número de su revista. También pueden comunicarse conmigo si van alguna noche a GAIA BAR, (México 345) ya que estoy ahí muy a menudo.

Sin otro particular, salúdalos atentamente.

Alejandra Lobarina
Capital

Querida gente de *Con V de Vian*:

Los sigo desde el número 2 (el uno lo conseguí algún tiempo después) pero recién ahora me decidí a escribirles. Razones no faltan: 1) soy uno de los agraciados en el concurso de errores, así que me interesaría saber cómo voy a conseguir el poster que me gané en tan buena ley, 2) debo felicitarlos por el saludable cambio en la presentación de la revista y las cada mejores tapas -aunque mi novia no esté tan de acuerdo y reclame inmediatamente el reemplazo de esas increíbles mujeres por algún caballero de su gusto-, 3) me veo en la gratísima obligación de felicitarlos por la mordaz y acertada *Conjura tilinga*, 4) les agradezco el succulento material vianístico y 4) quisie-

Escriban a:
Pte Perón 2871 P.B. 1822
Lanús Oeste

ra alentarlos a que sigan en este rumbo.

Me permito además hacerles algunas propuestas a manera de reproche (o quizás algunos reproches a manera de propuesta): 1) ¿qué pasa que casi no le dan bola a la poesía? y 2) ¿por qué no hacen más bibliográficas de los libros a los que nadie les presta atención?

Aprovecho que mi novia no me mira para agradecer la nota y sobre todo las fotos de la incomparable Beatrice Dalle. Espero que el cambio de formato no se les suba a la cabeza y sigan como cuando escribían sobre aquel rugoso y desprolijo papel de los primeros números.

Fanático de ustedes y de Vian, se despide

Mariano Bacal.
Martinez

GAÑE CON CON V DE VIAN

Bajo este tramposo título esta publicación entregó junto a su último número una fe de erratas sobre los desastres cometidos como en sus mejores tiempos (aunque, claro está, nunca como en el mítico número 4). A los felices "siete" poseedores de ejemplares con erratas se les prometían dos afiches en blanco y negro

en papel obra de 60 grs (o sea, más bien finito). Lo prometido es deuda. Nuestros lectores pueden pasar a buscar, con su fe de erratas respectiva, su premio. Pero como aún no tenemos redacción y seguimos nuestra vida aventurera de casa en casa, pueden pasar a hacerlo por la oficina de nuestros distribuidores, Perón 1761

6 B, los viernes de 12 a 15 hs. exclusivamente o escribannos (ver Correo) y se lo mandamos a su casa u oficina. Agradecemos a nuestra distribuidora la colaboración que nos brindan Trapacs, tal su nombre, es siempre una distribución tranquilizante.

Concurso de poesía

La revista de poesía Arché convoca al Segundo Concurso de Poesía en el que podrán participar poetas de todo el país. El tema será libre. Los poemas deberán ser inéditos y no haber sido premiados en otros concursos, se deberán enviar escritos a máquina, por triplicado, firmados con seudónimo, con una extensión máxima de 60 (sesenta) versos.

do, donde figurará el seudónimo del autor en el frente, se adjuntarán los datos personales (nombre y apellido, domicilio, documento de identidad, teléfono, fecha y lugar de nacimiento). La fecha de cierre del certamen se ha establecido para el 30 de junio de 1992.

El jurado estará integrado por los miembros del Consejo de Redacción, quienes seleccionarán los tres mejores poemas, los cuales serán publicados en la revista, además de

otorgar a los galardonados una suscripción anual gratuita.

El jurado también seleccionará otros poemas de los autores que considere merecedores de menciones.

El fallo del jurado será inapelable.

A fin de lograr una mayor difusión de la revista, a vuelta de correo la dirección de Arché se compromete a enviar un ejemplar de cada número apa-

recido hasta el presente. Por tal motivo, al hacer llegar los poemas, cada concursante deberá adjuntar en el sobre la suma de 5 (cinco) pesos.

Los trabajos a:
SEGUNDO CONCURSO
DE POESIA ARCHE

Soldado de la independencia 761 - 1 H (1426), Buenos Aires, o a Lavalle 4018 - 1er. piso (1190), Buenos Aires.

EL CAMINO A GANDOLFO

Todos los caminos conducen a Roma, pero a Gandolfo - Ludlum dixit- sólo uno. Esta revista se puso en dicho camino y se encontró con Elvio E. Gandolfo, uno de esos tipos que no suelen abundar en el alicaído panorama de intelectuales argentinos. Elvio (Mendoza, 1947) vive desde hace muchos años en Uruguay donde coordina, junto al venerable (por edad y por trayectoria) Homero Alsina Thevenet, el suplemento cultural del diario *El país* de Montevideo, uno de los mejores del Río de la Plata (el suplemento, que no el diario). Gandolfo es autor de varios libros de relatos: *La reina de las nieves*, *Caminando*

alrededor, la trilogía *Sin creer en nada* y este año tal vez publique dos libros nuevos. Es además crítico literario y cinematográfico y un excelente traductor como lo demuestran el cuento de Bowles que publicamos el número anterior y los textos de Simenon y Barnes que incluimos ahora. Además dirigió la mítica revista rosarina *El lagrimal trifulca*, fundamental publicación literaria de los años 60 y 70.

En abril, Gandolfo pasó por Buenos Aires y bastaron unas pocas charlas para descubrir un tipazo con un sentido del humor inusual (aunque es cierto: lo imaginábamos más alto y más flaco). Ante nuestros

ruegos prometió notas, nuevas traducciones y otras yerbas que iremos publicando. A pesar de su avanzada edad, no ha sido atacado aún por ese virus senil que predomina entre nuestros escritorcitos que pasaron la foresta infernal de los 33 pirulos. Gandolfo combina perfectamente la bondad de Rasputín y las buenas intenciones del Marqués de Sade, razones más que suficientes para adoptarlo como una especie de Gurú vianístico.

En pocas palabras: el viejo la tiene clara. Aunque su com-

promiso con este medio tiene sus límites: a pesar de haberle explicado nuestro sentido comunitario no ha querido presentar al plantel masculino de *V de Vian* a su hija de 19 años y ha desestimado nuestro ofrecimiento para que la nena sea tapa. En cuanto al plantel femenino, Gandolfo se negó categóricamente a posar para nuestra fotografía, pero ante la tenacidad de la demanda se lo escuchó decir: "si insisten quizás acepto". Será cuestión de esperar.

AL COLON, AL COLON

Aquellos que estén interesados en escuchar una música distinta a la de siempre puede acudir el 26 de mayo a las cinco de la tarde al Salón Dorado del Teatro Colón donde un grupo de músicos no del todo cuerdos tocarán sus piezas mientras más de un habitual del Primer Coliseo huirá espantado. El grupo en cuestión es Cultrun y el menú del día consistirá en obras y/o interpretaciones de Enrique Benfloc, de Norberto Olaizola y de Carlos Cutaia (sí, el mismo que tocaba con Spinetta). El fin de fiesta será con "Interior y Fugaz", una obra para actores, bailarines y músicos realizada sobre poemas de Nélida Arp y música de Rolando Mananes. Músicos y música inclasificables para oídos sensibles. Vale la pena acercarse al Colón. Encima, la entrada es gratuita.

Fotos

Sí, señores, a la tapa de esta revista volvió el fotógrafo Jean-Loup Sieff, tal como ya había estado en los dos primeros números. Y, posiblemente, vuelva a hacer doblete. Debemos sus trabajos escritos sobre erotismo y más fotos. Se impone un dossier a la brevedad. La foto de Mario Trejo la sacó nuestra compañera Diana Arbiser; suyas son también las fotos de Fernando Noy. La foto de "Las hormigas" es de Rafael Wallman/Gramma y fue tomada en Malvinas. Tanto Le Clézio como Simenon están ilustrados con fotogramas de la película *El amante* (¿de dónde nos suena ese nombre?). El texto de la Lysy está ilustrado con una foto de Alejandra López y la modelo es la propia Vivi.

Las fotos de Los tres chiflados fueron tomadas del libro del que se habla en esa nota. El cuento de Esteban Buch tiene a Patrick Demarchelier como fotógrafa y Paulina Porizkova como modelo. El mismo duo estuvo en la tapa del número anterior. No nos agradezcan. Y habrá más. Las memorias del eunuco tienen un fotograma de El último emperador y los poemas de Keselman son de dos fotógrafos amateurs franceses. En "Los retrocelos" aparece una foto del Conde Lichfield.



Las Hormigas

Boris Vian

Traducción: Santiago Pazos

El cuento "Las hormigas" ("Les fourmis") fue publicado por primera vez en *Les temps modernes* en junio de 1946, la revista dirigida por Jean-Paul Sartre. Se trata de uno de los mejores relatos de Vian. En él confluyen muchas de sus mayores virtudes narrativas para dar cuenta de su conocido antibelicismo. Publicamos una nueva traducción de este relato del que existen otras versiones en español.

I

Llegamos esta mañana y no fuimos bien recibidos. No había nadie en la playa, salvo un montón de tipos muertos y un montón de pedazos de tipos, tanques y camiones destrozados. Las balas venían un poco de todas partes y a mí no me gusta el

desorden sin motivo. Saltamos al agua pero era más profunda de lo que parecía y me resbalé sobre una lata de conservas. Al flaco que estaba justo detrás mío, un proyectil que llegaba justo en ese momento, le arrancó las tres cuartas partes de la cara. Guardé la lata de conservas como recuerdo. Recogí los pedazos de su cara en mi casco y se los di. Partió para hacerse curar pero debió equivocarse de camino porque entró en el agua hasta donde ya no hacía pie y no creo que vea lo suficiente por el fondo como para no perderse.

Corrí enseguida por el camino correcto y llegué justo para recibir una pierna en plenos rostros. Intenté insultar al tipo, pero la mina no había dejado más que pedazos poco prácticos para maniobrar. Entonces, ignoré su gesto y continué mi marcha.

Diez metros más adelante, me reuní con otros tres flacos que estaban parapetados detrás de un bloque de hormigón y que disparaban contra un rincón del muro situado más arriba. Estaban transpirados y empapados de agua y yo debía de estar como ellos, por lo tanto me arrodillé y disparé también. Apareció entonces el teniente. Se sostenía la cabeza con las dos manos y de su boca manaba algo rojo. No parecía contento y rápidamente se tendió en la arena con la boca abierta y los brazos hacia adelante. Debí manchar bastante la

arena. Era uno de los pocos rincones que quedaban limpios. Desde ese lugar, nuestra nave de desembarco varada tenía a simple vista un aspecto decididamente idiota, y después ni siquiera la apariencia de un barco cuando las dos granadas le cayeron encima. Esto no me causó ninguna gracia porque todavía quedaban dos amigos míos adentro y recibieron las balas cuando se habían incorporado para saltar. Les toqué el hombro a los tres que tiraban conmigo y les dije: "Vengan, vamos". Por supuesto, los hice marchar adelante mío y fue un gesto inteligente porque el primero y el segundo fueron abatidos por los otros dos tipos que nos estaban disparando. Sólo quedaba uno delante mío. Pobre tipo, él tampoco tuvo demasiada suerte. Tan pronto como se había deshecho del peor de los otros, su compañero tuvo el tiempo suficiente de matarlo antes de que yo me ocupara de él.

Esos dos cerdos que estaban detrás de ese rincón del muro tenían una ametralladora y un montón de cartuchos. La orienté en otra dirección y disparé, pero me detuve enseguida porque el ruido me rompía los oídos y también porque se había encasquillado. Deben de estar preparadas para no tirar hacia donde no les corresponde.

Ahí me sentía un poco más tranquilo. Desde lo alto de la playa se podía disfrutar de la vista. Sobre el mar había humo por todas partes y del agua se desprendían chispas. Se veían también los relámpagos de las salvas de los grandes acorazados y sus granadas pasaban por encima de la cabeza con un raro ruido sordo, como un cilindro de sonido grave que horadaba el aire.

Llegó el capitán. Quedábamos exactamente once. Dijo que no era mucho pero que en todo caso nos las arreglaríamos. Más tarde recibimos refuerzos. Por el momento nos hizo excavar agujeros; para dormir, pensé, pero no. Tuvimos que meternos adentro y seguir disparando.

Felizmente, esto se estaba aclarando. Los nuestros desembarcaban ahora en grandes cantidades, pero los peces se metían entre las piernas para vengarse del revuelo y la mayoría caían en el agua y se levantaban tosiendo como desesperados. Algunos no se volvían a levantar y se iban flotando con las olas, por lo que el capitán nos ordenó que rápidamente neutralizáramos el nido de las ametralladoras, que habían vuelto a disparar, y avanzamos detrás del tanque.

Nos pusimos detrás. Yo, último. No me fio mucho en los frenos de esos aparatos. Pero igualmente es más cómodo marchar detrás de un tanque porque uno se evita la molestia de engancharse en los alambrados y porque las estacas caen por sí solas. Pero no me gustaba su manera de aplastar los cadáveres con esa especie de ruido que debe de hacer mal recordar pero que es, por el momento, bastante característico. Al cabo de tres minutos pasó por una mina y comenzó a arder. Dos de los tripulantes no han podido saltar y el tercero sí, pero uno de los pies se le quedó dentro del tanque, aunque no creo que se haya dado cuenta de esto antes de morir. En todo caso, dos de sus granadas ya habían caído sobre el nido de ametralladoras destrozando todos los huevos y también a los infelices.



Los que desembarcaban sintieron una mejoría, pero entonces una batería antitanques se puso a escupir a su vez y al menos otros veinte volvieron a caer en el agua. Por mi parte, me tiré cuerpo a tierra y desde mi posición, con sólo ladearme un poco, los veía tirar. La coraza del tanque que ardía me protegía un poco y apunté cuidadosamente. El tirador cayó retorciéndose espantosamente, debí pegarle un poco demasiado abajo, pero no podía detenerme a rematarlo. Era necesario, primero, bajar a los otros tres. No fue fácil pero por suerte el ruido del tanque que seguía ardiendo me impidió oírlos berrear: también malherí al tercero.

El resto continuaba saltando y humeando por todos lados. Me froté los ojos con fuerza para ver mejor; el sudor me entorpecía la visión y el capitán llegó en ese momento. Sólo podía utilizar su brazo izquierdo. "¿Podría vendarme el brazo derecho muy apretado contra el cuerpo?". Le dije que sí y comencé a envolverlo con apósitos y de repente se elevó del suelo con los dos pies a la vez y se me cayó encima. Una granada había explotado detrás suyo. Se quedó tieso instantáneamente, lo que parece que sucede cuando uno se muere muy cansado y, en todo caso, de esa manera me resultó más fácil quitármelo de encima. Después debí dormirme y cuando me desperté el ruido llegaba de más lejos y uno de esos tipos con cruces rojas por todo el casco me estaba sirviendo café.

II

Después, nos fuimos hacia el interior e intentamos poner en práctica los consejos de los instructores y las cosas aprendidas durante la instrucción. El jeep de Mike regresó hace un rato. Era Fred el que manejaba y Mike estaba partido en dos. Mike, manejando, se había topado con un alambrado. Ahora están equipando las demás catraminas con una lámina de acero en la parte delantera porque hace demasiado calor

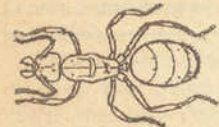
como para circular con los parabrisas levantados. El asunto todavía escupe por todos los rincones y hacemos patrulla tras patrulla. Creo que avanzamos un poco demasiado rápido y tenemos problemas para mantener contacto con el aprovisionamiento. Nos hicieron polvo, al menos, nueve vehículos esta mañana y ocurrió también una historia muy divertida. El bazooka de un tipo se largó con el proyectil mientras él quedaba enganchado detrás por la correa. Esperó a estar a unos cuarenta metros y bajó en paracaídas. Creo que nos vamos a ver obligados a pedir refuerzos porque acabo de oír como un gran ruido de tijeras podadoras. Debieron de cortar los contactos con nuestra retaguardia...

III

Esto me hace acordar cuando hace seis meses acababan de separarnos de nuestra retaguardia. Actualmente debemos de estar completamente rodeados, pero ya no es verano. Por suerte nos queda comida y hay algo de municiones. Es necesario que nos relevemos cada dos horas en la guardia y esto se vuelve cansador. Los otros se apoderan de los uniformes de nuestros tipos que hicieron prisioneros y se les da por vestirse como nosotros por lo que debemos desconfiar. Además de todo esto, no tenemos más luz eléctrica y recibimos granadas en pleno rostro de los cuatro costados a la vez. Por el momento, estamos intentando retomar el contacto con la retaguardia; es necesario que nos envíen aviones, los cigarrillos comienzan a escasear. Afuera se oyen ruidos. Deben de estar preparando algo. Uno ni siquiera tiene tiempo de sacarse el casco por un momento.

IV

Claro que se estaba preparando algo. Llegaron casi hasta acá cuatro tanques. Al salir vi el primero que se detuvo casi al

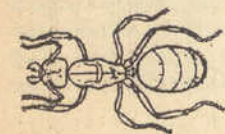


instante. Una granada había destruido una de sus orugas, que se desarrolló de golpe con un espantoso ruido de chatarra. Pero el cañón del tanque no se detuvo con tan poco. Nos hicimos de un lanzallamas. Lo que es realmente molesto con este sistema es que es necesario abrir la cúpula del tanque antes de usar el lanzallamas. Sin esta precaución reventaría (como las castañas) y los tipos de su interior quedarían mal cocinados. Tres de nosotros fuimos a abrir la cúpula con una sierra para metales, pero otros dos tanques llegaron justo y fue necesario hacerlo saltar sin abrirlo. El segundo saltó también, y el tercero dio media vuelta pero se trataba de una maniobra engañosa ya que había llegado marcha atrás. Por eso nos había extrañado un poco verlo disparar sobre los tipos que lo seguían. Como regalo de aniversario nos envió doce granadas de 88. Será necesario reconstruir la casa si queremos volver a usarla, aunque va a ser más rápido hacernos de otra. Terminamos por sacarnos de encima a este tercer tanque cargando un bazooka con polvos de estornudar y los que estaban adentro se golpearon de tal manera el cráneo con el blindaje que sólo tuvimos que retirar sus cadáveres. Unicamente el conductor estaba todavía vivo, pero se le había quedado atrapada la cabeza en el volante y no la podía sacar. Entonces, antes que arruinar el tanque que estaba en perfectas condiciones, preferimos cortarle la cabeza al tipo. Detrás del tanque, motociclistas con ametralladoras hicieron su aparición armando un revuelo terrible, pero los rechazamos gracias a una vieja cosechadora. Durante ese tiempo empezaron a llovernos sobre la cabeza algunas bombas e incluso un avión que nuestra Defensa Antiaérea acababa de derribar sin querer porque al principio estaba disparando contra los tanques. De la compañía perdimos a Simon, a Morton, a Buck y a P.C. Nos quedan todos los demás y un brazo de Slim.



V

Siempre rodeados. Desde hace dos días que llueve sin parar. Al techo le queda una de cada dos tejas, pero las gotas caen justo donde es necesario y realmente no estamos mojados. No sabemos para nada cuándo va a terminar todo esto. Seguimos patrullando, pero resulta bastante difícil mirar a



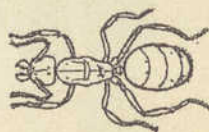
través de un periscopio sin haber recibido entrenamiento y es cansador permanecer con el barro en la cabeza durante más de un cuarto de hora. Ayer nos encontramos con otra patrulla. No sabíamos si era de las nuestras o del otro lado, pero bajo el barro no es para nada riesgoso disparar porque los fusiles explotan enseguida. Lo hemos intentado todo para sacarnos este barro. Incluso le rociamos gas oil; al arder se seca pero después uno se quema los pies si pasa por encima suyo. La verdadera solución consiste en cavar hasta tierra firme, pero es todavía más dificultoso patrullar en tierra firme que en el barro. Para bien o para mal terminaremos por acostumbrarnos. Lo fastidioso es que llegó a haber tanto barro que hasta se producen mareas. Actualmente, por suerte, está a la altura de la barrera. Pero por desgracia dentro de poco subirá de nuevo hasta el primer piso. Y esto no deja de ser desagradable.

VI

Esta mañana tuve una sucia aventura. Estaba bajo el hangar, detrás de la barranca, preparándoles una buena broma a los dos tipos que se podía ver muy bien con los prismáticos y

que, a su vez, intentaban divisarnos. Yo tenía un pequeño mortero del '81 y estaba acomodándolo en un cochecito de bebé. Johnny tenía que disfrazarse de campesina para empujarlo pero, para empezar, el mortero cayó sobre mi pie. Es lo que siempre me pasa cuando llego a esas situaciones. Pero, enseguida, del golpe el mortero salió disparando mientras me frotaba el pie y una de esas cosas con aletas fue a estallar al segundo piso, justo sobre el piano del capitán que estaba tocando Jada. El asunto hizo un ruido del infierno, el piano quedó destruido, pero lo más molesto de todo fue que al capitán no le había pasado nada. Nada, en todo caso, lo suficiente importante como para impedirle golpear duro. Felizmente, al ratito, uno del '88 vino a estallar en la misma habitación. No se dio cuenta de que ellos debían de haberse guiado por el humo del primero impacto y me agradeció diciendo que le había salvado la vida al hacerlo bajar. Para mí, todo esto ya no tenía ningún interés debido a mis dos dientes rotos y también porque todas sus botellas estaban justo abajo del piano.

Cada vez estamos más rodeados. Esto se nos viene encima sin parar. El tiempo comienza a mejorar, felizmente. No llueve más de nueve horas de cada doce. De acá a un mes podremos contar con refuerzos llegados por avión. Nos quedan víveres para tres días.



VII

Los aviones comienzan a arrojar paquetes en paracaídas. Me decepcioné al abrir el primero. Adentro sólo había medicamentos. Se los cambié al doctor por dos barras de un buen chocolate con avellanas, nada que ver con ese chocolate asqueroso de las raciones, y por media petaca de cognac. Pero el doctor se desquitó arreglándome el pie despachurrado. Le tuve que dar el cognac, si no, en este momento no tendría más que un pie. De nuevo hay zumbidos allá en lo alto. Hay un pequeño claro y vuelven a lanzar paracaídas. Pero esta vez parece que son unos tipos.

VIII

En efecto, eran unos tipos. Hay dos que son divertidos. Parece que se pasaron todo el trayecto haciéndose tomas de judo, dándose trompadas y rodando por debajo de los asientos. Saltaron al mismo tiempo y entonces se pusieron a jugar a cortarse, con el machete, los cordones de sus respectivos paracaídas. Desgraciadamente, el viento los separó. Se vieron obligados, entonces, a continuar disparando sus fusiles. Muy rara vez vi tan buenos tiradores. En este momento los están enterrando ya que cayeron desde una altura un poco grande.



IX

Rompimos el rodeo. Nuestros tanques volvieron y los otros no soportaron el golpe. Yo no pude combatir seriamente a causa de mi pie pero alenté a mis compañeros. Era muy excitante. Desde la ventana veía muy bien y los paracaidistas llegados ayer se movían como diablos. Ahora tengo un pañuelo grande en seda de paracaídas amarilla y verde sobre marrón y esto hace juego con mi barba pero ahora voy a afeitarme para el permiso de convalecencia. Estaba tan excitado que le tiré un ladrillo a la cabeza de Johnny que venía de errarle a uno y, ahora, tengo dos nuevos dientes menos. En esta guerra no se gana para dientes.

X

La costumbre debilita las impresiones. Le dije esto a Huguette -ellas tienen este tipo de nombres- mientras bailábamos en el Centro de la Cruz Roja, y me replicó: "usted es un héroe". Pero no tuve tiempo de encontrar una respuesta delicada porque Mac me tocó el hombro y entonces tuve que cedérsela. Las otras hablaban de mala manera y la orquesta tocaba demasiado rápido. El pie me molesta un poco todavía pero en quince días esto se acaba, vuelvo al frente. Apunté a una de nuestras chicas pero la tela del uniforme es demasiado gruesa y esto debilita también las impresiones. Acá hay muchas chicas. Ellas comprenden, a pesar de todo, lo que uno les dice y yo no puedo evitar sonrojarme. Pero no hay gran cosa para hacer con ellas. Salí. Enseguida encontré muchas otras, no de la misma clase sino bastante más comprensivas. Pero eran quinientos francos mínimo, y eso porque estoy herido. Es raro, estas chicas tienen acento alemán.

Después perdí de vista a Mac y tomé mucho cognac. Esta mañana me duele terriblemente la cabeza, especialmente en el lugar donde me golpeó el Policía Militar. No me queda más plata porque al final le compré cigarrillos franceses a un oficial inglés y realmente me jodió. Acabo de tirarlos, eran una cosa horrible. Hizo bien en deshacerse de ellos.

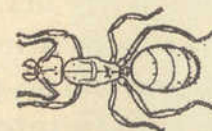


XI

Cuando se sale de los negocios de la Cruz Roja con una caja para poner los cigarrillos, el jabón, los dulces y los diarios, uno se da cuenta de que por la calle lo siguen con los ojos y yo no comprendo por qué, ya que seguramente venden su cognac bastante caro para poder comprar ellos también y sus mujeres tampoco se entregan gratis. Mi pie está casi completamente curado. No creo que me quede mucho tiempo más acá. Vendí los cigarrillos para poder salir un poco y después traté de manguearle a Mac pero no es de largar fácilmente. Empiezo a aburrirme. Esta noche voy al cine con Jacqueline. Me la encontré ayer por la noche cuando salía del club, pero creo que no es muy inteligente porque nunca me deja aventurarme con las manos y no se menea ni un poquito cuando bailamos. Los soldados de acá me horrorizan. Están demasiado desalineados y no hay dos que lleven el mismo uniforme. En fin, nada que hacer salvo esperar que llegue la noche.

XII

De nuevo acá. Igualmente, uno se aburriría menos en la ciudad. Avanzamos muy lentamente. Cada vez que terminamos de preparar la artillería se envía una patrulla y siempre uno de los tipos de la patrulla vuelve estropeado por un francotirador. Entonces volvemos a empezar la preparación de la artillería, se mandan aviones que destruyen todo y dos minutos después los francotiradores vuelven a tirar. En este momento los aviones están de vuelta. Cuento hasta setenta y dos. No son aviones muy grandes pero la ciudad es pequeña. De acá se pueden ver las bombas cómo caen en espiral y producen un ruido sofocado y hermosas columnas de polvo. Vamos a volver a atacar pero antes es necesario mandar una patrulla. Mala pata, soy yo al que le toca ir. Hay que hacer a pie más o menos un kilómetro y medio y a mí no me gusta caminar tanto pero en esta guerra no se nos da nunca oportunidad de elegir. Nos amontonamos detrás de los escombros de las primeras casas y creo que de una punta a otra del pueblo no debe quedar ni una sola como era. Tampoco parece que



queden muchos habitantes y los que vemos ponen cara divertida cuando la han conservado entera, pero deberían entender que no podemos arriesgarnos a perder hombres para salvarlos con sus casas. Además, las tres cuartas partes de las veces se trata de antiguas viviendas sin interés alguno. Y además, es el único medio que tienen para desembarazarse de los otros. Esto, en general, suelen entenderlo, aunque hay algunos que piensan que éste no es el único medio. Después de todo, el asunto les incumbe y hasta deben querer a sus casas pero seguramente que menos en el estado en el que se encuentran ahora.

Sigo mi patrulla. Todavía soy el último, es más prudente. El primero acaba de caer en el cráter de una bomba que estaba lleno de agua. Sale lleno de sanguijuelas hasta el casco. También saca con él un gran pez completamente aturdido que nos llevamos. Cuando volvimos, Mac le enseñó a hacerse el machito pero no le gusta para nada masticar chicles.

XIII

Acabo de recibir una carta de Jacqueline. Debió confiársela a algún tipo para ponerla en el correo ya que venía en uno de nuestros sobres. Realmente es una chica rara pero probablemente todas las chicas tengan ideas poco comunes. Retrocedimos un poco con respecto a ayer pero mañana volveremos a avanzar. Siempre los mismos lugares completamente destruidos. El asunto despierta melancolía. Encontramos una radio completamente nueva. Están probándola y no sé si realmente se puede reemplazar una lámpara por un cabo de vela. Oigo que está sonando Chattanooga, este tema lo bailé con Jacqueline un poco antes de salir de allá. Pienso que voy a contestarle si es que todavía tengo tiempo. Ahora está sonando Spike Jones. Esta música también me gusta y me encantaría que todo terminase para ir a comprarme una corbata de civil con rayas azules y amarillas.



XIV

Dentro de poco volvemos a marchar. De nuevo estamos muy cerca del frente y de nuevo empiezan a caer granadas. Llueve, no hace demasiado frío y el jeep anda bien. Vamos a bajar para seguir a pie.

Parece que empieza a sentirse el fin. No sé por qué sospechan eso pero en todo caso me gustaría salir de todo esto lo más cómodamente posible. Todavía hay lugares donde la cosa está dura. No se puede prever cómo va a terminar toda esta historia.

Dentro de quince días me toca una nueva licencia y ya le escribí a Jacqueline para que me espere. Quizás estuve un poco flojo: no hay que dejarse atrapar por las mujeres.

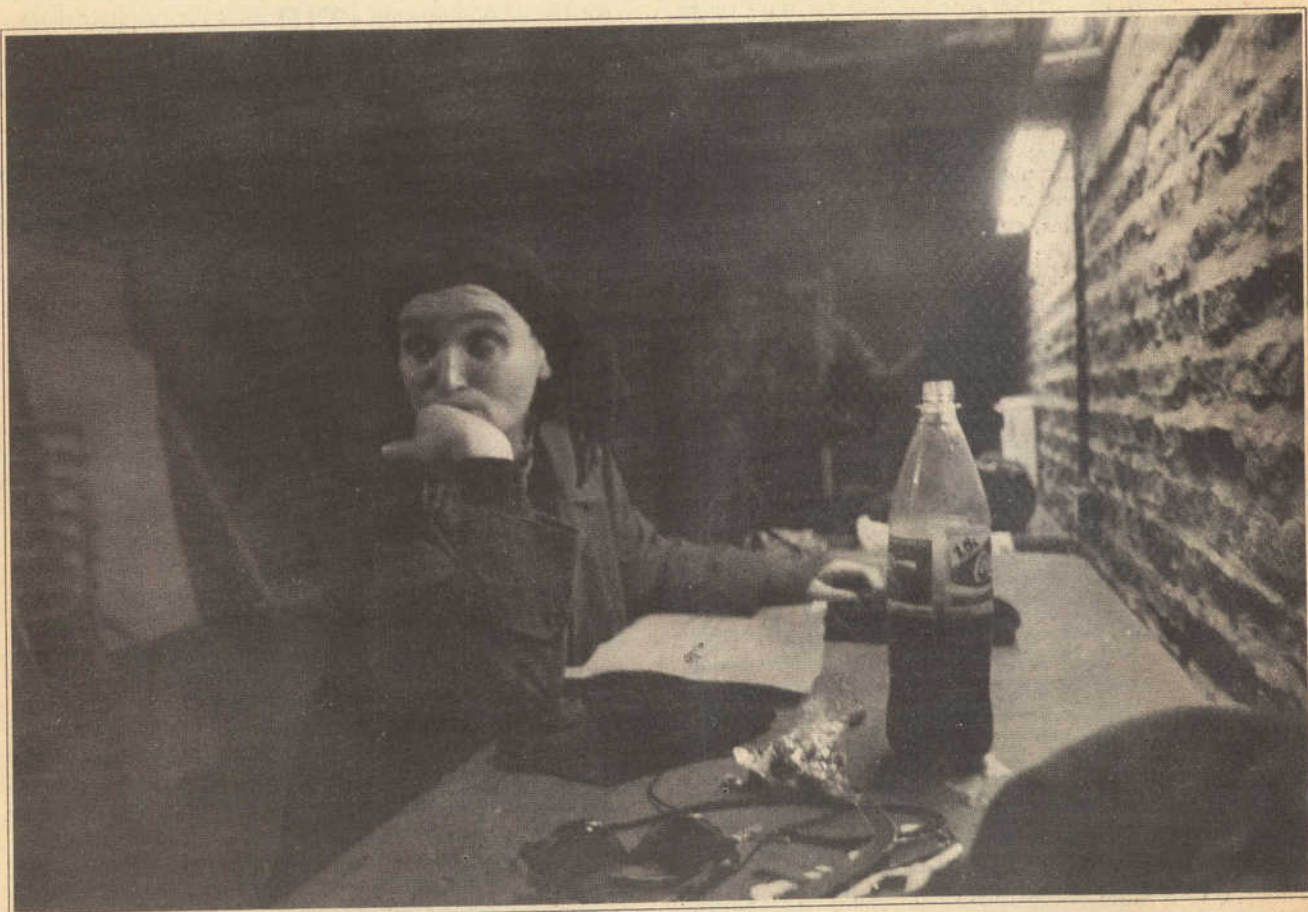
XV

Todavía estoy parado sobre la mina. Salimos esta mañana de patrulla y yo marchaba último, como siempre. Todos pasaron al lado pero yo sentí el chasquido debajo de mi pie y me paré en seco. Sólo estallan cuando se levanta el pie. Les arrojé a los demás todo lo que llevaba en los bolsillos y les dije que se fueran. Estoy solo. Debería esperar a que regresen pero les pedí que no vuelvan. Podría intentar arrojarme cuerpo a tierra pero la idea de vivir sin piernas me horroriza. No me guardé más que mi libretita y el lápiz. Voy a arrojarlos antes de cambiar de pierna y es absolutamente necesario que lo haga porque estoy harto de la guerra y porque siento como hormigas en la pierna dormida.

FERNANDO NOY

"Al crecerme el pelo, me creció una brutal androginidad"

Testimonio reunido por Claudio Zeiger



Como Charly García, con quien supo compartir las marciales aulas del Dámaso Centeno, Fernando Noy escuchó a los Beatles y se fue a buscar la libertad. O mejor dicho: fue hippie, travesti, actor, punk y panqueque, tropicalista y poeta. Intimo de la Pizarnik y de Batato Barea, habló y habló para *Con V de Vian*. He aquí algunos fragmentos selectos.

Testimonio
10 V de Vian

"¿Cómo fue que entré yo en este circo? Yo vengo a los 12 años de Río Negro, donde me crié, entonces tenía que venir a hacer el colegio secundario a la capital y mi abuela, que estaba acá en Buenos Aires y era hija de uno de los militares fundadores del Colegio Militar, me metió en el Dámaso Centeno. Ahí, en el mismo año pero en otra división estaba Charly García. A veces tocaba el himno desafiando para las fiestas y todos nosotros nos refamos, y los profesores miraban extrañados tanto salvajismo junto. Después me tuve que ir de ese colegio por razones que bueno... no quiero recordar".

"Lo concreto es que yo fui al colegio militar ese y después tuve que huir de ahí porque empezaban a darse cuenta que mi presencia era muy lorqueana. A la vez venía un tipo a visitarme que yo no conocía y que era Elías Castelnuovo. 'Vengo a visitarte porque yo he sido muy amigo de tu abuelo' me decía. 'Tu abuelo ha sido una figura mítica del tango, y en deuda con esa amistad vengo a ofrecerte la ayuda que necesites'. Imaginate: yo tenía 12 años, un paisanito que llegaba del interior que parecía una pérgola de bucles y a la vez recibía la visita de Elías Castelnuovo...

Aún hoy tengo una deuda con la imagen de Castelnuovo; a veces siento que tendría que ir a visitar su busto. Además escribió *Larvas*. Yo leía *Larvas*, estaba en el Colegio Militar y descubría mi pasión por el teatro, por todo lo que fuera la escena.

De un día para el otro estaba trabajando en el Vitral, que se llamaba teatro de Arte en ese momento, y lo dirigía una mujer ya grande, que había sido estrella del teatro mudo y se llamaba Alma Bambú. Ella, rescatada de la memoria en medio de esas conversaciones telefónicas chismosas que teníamos terminó siendo protagonizada por Urdapilleta, Tortonese y Batato. Fue mi primera profesora, ésa que te enseña que el teatro es clavar un clavo, plantarse en el escenario y hacer de todo. Andaba mucha gente alrededor de la Bambú. Haydée Padilla, Virginia Lago, Walter Vidarte, Susana Rinaldi que aún no cantaba tangos. Eso era el aprendizaje, ahí tenías que hacer de todo, de Cenicienta a madrastra".

"Entonces me pasó una cosa muy loca. Vi unos tipos vestidos rarísimo por la calle. Yo todavía andaba de saco y corbata (hay una foto mía con Pizarnik que me parezco a Elío Roca, te juro), tenía quince años, dieciséis. ¿Quién será esa gente, me preguntaba. En bares como *El estaño* o el *Metrópoli* empezaba a encontrar los primeros hippies. Eran los pioneros, de los que después algunos iban a ser muy famosos. Tango, por ejemplo, la

movida circo, todo ese rollo.

Hasta ese momento yo no había probado la anfetamina, de un día para otro cambió todo el mambo, quemé el saco y la corbata y andaba con túnicas larguísimas hasta abajo, hermosos aros que me hacía con canutitos de mostacillero y semillas de no sé qué, y fui un hippie. Pero al crecerme el pelo me creció una brutal androginidad que yo asumí. Algunos firestones a veces te querían masacrar pero siempre había alguien que te defendía.

Los hippies estaban en un mundo donde se ejercía más la literatura como encarnación, donde ellos mismos eran la metáfora. Eran bastante extraterrestres. Tango mismo, con su canto y su guitarra, era imposible que pensara en otra cosa. Yo quise volverme hippie y lo logré porque detectaba que ahí estaba la poesía como a mí me interesaba, dejar de ser un escritor de poemas para ser uno el poema vivo. Pero los hippies no tenían tanta influencia literaria, a lo sumo estaban las adyacencias del surrealismo.

Yo, aparte, ya estaba en mi ruta narciso-pink: Wilde, Lorca, Ginsberg. Eran mis tres o cuatro vidas paralelas: al mismo tiempo hippie, adolescente que empieza a despertar al pecado y que encontraba en el pecado algo digno de ser asumido".

"Paseaba con Alberto, un amigo taxi-boy que era otro de los personajes que me correspondía por mi folklore ilícito y que me hacía conocer la otra parte que no era Corrientes y los hippies, era la noche salvaje de Santa Fe, Charcas, Florida, los paraísos lamborghiniños.

Una noche él tenía que ir a hacerle el service a un señor que era muy culto, que también era del ambiente y entramos a un departamento inmenso, lleno de cuartos. Me dijo que esperara afuera, en una sala, mientras ellos iban a estar unas dos horas haciendo lo suyo. Pedí permiso para darme un baño y me dijo que hiciera lo que yo quisiera. Sobre la mesa de la sala había unos cuantos libros de poesía y entre ellos uno de Alejandra Pizarnik,





y abajo de la dedicatoria estaba el número de teléfono. Me metí en la bañera a leer el libro.

40-4225 era el número. Salí del baño y la llamé. Le conté que acababa de leer *Extracción de la Piedra de la locura* y que deseaba mucho conocerla. Ella me marcó una cita y me dijo que antes de llegar tenía que avisarle por teléfono porque no tenía portero eléctrico. Era en el departamento de Montevideo 980. La llamé desde el bar de la esquina, *El cisne*, todo esto el día siguiente. Pasaban los minutos y ella no bajaba. Yo mientras me entretenía jugando con unos perros inmensos que estaba paseando un muchacho y en eso, en la puerta del edificio vi un jovencito parado con unos anteojos de aumento, que se acercó y él, que era ella, me dijo: 'Pensé que eras una prostituta alemana'. 'Y yo que eras Brian Jones'. Porque era brianjonesca hasta el máximo, con esos ojos tan jaggerianos...

Una vez recuerdo que llamó Cortázar y ella no lo quiso atender. Yo no lo podía creer. 'Señor Cortázar, la señora no está, vuelva a llamarla más tarde', tuve que decirle. Pero ella me dijo que iba a volver a llamar. 'Lo único que quiere es que le devuelva los originales de *Rayuela*'. Ella había sido secretaria de

Cortázar y había pasado la novela palabra por palabra. En realidad fue como una broma, parte de su humor tan temible, porque a la noche Cortázar volvió a llamar y ella lo atendió".

"Nuestra relación se dio en un momento muy especial, yo era muy joven, ella me presentaba a sus amigos como un ángel, porque veníamos de dos mundos tan antagónicos en ese momento que no sé, es más: ella quería que yo fuera, tal vez, su gran amor, pero como yo no correspondo al amor femenino y nunca pude hacerlo, entonces nuestro amor se transformó en algo más peligroso que la amistad. Una amistad de ribetes muy locos.

Un día Alejandra me dijo que se iba a suicidar la semana siguiente y que yo la iba a ayudar a hacerlo. 'Yo me voy a tomar cincuenta sedantes y vos me vas a meter la cabeza en la pileta', y yo le contesté con tal certeza 'sí, te ayudo', que ella tuvo un poco de espanto y retrocedió. Lo de ella no fue un suicidio, fue un crimen perfecto. Ella había vivido una cumbre de emociones que incluían otros ámbitos, otros paisajes, y eso en un momento no lo pudo mantener. Esa nostalgia de un esplendor perdido la arrastraba, la llevaba con ella".

"Si vamos a hablar de la obra de Alejandra yo diría que no está solucionado el problema Pizarnik. Lo que se ha publicado ahora son los textos que serían el último vagón; la Obra Completa de Corregidor no es tal, y entonces faltan los cinco libros fundamentales, los que durante diez años le permitieron ser la única reina viva de la poesía argentina. A la Orozco le había salido una Katherine Mansfield. Eran Virginia Woolf y la Mansfield. Ella fue la Mansfield, cae, y Olga siguió en pie. Ojalá que la divina Orozco jamás tenga que ponerse piedras en los bolsillos".

"Hippismo, tropicalismo en Bahía... a los veinte años llegué a Bahía por primera vez. Finalmente me quedé viviendo ocho años. Al enterarnos que había una escalera construida por la municipalidad destinada a elegir a la reina del Carnaval nos fuimos con Mercedes Roviro, una modelo que en ese momento era muy famosa. Yo estaba muy pirado porque no tenía ropa para desfilas y al final subí nada más que con una estrellita de mar sobre el sexo, en eso que llamaban la 'Escalera del pecado'. Acabé siendo reina del carnaval de Bahía ganando dinero por eso. Llegué a perfeccionarme, ya conocía cómo funcionaba todo el mecanismo del carnaval, a qué hora había que estar, me llevaban y me traían en un coche oficial.

Después vengo de vuelta de Brasil y punkismo. Entonces panqueque fui, canté con Geniol, cuevas y más cuevas, metal punk, autopistas, fanzines. Rockanroll todo el tiempo y la poesía siempre en medio de todo eso.

Yo ahora tengo que andar varieteteando para sobrevivir apenas. Hago shows, escribo algunas columnas y tengo una pequeña ayuda de mis amigos. María Luisa Bemberg paga este atelier donde trabajo, y yo lo reconozco porque esa es la manera en que estoy en pie".

"Ahora estoy con ganas de poder dedicarme a hacer la biografía de Batato Barea, con su mamá la vamos a hacer. Empezaría con Batato diciéndole un piropo a la policía, porque ¿sabés?, es curioso, pero en los últimos tiempos le pedían autógrafos. A mí también me pasó. Un policía me dice 'lo vi con Moria Casán el otro día, ¿me puede firmar un autógrafo para mi señora?' ¡Al fin lo logré!. Pero por más autógrafos que me pidan el terror que nunca voy a poder dominar es cuando veo a la policía. Y eso debe ser porque no cumplí el sueño de mi padre, de ser presidente de la república".

Fotos: Diana Arbiser

J. M. G. Le Clézio

El escritor desconocido

por Karina Galperín

Ficha más o menos técnica: de él no se sabe demasiado. Nació en Niza en 1940 de un padre inglés y una madre francesa, fue durante algunos años profesor en la Universidad de Bristol y luego en la de Londres, publicó su primer libro a los 23 años, es inusualmente buen mozo para la profesión (lo es incluso a pesar de ser rubio) y lleva escritos más de una decena de volúmenes. Una breve mirada sobre su obra y la traducción de uno de sus cuentos en estas páginas.

Cuando en 1963 aparece *El proceso verbal*, primera novela del entonces muy joven Jean Marie Le Clézio, nada era como antes en la literatura francesa. Después de la estrepitosa irrupción del "nouveau roman" como reacción a una literatura de mensaje y a un cierto tipo de novela existencialista -de la que *La náusea* era el principal, y también el más logrado exponente-, las estructuras novelescas tradicionales fueron puestas en cuestión por un conjunto de textos que se apartaban de los viejos postulados en relación a la idea del personaje, de la acción, del tiempo, de la relación entre el autor y su obra. Pero este movimiento hizo algo más: generó un espacio en donde fue posible el surgimiento de nuevas escrituras, si bien no rigurosamente ligadas al "nouveau roman", relacionadas con él en algunos sentidos. Ese es el caso de Le Clézio, en donde fundamentalmente la presencia de Robbe-Grillet y de Michel Butor son centrales a la hora de analizar su escritura.

De Robbe-Grillet lo deslumbró ese extraño modo de acercar los objetos hasta ponerlos en un primerísimo plano, técnica que le permitió a Le Clézio lograr esas novelas de marcado tono lírico y al mismo tiempo mostrar un mundo cotidiano en donde el detenerse en los detalles o en los objetos más triviales y encontrar allí algo distinto, hace de sus héroes personajes cuya agudísima percepción los coloca en tensión con el resto de los hombres. En Butor (sobre todo en los últimos textos de Butor) Le Clézio encuentra ese acercamiento de la novela a la poesía que marcará sobre todo sus primeras obras; también la técnica del collage, de la utilización de textualidades



diferentes en el armado de la novela y ese ritmo jadeante en las frases.

Pero también hay otras fuentes de las que se nutre la literatura de Le Clézio: están, en los diálogos de sus personajes -los ecos de Samuel Beckett, están los relatos de aventuras, las novelas policiales. Él mismo, queriendo poner distancia entre la pose intelectualista del "nouveau roman" e intentando acercarse a las formas de la cultura de masas, confiesa (en una actitud claramente provocativa) no tener más modelos que la novela policial, el cine-novela y las historietas.

También en lo que espera del lector Le Clézio se aleja de sus precursores. "Tengo dos ambiciones secretas...escribe

en el prólogo de *El proceso verbal*-. Una de ellas es la de escribir algún día una novela tal que si el héroe se muriera en el último capítulo, o si, en el límite, se enfermara del mal de Parkinson, yo me viera abrumado por torrentes de cartas anónimas e indecentes. [...] No desespero de lograr alguna vez una novela realmente efectiva: algo en el estilo del genio de Conan Doyle, quien se dirigía no a un gusto verista del público -en las grandes líneas del análisis psicológico y de la ilustración- sino a su sentimentalidad".

Un hombre o una mujer sin pasado y a veces sin nombre siquiera, un sujeto que se mueve dentro del

mundo de los otros con terrible dificultad, alguien que -aún viviendo en una gran ciudad moderna- está definitivamente solo: ése es el héroe de Le Clézio. Si el mundo moderno se le aparece a los hombres bajo el vertiginoso ritmo del video-clip, estos personajes oponen una mirada atenta y minuciosa: eligen el lírico detenimiento de la cámara lenta. Del mismo modo, también los sonidos se amplifican y a través de la hipersensibilidad perceptiva de los héroes, el lector asiste a un mundo en donde la caída de un cigarrillo repercute en el oído como si fuera un cañonazo. Pero Le Clézio siempre focaliza: si hay un ruido, si aparece a la vista de un personaje un determinado objeto, el objetivo de la cámara narrativa se ajusta y no hay espacio para nada más dentro de la escena. Incluso los sonidos (estos son textos que participan siempre de una sorda sonoridad, de una sonoridad lenta y amplificada), están recortados del resto de las voces del mundo, se dejan escuchar como si las otras no fueran sino ecos lejanos.

Esa percepción agudizada de los héroes de Le Clézio los pone en una situación de extrema soledad: se apartan de los otros hombres -sin llegar nunca, sin embargo, a ser misántropos-, huyen (uno de sus textos se titula precisamente, *El*

libro de las fugas), viven alejados del mundo. Para ellos, lo extraño es lo que para los demás resulta cotidiano; y en lo cotidiano, ellos encuentran la sorpresa. Así, la muchacha que vaga, en *La guerra*, tratando de descubrir el perverso revés de lo que le es cotidiano, encuentra en un shopping la imagen misma de la miseria humana. "Las tiendas iluminadas tenían grandes afiches para seducir, afiches que decían suavemente: ¡Compre! ¡Compreme! ¡Compreme! ¡Sea siempre joven y bella! ¡Compreme! Había por todos lados relámpagos de luz roja anaranjada, o ultravioleta, que te golpeaban en el fondo del ojo justo en el momento en que quizás ibas a ver. Para esconder los ruidos de la guerra, habían inventado músicas estruendosas, hechas de tam-tams y de gongs, músicas suaves y ruidosas que te hipnotizaban en el momento en que quizás ibas a escuchar la voz del Señor X, gritando: ¡auxilio! Todo era liso y suave. Había perfumes tan deleitosos, alfombras tan mullidas, licores, platos tan buenos para las papilas, agua mineral de las canillas, tan pura, que era difícil creer en el hambre, en la sed, en los pisos de barro y de basura". Pero también puede ocurrir que de las cosas más simples surgan las experiencias más intensas: "Algunas veces, Lalla le habla al pastor, le dice, por ejemplo, "¡Biluuu-

la!", lentamente, mirándolo fijo a los ojos, y aparece una extraña luminosidad que aclara sus ojos de metal oscuro". De cosas así están hechos los personajes de Le Clézio.

Sin duda, lo mejor de este francés que viajó por todo el mundo (lo más cerca nuestro que llegó es México) son sus novelas. Si bien su segundo libro -*La fièvre*, 1965- incluía relatos más breves, la novela fue la forma dominante en su producción. En 1978 publicó, sin embargo, un volumen de cuentos -*Mondo et autres histoires*- que tuvo mucha repercusión pero cuyo éxito es más atribuible a la figura ya prestigiosa de Le Clézio en Francia que a los valores del libro. Se trata de historias que entraban siempre forzadas en el espacio del cuento: o muy largas o muy cortas, el cuento nunca parecía tener la medida justa. Y lo mismo pasaba con los personajes, que pasaban a ser demasiado simples, que perdían todo el espesor de los personajes de sus novelas. Sin embargo, en el relato que presentamos -"Viento del Sur"- (no pertenece a *Mondo...* y fue publicado en forma inédita no hace mucho por la revista *Vogue*), Le Clézio logra -con un lenguaje despojado y transparente- devolvernos al clima al que nos tenía acostumbrados. Por eso lo seguimos leyendo.

Viento del Sur

J.M.G. Le Clézio

No recuerdo demasiado bien el día en que me encontré con Maramu por primera vez. Yo acababa de salir de la infancia, y ella ya era una mujer. Se llamaba Jehanne, pero la llamaban por su nombre maohí, Maramu, Viento del Sur. En aquella época mi padre y yo vivíamos en esta casa a orillas del mar, en Punaauia. El era médico en el hospital Mamao. Mi padre se había separado de mi madre cuando yo tenía seis o siete años. El recuerdo que guardo de ella, antes de que nos abandonara, es el de su risa, el de su voz algo melodiosa. Era por ella que mi padre había venido a instalarse aquí, después lo había abandonado para irse a Los Angeles con un americano. Mi padre decía que se había ido porque él había dejado de divertirla. El había sacado todo lo que podía recordarle a mi madre, las cartas, las fotos, incluso las chucherías que ella había comprado. Un día, sin embargo, encontré una vieja foto, de los primeros tiempos de su matrimonio. Estaban sobre la cubierta de un ferry, con gente alrededor. Ella parecía muy pequeña y endeble al lado de él, con su rostro asiático y sus cabellos cobrizos. Guardé la foto en mi habitación, en la caja secreta en la que guardaba las cosas importantes. Después terminé por olvidarla.

Maramu era el ser más extraño que yo hubiera conocido nunca. Entraba a cada rato a nuestra casa, igual que una diosa de piel oscura, con rostro infantil, ojos muy dulces y separados, y cuando se cansaba su ojo izquierdo se desviaba y eso le daba una

expresión un poco perdida. Tenía sobre todo una cabellera magnífica, ondulada y muy negra, que la envolvía y caía hasta su cintura como un adorno salvaje.

Iba siempre descalza, vestida solamente con un pareo que anudaba en su pecho. Entraba a la casa por la playa, sin hacer ruido, con la desdenosa indiferencia de los que no tienen nada. Mi padre me había contado un día que ella pertenecía a la raza de Ta'aroa y de Temeharo, princesas de Raiates, princesas sin tierra. Ella me había puesto un nombre maohí, me llamaba "Tupa", ya no sé por qué, quizás porque caminaba un poco de costado como los cangrejos. Me abrazaba. Venía a ver a mi padre para que le diera medicamentos para su hijo. Me asombraba pensar que había vivido ya tantas experiencias, teníamos casi la misma edad y ella había conocido todo eso, el amor, la maternidad, la vida. Yo no había visto nunca a su hijo. Era el hijo de un americano que se llamaba Sumner, los padres de Maramu eran los que lo educaban en Raiatea. Se llamaba Johnny. Parece que ahora trabaja en un hotel, en Hawai. Pasó el tiempo.

Recuerdo, ella entraba en la casa, se llevaba los medicamentos para su hijo, como si fueran caramelos, sin escuchar lo que mi padre le decía. Yo estaba enamorado de ella, de sus ojos, de su cabello, de sus pasos silenciosos, de sus pies endurecidos y planos sobre el cemento. Ella me hablaba, trataba de "tú" a todo el mundo; las convenciones de los franceses la fastidiaban. Recuerdo la forma que tenía de sentarse en el suelo, a la

manera de los sastres, con su pie izquierdo apoyado sobre el muslo. Mi padre decía que era así como se sentaban los antiguos Khmers, los antiguos Mayas. Con una mano apoyada sobre el muslo y la otra palma abierta hacia el cielo, para contar historias.

Ella me hablaba de cosas extraordinarias, que había leído en algún libro, quizás, o que había inventado, sobre sus ancestros que eran peces del mar, o sobre los grandes árboles que crecen al pie de los volcanes, y cuyas raíces son como órganos sensitivos atentos a todo lo que se dice en el mundo.

Algunas mañanas, cuando yo no iba al colegio, me llevaba al arrecife. Caminábamos muy lentamente, como si buscáramos algo, sobre la alfombra dulce y viva, y las olas rompían contra nosotros, salpicándonos los ojos con su espuma. Después volvíamos a la casa fresca. Mi padre había traído frutas. Recuerdo bien que Maramu cantaba, que había una luz cálida, la luz de la tarde, uno tenía la impresión de que todo eso debía durar eternamente.

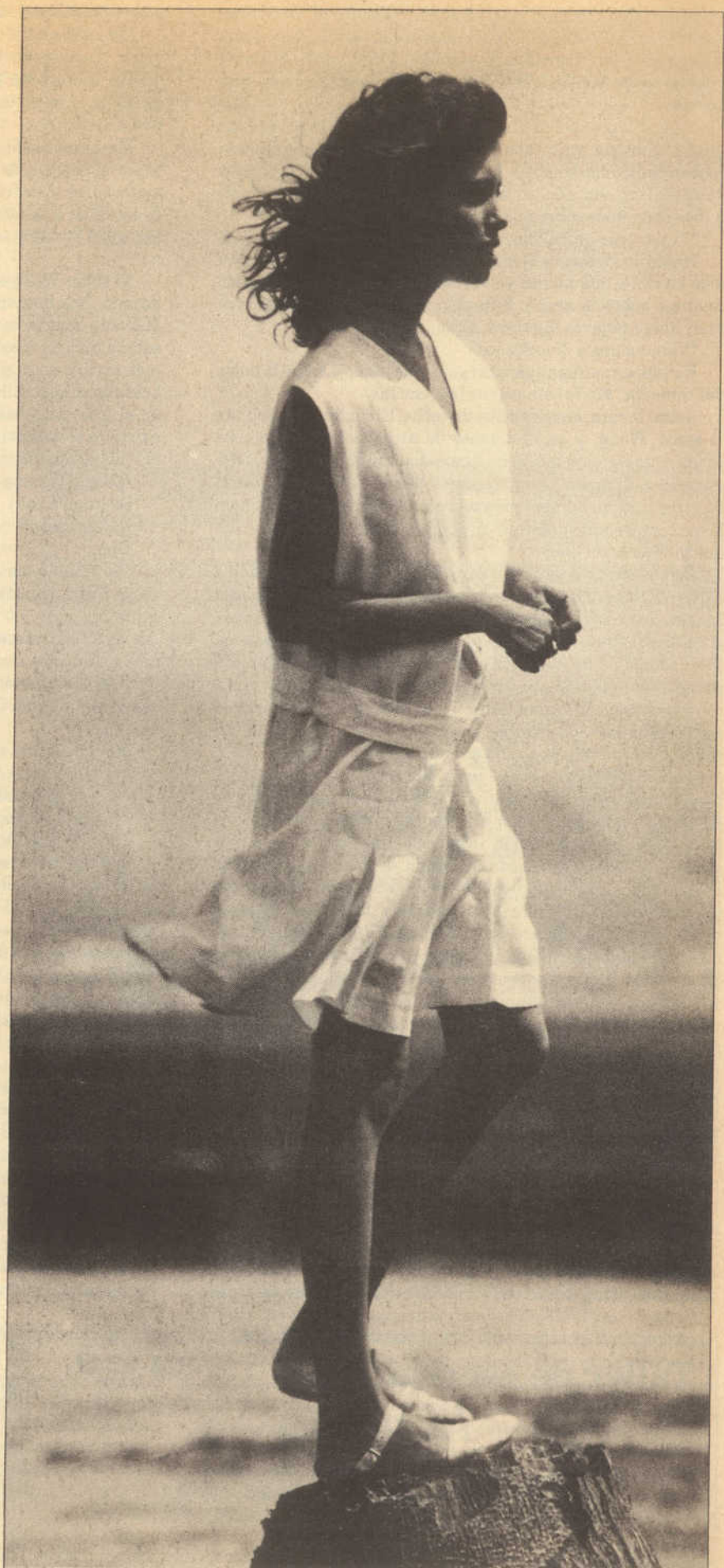
Cuando ya había caído el sol, Maramu iba a bañarse en la laguna. Se quedaba sentada dentro del agua sin moverse. La forma en que mi padre nadaba la hacía reír. Sabía zambullirse, lentamente levantando la planta de sus pies, muy clara, hacia el cielo. Después, volvía a la casa, se enjuagaba en la canilla, con pudor, sin quitarse el pareo. Tenía piernas musculosas, espalda ancha, senos muy pequeños y livianos. Su cuerpo aceitoso brillaba, Ella sacudía su inmensa cabellera desparramando un ramo de chispas.

Con Maramu, todo era simple. Yo no me sorprendía de nada. Creo que supe enseguida que era la amante de mi padre. Algunas veces se quedaba en mi casa a la noche, dormía en el suelo, en la habitación grande, decía que tenía demasiado calor en una cama. Mi padre se llamaba André, pero ella lo llamaba Bob, no sé por qué, quizás a causa del gorrito que usaba cuando iba a pescar, los fines de semana. Ella nunca hablaba de él, y él no sabía casi nada de ella. Ella era como un ave de paso.

Y después, un día, todo cambió. Dejó de venir a nuestra casa, y día tras día, yo la esperaba. Esperaba el ruido ligero de sus pies desnudos sobre el cemento, creía ver su silueta a lo lejos, parada sobre la barrera de arrecifes, como un espejismo.

Yo comprendía que algo pasaba, pero no sabía qué. Mi padre estaba como ausente, nervioso, volvía tarde. Un día, me habló de Francia, dijo que íbamos a volver, que yo iría a un colegio en Lyon, después de las vacaciones. Había encontrado trabajo allí, en una clínica.

Maramu volvió. Era el fin de las vacaciones, yo estaba solo en la casa. Entró



sin hacer ruido, como hacía siempre. Se sentó en la terraza para ver el mar. Estaba como ausente, su cabello enredado. Quizás estuviera borracha. Llevaba ropa bien verde. Se había puesto rouge en los labios, su boca parecía inmensa, una herida.

Me habló como si nos hubiéramos visto por última vez esa misma mañana. Apretaba muy fuerte mi mano, apoyaba su cabeza contra mi hombro. Yo sentía el olor a aceite de *coprha* de su piel, un olor a sol en la noche que estaba llegando. Había nubes increíbles sobre el horizonte, del lado de Moorea.

"Tupa, ¿por qué el mar me da ganas de llorar?"

Hablé de meternos al mar. Yo tenía miedo de que me dijera algo terrible, que no nos volveríamos a ver. Maramu caminó conmigo sobre la arena. Fumaba. El crepúsculo apagaba el mar, había pájaros lúgubres. Dijo:

"Ven, vamos a divertirnos"

Escribí unas líneas para mi padre, se las dejé sobre la mesa del comedor. Me fui sin cerrar las puertas.

Sobre la ruta, nos esperaba un coche. El chofer era un chino, el señor Wong, y en el asiento de atrás había un hombre corpulento con una guitarra, que conocía a Maramu. Escuché que ella lo llamaba Tomy. Se sentó al lado de él, en el asiento de atrás. Era un hombre muy morocho, flaco, con manos finas. Yo no comprendía quién era, ni por qué Maramu había querido que yo fuera con ellos.

Tomy tocaba la guitarra muy bajito, jazz, algo parecido a Billie Holiday. Hacía calor, el auto avanzaba rápidamente. Maramu comenzó a cantar, para acompañar a Tomy, después entonó melodías maohís, utes. Su voz ya no era ronca, se hacía fina como el humo. Yo tenía vergüenza de no saber cantar, me parecía que todos los miedos y todos los males desaparecían con esa música. Maramu había hecho resbalar los hombros de su vestido por los brazos, su rostro estaba inclinado, su cabellera espesa la ocultaba a medias. Tomy la miraba.

La noche ya había caído, continuábamos avanzando, dejábamos pueblos atrás. Los faros alumbraban en la oscuridad de la noche. Avanzábamos por una ruta de cornisa, el mar era un gran vacío negro, sobre la izquierda. Del lado de la punta Venus, al final de un camino lleno de baches, con autos estacionados que obstaculizaban el paso, había un bar. Era un galpón de chapa iluminado por tubos de neón. Una orquesta tocaba a todo volumen una música suave, *All kinds of everything* de Dana. Lo recuerdo porque siempre me gustó esa canción. Hacía calor. Nos sentamos en una mesa, pedimos unas cervezas Hinano, y Maramu una botella de vino tinto.

Había mucho ruido, a mí la cabeza me daba vueltas. Había gente extraña, legionarios, muchachas pintarrajeadas. Era la primera vez que yo pisaba un lugar así. Bailé con Maramu. Chocábamos con las otras personas que estaban bailando, con las sillas. Maramu me conducía, era un vals, un paso doble, un baile de otra época. Reía, su cabellera giraba alrededor de ella. Yo sentía el olor de su sudor, el hueco de su cintura bajo mis dedos. En la mesa, Tomy continuaba bebiendo con el rostro impasible. El cansancio había hundido sus ojos y eso le daba un aspecto como de máscara mortuoria. Maramu también parecía cansada. Se había sentado de costado, con los dos brazos apoyados sobre la mesa. Vi que tenía dos arrugas de cada lado de la boca, y una marca en forma de estrella entre las cejas. El

chofer había salido del bar. Tenía demasiado calor, se aburría.

Después estalló una pelea, exactamente al lado de nuestra mesa, a causa de un soldado ebrio. Maramu tenía mucho miedo. Le suplicó a Tomy que nos fuéramos. Caminaba descalza por la ruta, su vestido verde brillaba en la noche como un fuego artificial.

Me detuve en una zanja para vomitar. Maramu me acomodó en el asiento de atrás, muy tiernamente, con gestos casi maternos. Acariciaba mi rostro con sus manos suaves. Sus dedos olían a tabaco. "¡Pobre Tupa, esto debe parecerte insoportable! Yo estoy acostumbrada, hago esto desde muy pequeña".

El señor Wong conducía lentamente, para que yo pudiera dormir. Nos detuvimos a orillas del mar, del lado de Pirae, Maramu quería bañarse. El viento soplabá apenas, el mar estaba oscuro, suave. Los dos hombres se quedaron sentados más arriba, en la playa. Tomy tocaba la guitarra. Yo veía la brasa de su cigarrillo que se encendía de a ratos. Entré desnudo en el mar, nadé sin ver hacia dónde iba. Era como si ya no existiera el tiempo, como si ya no existiera el espacio. Cuando salí del agua, Maramu se sentó a mi lado, sobre la arena.

"¿Vas a casarte con él?" pregunté.

Se largó a reír.

"¿Con Tomy?"

Dijo:

"Es amable, rico, tiene un hotel en Hawaii. Alguna vez seré vieja, Tupa. Quizás me vaya lejos, él será mi *tané*, no tendré otros".

"Si te vas, Maramu, es posible que me muera".

Lo dije para hacerla reír, pero no la hizo reír.

"Quizás también me vaya a Francia. Bob quisiera que fuera con él allí, a Lyon. Queda tan lejos, es posible que sea yo quien se muera".

Nos quedamos en la playa, sobre la orilla. Maramu me hizo palparle la planta de los pies, llena de durezas.

"¿Crees que podría caminar con zapatos allí?"

"Te pondrás zapatillas".

"Iré descalza, tendrán que acostumbrarse".

Intenté reír, hacer bromas, pero de repente sentí un gran dolor en el medio del cuerpo, del lado del estómago, un poco a la derecha. Estaba apoyado sobre mi codo, y sentía cómo me temblaba el cuerpo. Maramu se dio cuenta. "¿Tienes frío?" Me estrechó muy fuerte contra ella para darme su calor. No sé por qué, pero pensé en mi madre. Quería que Maramu me hablara de ella, y fue como si hubiera leído mi pensamiento. Maramu era así, sabía cosas. Dijo:

"Recuerdo que se llamaba Tania, yo tenía doce años. Era muy bella, él la había encontrado en Bali, éso es lo que se contaba. A veces yo la veía sobre el barco, con tu padre y contigo. Eras un lindo muchacho, creo que me había enamorado de tí. Tenías el cabello del mismo color que el de Tania. Cuando se fue, Bob estaba muy triste. Pero ella ya no podía soportar más. Durante mucho tiempo creímos que volvería, porque Bob había quedado solo contigo, en Puanaauia. Quizás si él se va a Francia, a esa ciudad que queda tan lejos, a Lyon, Tania volverá a vivir con ustedes."

El cielo estaba claro, repleto de estrellas. Recuerdo las historias que me contaba Maramu, sobre la terraza de la casa,

mirando las estrellas, la famosa nube de Magallanes, y las dos alas del gran pájaro, que llaman la Cruz del Sur. Se sentía el ruido de las olas sobre los arrecifes. Llegó el día, el Señor Wong dijo que era necesario irse. Maramu fue a hablar con Tomy, discutieron un poco, yo escuchaba las resonancias de sus voces. No comprendía lo que decían. Después Tomy y el Señor Wong se fueron. Escuché el ruido del auto que se alejaba por la ruta de la punta Venus. Maramu volvió cerca mío. Rodeó mis hombros con su brazo. Podía sentir su olor, las emanaciones de su cabellera sobrenatural. Estaba unida al alba. Era maravilloso y terrible porque yo acababa de comprender que ésa era la última vez. Ella hablaba en voz baja, bien cerca de mi oído, como si me estuviera cantando:

"Todas los caparazones, Tupa, el mundo es un caparazón, el cielo es un caparazón todavía más grande. Los hombres son caparazones, y el vientre de las mujeres es el caparazón que contiene a todos los hombres."

Hablaba también de piraguas, de hojas que son como los órganos sensitivos de los árboles, y de las raíces de las piedras. Decía todo eso como si me estuviera dejando su saber, porque no volvería a verla. Cuando apareció la luz del sol, me di cuenta de que me había quedado dormido. Sobre la arena estaba la huella de Maramu. Creí que se había ido con los otros mientras yo dormía, sentí una inmensa angustia. La llamé:

"¡Maraaamu!"

Salí de atrás de los matorrales, donde se había acurrucado para orinar. Yo tiritaba como si tuviera fiebre. El sol apareció del lado de las montañas. Había nubes en forma de yunque sobre el horizonte, en la dirección de Raiatea. Maramu brillaba con su ropa verde. Su rostro oscuro era suave, su mirada impenetrable. Lentamente, peinó su cabello hacia atrás, con un rodete sobre el cual fijó una peineta gitana. Caminando hacia la ruta, ví que el auto del Señor Wong nos estaba esperando. En el asiento de atrás, Tomy fumaba un cigarrillo. La luz de la mañana hacía que todo pareciera frío y desteñido.

"Tomaré el ferry hacia Raiatea". Maramu dijo esto muy suavemente. Era su decisión. Nadie podía modificarla.

Fuimos en el auto hacia el puerto. Tomy no decía nada, ya no tocaba la guitarra. También él parecía muy cansado, quizás estaba deprimido. En el puerto, Maramu fue a buscar sus cosas a un hotel chino, cerca del embarcadero del ferry. Descendí del auto y esperé a la sombra de un árbol. Cuando volvió, había cambiado de ropa. Llevaba un pantalón y una camisa de hombre, y zapatos de taco alto que le hacían doler mucho los pies. Me abrazó.

"Hasta la vista. Quizás nos encontremos, alguno de estos días."

Dije: "Hasta la vista". Tenía la garganta cerrada, sentía náuseas. El Señor Wong permaneció dentro del auto, ni miraba. Seguramente lo que estaba pasando le daba igual, gente que viene, gente que se va. Pero yo pensaba que no volvería a ver a Maramu, que no volvería a escuchar su voz clara de cuando cantaba los *utes*. No volvería a sentir el olor a incienso sobre su piel. Era por eso que la luz de esa mañana no tenía fuerza. Tomy descendió del auto. Me miró, pero no dijo



nada. Llevaba en la mano una pequeña valija negra. Juntos, con Maramu, se alejaron hacia el ferry. Volví al auto, el Señor Wong me llevó hasta Puanaauia. No quiso que le pagara. Creo que fue Tomy quien se lo pidió.

Cuando llegué a casa, mi padre no me dijo nada, no preguntó nada. Nunca hablamos de esa noche que pasé afuera. Nunca volvió a pronunciar el nombre de Maramu.

Después, volvimos a Francia, a la ciudad de Lyon donde el invierno dura mucho más que una estación, donde nunca se escucha el mar, y donde no sopla el viento del sur. Tania volvió a vivir con mi padre. Creo que eso era lo que quería Maramu. De Maramu no sé gran cosa. Alguien me dijo que se había casado con Tomy, y que había dado la vuelta al mundo. El tiempo pasó. Uno dice cosas, sufre y piensa que se puede morir de tristeza y algunos años más tarde de todo eso no queda más que el recuerdo.

Taller de escritura

la mano

Artesanía en la palabra
Poesía, narrativa, grupos de estudio
coordinan Silvina Carrizo y Amparo Rocha

825-9242

Audioperceptiva

Sandra de la Fuente

773-6736

Ignoto
V de Vian 17

"COMO LOS NOVELISTAS DE ANTES"

por Christian Kupchik

Cuatro o cinco años atrás, el cronista encontró a Marcelo Cohen en la barra de un bar de Barcelona. En un momento determinado, un conocido de Cohen, catalán, se acercó con un café en la mano para saludarlo. Luego de intercambiar las formalidades de rigor, Cohen inquirió a su interlocutor por su vida. "Pues va bien", respondió éste, "tomando un café". Al cabo de un par de trivialidades, el otro se marchó, y Cohen sonreía moviendo afirmativamente la cabeza. "¿Ves? Esto es la literatura española", se vió forzado a explicar. Ante el asombro del cronista, asintió a explayarse un poco más. "Retórica, viejo, pura retórica. Durante diez páginas te describen un tipo sentado debajo de un árbol. Cómo es el árbol, que lo motivó a sentarse, el paisaje que le rodea, y por si no te termina de quedar claro, rematan todo el asunto diciendo: 'Fulano se sentó debajo de un árbol'. Un tipo se acerca para saludarte, con un café en la mano, te interesás por su vida, y te contesta 'tomando un café'. Existe una redundancia de lo obvio en esto que nos rodea". La anécdota vale no sólo como una importante reflexión sobre la literatura española, sino sobre el propio Cohen: puede hablar con la misma pasión de fútbol, jazz o mujeres, pero de lo que realmente está hablando, siempre, es de su gran pasión, la literatura.

Sin embargo, al leer los datos de su ficha biográfica, el destino de Marcelo Cohen no parece diferenciarse demasiado de muchos de sus compañeros de generación. Joven argentino de origen judío (nació en Buenos Aires en 1951), militante de izquierda, laborioso pero frustrado aprendiz de bandoneonista, con inclinaciones literarias, a quien las desventuras políticas de su país obligan a partir al destierro. Desde 1975 reside en Barcelona, y fue allí donde logró ir destacándose como un sólido periodista cultural y un excelente traductor (sobre todo del inglés, aunque no es la única lengua que vertió al castellano), como lo atestiguan sus versiones de Scott Fitzgerald, Jane Austen, Christopher Marlowe, Lawrence Durrell, Mark Strand y Philip Larkin, entre otros. Pero dónde Cohen despegó realmente de sus coetáneos, es en la construcción de un territorio novelístico de características peculiares, donde las lenguas se entremezclan con sueños ácidos, y los cielos de la duda llueven sobre los endebles pantanos utópicos. Cantantes de boleros, jóvenes punk, neones y fritangas, inventores frustrados, redactores imposibles: mañanas de papel maché, palpables presentes. Esta megalópolis original, cuyo máximo arquitecto asume su responsabilidad con conmovedora humildad, merece la cuidada visita de cualquier desorientado. Lo que sigue son sólo algunos de sus paisajes vistos con los ojos del propio creador.

Capítulo I: La calle. Oliveira, se llamaba la calle: rúa da Oliveira. (*)

Yo empecé mal. Como suele suceder entre la clase media argentina, la formación temprana es muy mala. A pesar de que a mí me gustaba escribir -como le puede gustar a un adolescente-, no tenía ningún tipo de orientación. Leía cosas que me estimulaban, pero no las que necesitaba realmente. Si tengo que mencionar mis primeros referentes, éstos serían Sábato y algún que otro escritor argentino del '50, de los cuales con los años sólo se salvarían los buenos narradores del neo-naturalismo, Walsh, por ejemplo. Esto es en la adolescencia. Pero para mí la verdadera literatura, debo reconocer que comienza con Cortázar, aunque también mi relación con él

al cabo de los años se vuelve muy conflictiva. Todo el mundo va variando la lectura que hace de un autor de acuerdo a las diversas etapas que le toca atravesar. En mi caso particular, hace unos años decidí que Cortázar era un escritor para los '60. No obstante, creo que tiene cosas importantes que se resumen en lo siguiente: Cortázar crea una nueva manera de mirar la cotidianeidad. Yo sé que hoy en día en la Argentina hay críticos y escritores que afirman que Cortázar es un grado mayor del costumbrismo y algo de cierto hay en eso, pero también hay algo de cierto en que es uno de los últimos románticos, quizás el último gran romántico. Vale decir, es uno de los pocos escritores que creen que la subjetividad es un valor importante y por otra parte es un tipo que tenía no pocas armas retóricas. Los límites todos más o menos los conocemos: le falta control, clasicismo y quizás agudeza. Yo no puedo dejar de tener la sensación de que es francamente ingenuo, y la ingenuidad, si no es primitiva, me parece bastante peligrosa. Eso es lo que hace que en muchos momentos Cortázar parezca kitch, sobre todo en sus novelas. De cualquier forma, es un gran cuentista.

Capítulo II: La red. Hay momen-

(*) Las luces que iluminan los diversos capítulos de esta «novela» han sido extraídas de los libros El país de la dama eléctrica, Insomnio y El oído absoluto. Se pide disculpas al autor de los textos por la descontextualización de los mismos.

tos, si uno los descubre, que son extraordinarias averías en la red eléctrica que nos alimenta, y en el desconcierto que acunán se puede atisbar la anticuada audacia del vértigo.

"A mí me tenía atado una obediencia obsecada a

La poesía. A partir de Quevedo y Vallejo sobre todo, descubrí que el lenguaje no es una mampara contra la que uno se estrella, sino que se puede trabajar y por sus fallas se pueden decir cosas mucho más extensas, que realmente uno no tenía idea que podía decir. Allí radica el misterio de la literatura: en la acción de hacer literatura, va surgiendo la expresión, no antes. Anteriormente no exis-

algo que estaba mal pero a lo cual no podía dejar

te un sujeto, un algo concreto que dice "yo voy a expresar esto", sino que de golpe el lenguaje solo empieza a crear un individuo que está leyendo algo. Eso lo descubrí con Vallejo. Y la entrada triunfal al mundo de la novela yo diría que se produjo de mi encuentro con Faulkner. Para mí Faulkner fue más importante que otros grandes experimentalistas. No puedo dejar de reconocer lo incommensurable que es Joyce, pero sigo prefiriendo el aliento trágico y esa mezcla de pasión y construcción que se dan en Faulkner.

de reverenciar y renunciar: era la resaca

Con el tiempo, cuando me puse a ver de dónde provenía, me di cuenta de que Faulkner es la coronación de una línea muy concreta, que no es otra que la línea de sus lecturas: la Biblia, Shakespeare, y la gran tradición de la novela posrealista inglesa, básicamente Henry James y Conrad. Esos son los escritores que hicieron, recién a mis veinticinco años, que empezara a darme cuenta de lo que es la literatura.

disfrazada de realismo socialista"

Capítulo III: El azar. Yo tengo un respeto por el azar: agradeci.

Después hay toda una línea fantástica, que también descubro por un escritor menor -por llamarlo de alguna manera, pero bueno, la literatura está hecha al fin y al cabo por escritores menores o clase

B- y que me influenció muchísimo. Ese escritor es Bradbury, y por el prólogo de Borges a las Crónicas marcianas me entero de paso qué clase de escritor era Borges. Era un tipo que en tres frases era capaz de resumir luminosamente un libro y, en consecuencia, era un tipo que entendía muy bien de qué iba la cosa. Así me fui acercando a toda la tradición de la literatura fantástica.

Capítulo IV: Fantasmas. Para que un fantasma exista basta con que alguien lo vea y sea capaz de describirlo, de darle una... configuración.

A partir de El país de la dama eléctrica comienzo a ver la posibilidad de una escritura. Antes lo que ha-

cía era cumplir con ciertas preceptivas. Antes escribía cuentos, y subterráneamente lo que trabajaba era el miedo a transgredir la preceptiva porque los cuentos tenían que estar escritos con toda pulcritud, estaba toda esa cosa muy chejoviana de que un cuento tenía que decir mucho más de lo que mostraba escrito y todo tenía que ser finamente sugerido. Me parecía muy bien y me gustaba mucho hacerlo, pero a mí el cuerpo me pedía más, me sentía atado. Como habían aparecido Faulkner y otros escritores más eruptivos, que incorporaron las capacidades del simbolismo (des-

de la poesía a la narrativa, Céline incluido), comprendo que no todo es artificio sino que hay algo que permanentemente está golpeando la superficie. Y me solté. En El país..., me solté. Encontré un recurso muy sencillo: dejar hablar a una adolescente de dieciocho años que me permitía decir muchísimas cosas. A fuerza de hablar, hablar y hablar, largar opiniones sobre el mundo (el argumento de ese libro es casi nimio), me permitió ir jugando, ir en contra de la preceptiva izquierdoso/cuentística. Es decir, me permitió tomar la literatura también desde sus componentes especulativos y lúdicos.

Esa soltura, que para mí fue un desahogo, permite que de golpe pasen cosas extrañas. Como se trata de un personaje que narra en primera persona y todos sabemos que no hay por qué creerle lo que dice, puede decir cosas muy raras. La fuerza del lenguaje

me permitía transigir reglas que eran deudas que, en definitiva, yo creía estaba pagando con la preceptiva naturalista. Un personaje, por ejemplo, habla con el fantasma de Jimmy Hendrix. A ese tipo de cosas yo llegué por una mayor permisibilidad verbal.

Capítulo V: El miedo. El miedo persiste desapegado de los olores que lo visten y no termina de pagarse nunca.

Lo que a mí fundamentalmente me tenía atado era una obediencia obsecada a algo que yo sabía que estaba mal pero a lo cual no podía dejar de reverenciar y renunciar: era la resaca disfrazada de realismo socialista. Ya nadie creía en el realismo socialista, pero seguía actuando, en forma de servicios que uno debía prestarle a la cultura que serviría de marco a la revolución. Si hubiera leído antes a Nabokov -aunque no sea uno de los escritores que más admiro habitualmente, a pesar de que es un gran escritor no está en mi santoral-, habría llegado bastante antes a esta liberación.

Capítulo VI: Dos. ¿Qué pasa? Que con el número dos nace la pena.

Esta liberación de las ataduras formales sólo me la pude permitir en el exilio, en Argentina me hubiese costado

mucho más (y eso considerando que me llegó muy tarde). Mi primera juventud estuvo dedicada a la militancia y yo militaba en el Partido Comunista. Aunque fuera un heterodoxo para las jerarquías del partido, seguía siendo un militante. Tenía dos superyos: uno como hijo de judíos de clase media (según el cual tenía que hacer buena letra y ser un chico pulcro), y además cómo militante.

Capítulo VII: Inventos. Sospecho que soy un invento.

Si existe algo que se llama identidad (en lo que no creo demasiado), uno la encuentra en la escritura. La escritura es un Frankenstein, algo que uno hace con un cuerpo virtual que crea a partir de retazos, de montones de cosas que uno es. Por eso la sultura es importante para que aparezcan la mayor cantidad de fragmentos de lo que uno realmente es en ese espacio. ¿Se entiende esto? El esfuerzo es que no se vean las suturas de ese Frankenstein. Cuando las suturas se empiezan a hacer menos visibles, la cosa marcha un poco mejor. La escritura es algo virtual, en este sentido soy totalmente antirromántico. No hay representación del sujeto en la escritura. Uno se puede sentir más o menos cómodo. Cuando uno se sienta a escribir, lo que uno produce es el personaje de escritor que uno es en el acto de hacerlo, no de la persona que trata todos los días. ¡Yo no

sé quién es Marcelo Cohen! Tengo mis ideas, pero...

Capítulo VIII: El río. Para nosotros el Río de la Plata era, mentalmente digamos, más o menos como Marte.

También dejé de rendir tributo a la patria que abandoné. Esto se convierte en una relación personal e íntima, pero en la literatura es otra cosa. Lo que me importa es qué hay de operativo en mí, de expresivo en eso. Y es lo que uno trae de la infancia. Lo único que me interesa del lenguaje argentino es lo que ese lenguaje expresa como visión del mundo. Por otra parte existe la historia de una pasión, que es lo que la literatura rioplatense ha venido haciendo durante dos siglos con el español. Eso tiene hitos, para mí, muy concretos. A mí me enamora la dicción de Onetti. Onetti es una línea, como Borges es una línea. Y esta línea significa: siglo de Oro, cielitos patrióticos, literatura gauchesca, más tango, hasta que de golpe aparece un tipo que junta todo eso con la retórica clásica. Ese tipo es Borges. Otro tipo, Arlt, lo elabora en función del cocoliche. Esto lo descubrió Piglia, y puede gustarnos o no, pero es así. Son las dos grandes alternativas que existen, lo que ocurre es que no son alternativas antagónicas, como bien lo demuestra Onetti. Es un campo fecundísimo, eso es una dicción. De la misma manera que pone

Pound una dicción americana cuando dice "bueno, aquí hay una manera de entender el inglés pero la puedo mezclar con Catulo y con lo que quiero". Con lo que me quedo del lenguaje argentino es con ese acento.

Capítulo IX: El destierro. Y el tiempo rumiaba en el destierro, más allá del cielo púrpura y las estrellas empañadas.

Muchos de los escritores que admiro (el mencionado Faulkner por ejemplo) han creado espacios míticos, pero espacios donde todo está cargado de sentido, todo remite a una cosa anterior, todo está relacionado con su propio pasado. Cada paisaje, cada personaje, tienen una genealogía. De alguna manera -aunque con menor intensidad-, lo mismo ocurre en Santa María:

las cosas remiten a un pasado anterior a la obra que estamos leyendo. Son mitos que tratan de explicar su propia tierra, lugares donde ellos estuvieron afincados. En mi caso personal, provengo de una generación que fue derrotada, no sólo diezmada por unos hijos de puta sino también diezmada por su propia omnipotencia. La mitad de los muertos registrados durante las dictaduras del Río de la Plata murieron de omnipotencia, de creer que lo podían todo. Por otra parte, yo me encontraba en el destierro (no quiero usar la palabra exilio porque es una palabra muy complicada), lo cual significaba

una quiebra muy importante, porque como se dice "el exilio es para siempre". Entonces me encontré con un problema: ¿cuál es el espacio de mi experiencia? Además el mundo se había vuelto muy vertiginoso. El de Faulkner es rural, y el de Onetti es urbano, pero no deja de tener características rurales en cuanto a la poca movilidad. La historia no sólo nos pasó por encima sino que se seguía moviendo a toda velocidad. Uno no podía digerir con facilidad todo eso. Un escritor que en esos años me importaba mucho era Joseph Roth, porque era un tipo que describía experiencias bastantes similares a las nuestras: la descomposición del imperio austro-húngaro, personajes transhumanes con sus vidas quebradas, con un pie en cada lado, con dramas que empezaban en una ciudad y terminaban en otro, con un gran descreimiento y una gran resistencia a ser descreído. Desde el

automatismo hasta la aceleración de la historia, eran cosas de las que uno se tenía que hacer cargo. Yo no me veía capacitado para hacer de mi infancia y de mi barrio un mundo mítico, entre otras

"Creo que hay que gritar. La rabia es uno

cosas porque me crié en el centro de Buenos Aires, con lo cual mi infancia es muy poco interesante.

Capítulo X: Escenarios. Botellas de bencina te invaden el castillo / y roen las musarañas tu trono de latón.

de los componentes interesantes de la

¿Cómo hablar del escenario de mi experiencia? Creando un escenario que lo abarcara todo, que sintetizara los elementos más eclécticos: desde el tango a las gasolineras, desde las guerrillas urbanas hasta tipos con las orejas atravesadas. Y en esto tuve una ayuda invaluable: Ballard. El me dio dos ideas fundamentales: la primera, que el futuro ya había llegado, el futuro estaba aquí y ahora; y la segunda es la observación del paisaje. Empecé a leer el paisaje, como dice Benjamin. Sus extractos, sus acu-

literatura, pero no tengo una gran

mulaciones y a tratar de descifrarlo. Era bastante horrible. A mí me pueden gustar las ciudades, pero no puedo dejar de negar que lo que nos rodea es espantoso. El paisaje es el reverso de nuestras mentes. Este paisaje somos nosotros.

Capítulo XI: La rabia. Para cada revelación existe un camino y es imposible llegar sin llagas en los pies.

No. Creo que hay que gritar. La rabia

esperanza en el poder de los libros."

es uno de los componentes interesantes de la literatura, pero no tengo una gran esperanza en el poder ni inmediato ni de ningún otro tipo de los libros. Los libros tienen una vida muy rara. Indudablemente hace cosas la literatura, pero lo hace de maneras muy tortuosas. ¿Qué

puede hacer? Puede enseñar a mirar mejor. Si lo logra, es una actitud muy revolucionaria, una actitud muy saludable.

Capítulo XII: Evasión. Parece una caminata por el caos. Pero

poco a poco se va armando una masa formidable.

Evasión no es un mal concepto. La literatura te coloca en un ámbito donde los tiempos se entremezclan, los tres éxtasis temporales mantienen una relación inestable y confusa, donde reinan las analogías, donde cosas muy dispares se relacionan misteriosamente y crean

empatías, ecos extraños, y te saca de los paquetes prolifera-

mente armados, de interpretación fácil e inmediata con los que nos movemos en general. Todo lo que nos rodea son ficciones, y me parece que la literatura es la menos ficticia o quizás la menos perniciosa de las ficciones que podemos producir. Cuando uno dice "el pensamiento crea la realidad" es una manera de decir que lo instintivamente humano es hacer literatura. En tal sentido, la literatura sería un grado más conciente (y tal vez más libre) de esa actividad compulsiva. Sería un aspecto no compulsivo de esa compulsión que es lo característico humano.

Capítulo XIII: Itinerarios. Eso: variar de órbita. Porque es cierto que uno gira siempre alrededor de lo mismo, pero los itinerarios son distintos.

Lo que está en juego es la obsecación que tenemos todos por la interpretación. Lo que ocurre es que en general las interpretaciones son equivocadas. En **El oído absoluto**, Lotario construye un sistema en base a la música simplemente por el hecho de que la música lo calma.

A partir de eso él tiene una necesidad de explicar por qué la música lo calma. Y de la música llega a Dios, porque no puede vivir en la incertidumbre. Esos son errores. A mí en realidad me da igual, pero me gustaría que quedara claro que son equivocaciones y que una de las maneras en que yo concibo

**Cohen
V de Vian 21**

**Está bien, si querés
no nos creas, pero el
próximo número de
Con V de Vian
aparece la primera
semana de julio.**

Sí, Esta vez es verdad.

Diagramación

Folletos
Avisos
Revistas
Publicaciones barriales
Boletas, Facturas, etc.

Armado

Originales
Logotipos

Composición Laser

Normal
Transparencias en Papel Vegetal

Tipeo Scanner

**Zona Norte
795-4766**

**Zona Oeste
653-1196**

un hecho narrativo es que se trata únicamente de la toma de conciencia de esa equivocación. Probablemente haya heredado esto de Henry James, la mayoría de cuyos cuentos son historias de equivocaciones.

Capítulo XIV: La definición. Uno no necesita el chimpún, la definición, ¿me entienden?. Y entonces me dije: a lo mejor no sólo lo rotundo está completo.

El mundo es espontáneo. Si yo me tomo en serio este concepto «en el que creo bastante», se me produce un problema literario importante: con esto no puedo hacer tragedia, porque la tragedia es la historia de una lucha desahogada. Surge de la rabia. Por eso mis novelas están más cerca de la comedia, en el sentido de que los personajes terminan dándose cuenta de que quizás no se trata de construir un sistema para oponer a otro, de buscar desahogadamente el sentido, de irse a otro lugar que sea mejor, sino de llegar al fondo de la situación en la que estás, que es en definitiva el único modo de tomar contacto decisivo con uno mismo. Como dijo Wallace Stevens, “soy lo que nos rodea”.

Capítulo XV: La búsqueda. Un aficionado. A escribir. Milagro, ¿no? ¿Peligro? ¿No te nace un escalofrío? Si serás pusilánime.

La gran mayoría de los libros están destinados al público, es decir, a nadie. Simplemente uno busca lectores. No creo que haya muchos, pero entre esos pocos algunos van a entender cuales son los móviles por los cuales alguien escribe esa novela. Es la gente con la cual -sean o no del mundo de la literatura-, uno puede

hablar de muchas cosas, libros incluidos. Yo escribo para esa gente. Me gustaría hacerlo para todo el mundo, pero eso es imposible. Soy muy amigo de Amadeo, el dueño del bar de abajo de mi casa, pero no va entender mis libros ni le interesa entenderlos. Lo único que le interesa es que soy escritor y cuando voy al bar me llama “el Profe”. ¿Pero qué hago con eso? Me lustro las uñas...

"Me interesa decir: yo escribo para aumentar la

Capítulo XVI: El interés. No es bueno acumular paraísos como joyas, / nena, dejalo en un callejón.

Como escribo en la prensa, hay una zona de la vida cultural española que saben que existe un argentino llamado Marcelo Cohen cuyos artículos a veces gustan. Tengo constancia de ello. Pero no les importa nada de lo que yo hago. Hay ocho españoles que pueden estar interesados por lo que hago, parte de los dieci-

confusión. Esto es un programa de la escritura."

seis que están interesados ahora por lo que escriben los latinoamericanos. España, a partir de la muerte de Franco, tuvo que construir su literatura, y esto que se llama la nueva narrativa española (en la cual hay muy pocos narradores que me interesan, poetas muchísimo menos) creo que se trata de un proceso necesario. En su etapa de *europización*, España tenía que crear un cuerpo literario, y en consecuencia había que publicar mucho libro de todo tipo. Esto produjo alucinaciones, como por ejemplo considerar que este fenómeno es muy interesante. Creo que histórica y sociológicamente se trata de algo interesante, pero desde el punto de vista literario habría que ponerlo entre paréntesis. La alucinación de que es

muy interesante se tiene que mantener mirando lo menos posible a los costados. Todo lo que pueda llegar a traslucir fallas en esa alucinación, es mejor no enterarse. Y ahí entra básicamente lo que está escrito en el mismo idioma, es decir la literatura latinoamericana. Entonces, lo que se hace con la literatura latinoamericana es pensar que sigue anclada en el realismo mágico o en la denuncia social y no se lee lo que se produce en la actualidad.

Capítulo XVII: Placeres. Y cubro mi vergüenza con mensajes, como los novelistas de antes.

Me interesa decir: yo escribo para aumentar la confusión. Pero eso es una ética, es decir, es un programa de la escritura. En verdad escribo porque me sale. Creo que de todo lo que me gusta hacer es lo que me sale más fácilmente. Muchas veces me dije: “escribo para que pase algo”, o bien “si dejo de escribir va a pasar algo malo”. Allí hay un componente religioso. Esa compulsión ritual a que pase algo o mi miedo en tal sentido puede ser o bien megalomanía, o bien una forma de

la piedad -interesante, por cierto-, o simplemente una neurosis. En el fondo todas estas cosas son lo mismo, es decir, mi forma de obtener placer. Pero también hay un placer en la imaginación y en la razón compositiva. Me gusta mucho el aspecto compositivo. Corrijo mucho. Creo que soy un realizador. Creo en la gratuidad. Y cuanto más gratuito y menos esperanzas de recompensa tenga un trabajador de la literatura (vale decir, cuánto más trabaje en escribir y menos en ser un escritor, en preocuparse por la posteridad o sucedáneos de recompensa), mejores serán sus resultados.

On de bidet

por Viviana Lysyj

Grabo estas reflexiones para mis descendientes mientras observo 50.000 comprimidos de AZT. Ellos forman fila en mi biblioteca como termitas estatuarias. La lucha contra los Retrovirus Humanos-Sida ha sido ganada. Los AZT duermen contra los tomos de Balzac como ladrillos del muro de Berlín en la mochila de una auto-stopista del siglo XX. Hoy es 17 de mayo del 2.023 y la visión de un ex-artefacto para enjuagues íntimos me trae la voz funky-metal de mi abuela (ver foto). Ella ponía los pies en el bidet toda vez que la energía fotovoltaica de su prosa estaba a punto de arrebatarle las piernas. Hoy, 3 de mayo, culmina la última semana de la XLIX Feria del Libro. El mundo se ha recalentado como un antibiótico hervido al aceite. Hay 31 grados en mayo y tres piscinas/placentas funcionan hace un lustro en el predio de la Feria. El objetivo es el lígüe autor/lector en un bioclima neurótico y de una fluidica. Yo soy vendedora de hot-dogs y expendedora de tickets natatorios. Hace una década estalló la última central televisiva fletando hacia la biósfera su gris bola de sebo. Ahora los escritores son lamidos por sus fans como en otros tiempos los chihuahuas blancos de las divas de California (península que un esguince geológico se tragó en la palangana del Pacífico). Mi abuela vendió 20.000 ejemplares de sus erotic-rocks en los kioscos de subte con la velocidad de un chorro de petróleo del abismo a la luz. El idilio autor/lector llega a la ignición con las sesiones extraordinarias de piscina erótica. Mi amiga Maritchka, escritora de porno-horror, sodomiza con un arnés de goma a un lector suave como un analgésico vesicular. La Feria del Libro es un cometa chino contra el Río de la Plata. Al río le han comido hectáreas y los turistas de los barcos desayunan con libros argentinos. En las inmensas ollas de cloro la copulación es intensamente lingüística. El contraste entre el limo del río y el magma de axolotl en la luz de las piscinas produce una ecuación de bala perdida en el cosmos. Alguien dijo alguna vez que el rock n'roll es como un accidente automovilístico. Yo digo que la piscina erótica es como un accidente telekinésico: vos nadás con tu escritor en la misma longitud supracuática. Miles de bancos de germoplasma con la furia de Spike Lee filmando en Soweto. La literatura criminal está de duelo y ahora se estila la prosa antipsicótica. Ya no hay asesinos de Milwaukee sino hombre y mujer en cucullas bajo el zorro zen y los labios del tao amatorio. Ahora las parejas esculpen a sus hijos como a una entalladura de cornalina. Los besan como a una Siva de tres cabezas. Y los hijos saben que



el fuego es un plasma, un gas a alta temperatura en el que se producen violentas reacciones químicas -óxidos de carbono, azufre, nitrógeno- y todo tipo de moléculas, algunas muy tóxicas. Dado que la madera contiene cloro, un simple fuego de chimenea despidió dioxina. Por eso los hijos nacidos del sexo en armonía tienen conciencia planetaria. Como vendedora de hot-dogs obtengo un ticket diario de una hora con el escritor que prefiera. Ya que siempre he sido lenta (un tejido que se abre horas después de una triada medicamentosa) junto tres tickets y los uso el sábado a la noche. Por suerte hoy en día la fornicator-speed está en baja y todos comprenden las ventajas del acto sexual prolongado. Así es que pasé tres horas con Ian y su primera novela llena de la fuerza pasional de Mishima y Nabokov. A Ian sus cabellos de Greystoke le

llegan a la vértebra novena y con su pantalón de cuero rojo parece un bisonte a la grilla. Escribe frases largas y la poesía invade sus páginas como himenópteros sobre las enaguas de una flor. Su prosa es como la guitarra hawaiana de Iggy Pop. Tiene el poder adelgazante de la centella asiática sobre la adiposidad neuronal. Ian escribe con la vieja *Underwood* manual con que alguna vez tecleó su prosa un tal Barton Fink. Entre sus virtudes está el haber grabado para la legendaria compañía Virgin una versión en acordeón de *Anarquía en el Reino Unido* del clásico del siglo XX *Sex Pistols*. Ian tiene el pathos de la escritura en el arco de las cejas y yo susurro *honey honey* en el hueco de su mano. La penetración es extraña con el agua y para bajar el miedo hablamos de la influencia del sonido dolby pro-logic surround sound en la novela tecnológica sin dejar de rozar los dedos contra la piel como dos pinos de los Vosgos escapando del veneno de las lluvias ácidas. El amor acuático requiere de una mayor lógica combinatoria. Ian es más chico y cree que yo sé “más” que él. El criterio cuantitativo produce rajaduras notables en la central nuclear de Eros. En los escalones de ingreso a la piscina simplemente aclaramos nuestros diccionarios: para los dos el cuerpo es una taiga a orillas del río Abakan. Decidimos cazar renos y cosechar semillas de cedro con la lentitud que las coordenadas geográficas reclaman. En la próxima Feria del Libro no expendere tickets natatorios porque voy a cuida de Ian en mi bañera.

EL ENEMIGO público

La única revista que te miente de verdad



Los 3 Chiflados

El terror de las psicopedagogas

por Gustavo Noriega

Pocos humoristas marcaron a tantas generaciones de chicos como *Los tres chiflados*. Y pocos de sus incondicionales seguidores conocen la biografía escrita por el flequillado Moe sobre él y sus compañeros de locuras. Presentamos por primera vez en español un capítulo de dicha biografía, fotos inéditas y un artículo que brinda detalles desconocidos del trío más mentado.

El show de aparición más continua de la televisión argentina, **Los Tres Chiflados**, nació como un número de vaudeville, allá por la década del 20. El conjunto que les dio origen se llamaba **Ted Healy and His Three Southern Gentlemen**. Ted Healy era un cómico de buena fama en aquella época que utilizaba como partenaires a los hermanos Horwitz, Moses y Samuel, que luego serían famosos como Moe y Shemp Howard. Al poco tiempo se uniría otro cómico de aspecto gracioso: a pesar de su juventud Lawrence Feinberg, luego conocido como Larry Fine, tenía una incipiente pelada que se interrumpía en unos cabellos extremadamente rizados e ignorantes de los efectos de un peine. Luego de que aparecieran en un film (*Soupt to Nuts*, 1930) como *The Racketeers*, Shemp decidió abandonar el conjunto para iniciar una carrera propia. El reemplazante fue el menor de los hermanos Horwitz, Jerome. Con las características pilosas de Larry y Moe -tenía el pelo cortado como un Beatle de la primer época debido a que no soportaba en el colegio las bromas de sus compañeros por sus largos y femeninos bucles- el productor del show exigió alguna novedad en la cabeza de Jerome. Este sin dudarlo se afeitó la cabeza y sus bigotes pero puso una única condición para actuar: ser llamado Curly (Rulitos).

Al tiempo de actuar con Ted Healy se cansaron de sus constantes borracheras y decidieron hacerse un camino por sí solos. El mismo día en que se resolvió la separación de Healy, Larry firmó un contrato con los estudios Universal y Moe, independientemente y sin tener conocimiento de los tratos de Larry, otro con la Columbia. Luego de verificar los horarios en que habían sido firmado los contratos se resolvió que el válido era el

de la Columbia con la cual a partir de ese momento filmarían 194 cortos. El contrato tenía una cláusula que sería de gran peso en el futuro. Estipulaba que el estudio tenía los derechos de usar sus voces, sus parecidos físicos (para hacer dibujos animados) y los productos filmicos a perpetuidad en medios existentes o a ser inventados. Cerca de 100 de estos cortos fueron filmados entre 1934 y 1947 con la formación más querida por el público: Moe, Larry y Curly. Con el cambio de Shemp por Curly -comienzo de la decadencia- filmaron casi ochenta entre 1947 y 1956 y el resto con Joe Besser hasta 1958. Algunos aducen que la larga permanencia en los mismos estudios a pesar de que no eran muy taquilleros se debía a que Harry Cohn, el magnate dueño de la Columbia, los asociaba con la buena suerte ya que habían sido incorporados el año en que la Columbia se convirtió en una de las grandes por el éxito de *Sucedió una noche*, de Frank Capra. Lo cierto es que a pesar de su larga permanencia prácticamente nunca recibieron el ascenso de hacer un largometraje, limitándose a los cortos que servían de relleno en las funciones de los cines. Hacia 1958, luego de la muerte de Shemp, el futuro de los Chiflados era incierto. Cohn, su protector, acababa de morir y los cines no aceptaban más cortos por lo que el contrato con la Columbia se disolvió. Hicieron un intento de incursionar en los cabarets pero fracasaron ruidosamente: el fin de los Tres Chiflados estaba cerca. Ese fue el año en que ocurrió el milagro.

La Columbia, como un postrer intento de sacarle algún dólar a un show desfalleciente, vendió a su subsidiaria televisiva un paquete de los primeros treinta o cuarenta cortos de los Chiflados a un precio de liquidación. Aquí vino la

sorpresa: de la noche a la mañana los Chiflados conquistaron el nuevo medio y se convirtieron en la sensación del momento. El terreno de los programas infantiles estaba constituido exclusivamente por los dibujos animados y ahora aparecían estos tres insensatos con el mismo comportamiento salvaje pero realizado por personas reales. Los Chiflados no cobraron un peso por la reposición de los cortos en televisión debido a la cláusula mencionada pero el nuevo éxito significó que sus actuaciones en teatro, ya muertas, resucitaran y se cotizaran alto. El suceso en los EEUU se extendió a lo largo del tiempo y a lo ancho del mundo hasta llegar al presente y a nuestro país donde son desde hace décadas una presencia constante o en sus momentos de ostracismo un reclamo del público.

El estilo repetitivo, monótono y singularmente violento que mantuvieron nuestros amigos a lo largo de su historia ha dado lugar a dos fenómenos: la adición incondicional de los niños y el asombro espantados de sus padres. Los programas infantiles generalmente han presentado dos vertientes: aquellos que hablaban a los niños como adultos retardados y la consecuente reacción progre que consideraba que los párvulos en realidad eran militantes socialdemócratas de baja estatura. Los Chiflados, como Pepe Biondi en nuestro país, apuntan más a la esencia de la comicidad en el mundo infantil: el gag rápido, visual y con características agresivas. La tradición basada en las emociones fuertes para entretener a los pequeños monstruos viene de antes de los hermanos Grimm y se extiende hasta las películas más crueles de Disney. Los intentos de reemplazar esta tradición por otra que presupone en los enanos sensi-



Larry, Shemp y Moe en 1951.

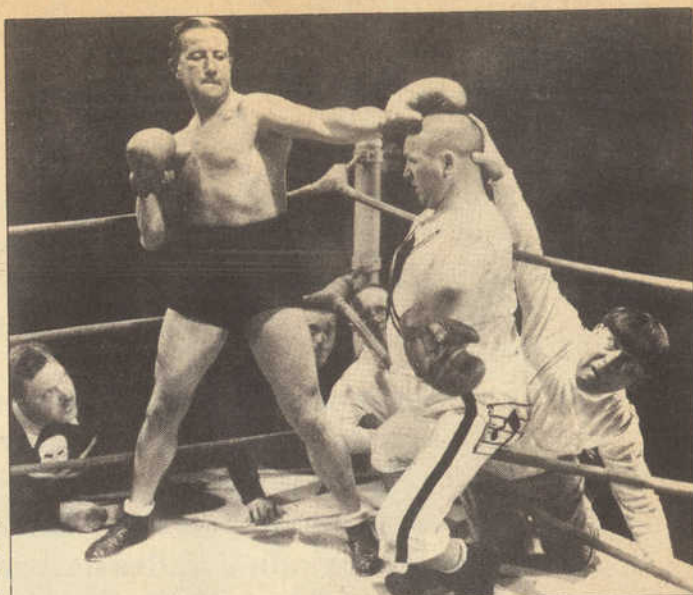
bilidades de artista sólo han dado resultados efímeros bajo intensos bombardeos de Tutús Marambás y Pro Música de Rosario. Lo que permanece es siendo Moe que al tomar impulso para golpear con un bate en la cabeza de Curly impacta en la de Larry que estaba a sus espaldas. Cualquiera que haya sido chico alguna vez sabe que resulta mucho más placentero imaginar cómo destrozarse el cristalero de Mamá o estampar una tarta de crema en la cara de Tía Beba que cantar las andanzas de una tierna tortuga.

Hoy es menos riesgoso reconocer que uno gusta del show de los Tres Chiflados. No en vano ha pasado el tiempo y los padres del momento se criaron con la boca abierta frente al televisor disfrutando de cómo Moe hundía sus dedos en los ojos del desconcertado Larry. Sin embargo la enana psicopedagoga que todos llevamos dentro nos impidió durante mucho tiempo advertir que además de toda esa alegre violencia liberadora había tres comediantes de excepción. Larry -el verdadero stooge del nombre original del grupo (stooge es aquel que da pie a las bromas de otro cómico recibiendo generalmente pullas que lo dejan en ridículo)-, el malhumorado y violento Moe que funciona como el equilibrio racional del trío respondiendo fastidiado a las locuras de los otros dos para luego cometer otras varias veces peor y nuestro hermano, amigo, tío y sobrino tonto a la vez, nuestro querido y disparatado gordo pelado Curly.

El placer de ver hoy a estos tres psicóticos no deriva de la nostalgia. Las imágenes nos causan agrado no porque nos hacen revivir la llegada a casa después de la escuela, la leche y los deberes -recuerdos que en lo personal me llenan de terror- sino por razones más actuales: nos divertimos. Disfrutamos de la cachetada y la locura, del malhumor de Moe, la inoperancia de Larry y la ternura de Curly. El piquete de ojos y los tres falsos plomeros que se enredan en una telaraña de caños de agua.

Ya es la hora. Prendemos el televisor y repetimos la única plegaria que hemos mantenido a lo largo de treinta años: "Ojalá que sea con Curly".

Curly al borde del K.O. en Punch Drunks (1934).



Larry, Moe y Shemp en los primeros tiempos. Con Ted Healy (1929).

Los 3 chiflados con su eterno archienemigo: Vernon Dent.



El quinto chiflado, Joe Besser.

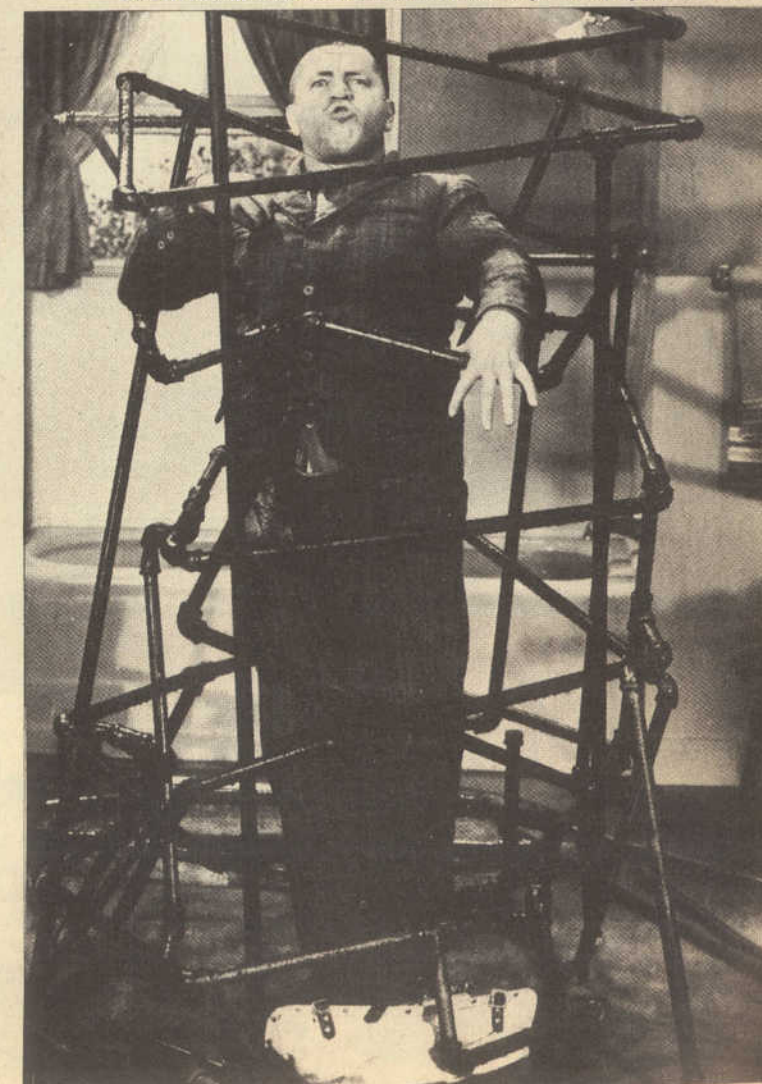


Shemp, Moe y Larry en 1956.

Larry, Curly y Moe tras la momia (1938).



Moe, el desconocido Curly-Joe (Joe de Rita) y Larry junto al sheriff Adam West, el futuro Batman. Abajo: Curly, ¿quién otro?



Adiós a Curly, adiós a Shemp

por Moe Howard

Traducción de Gustavo Noriega

El siguiente fragmento pertenece al libro autobiográfico *Moe Howard & The 3 Stooges* publicado por Citadel Press (Nueva York, 1990).



Fue el 14 de mayo de 1946, un día grabado a fuego en mi mente. Estábamos terminando de filmar *Half Wit's Holiday*, remake de una de nuestras comedias favoritas, *Hoi Polloi*. Era un film divertido e inteligente que marcaría el fin de la carrera de uno de los grandes cómicos de su época.

Curly se sentó en la silla del director Jules White esperando a que lo llamaran a hacer la última escena del día, mientras yo terminaba otra con Larry. Era un día terriblemente húmedo y el calor en el estudio era bochornoso. Larry y yo fina-

lizamos nuestra escena, y el asistente de dirección llamó a Curly para completar la última escena de la película. Curly no contestó. Fui a buscarlo y lo encontré con la cabeza recostada sobre su pecho. Le dije "Babe" -a menudo lo llamaba por su sobrenombre de la niñez-. Curly me miró y trató de hablar; su boca se deformaba y no emitía sonido alguno. Cayeron lágrimas por sus mejillas y prontamente cayeron por las mías. Creí que mi corazón se partiría. Inmediatamente supe que había sufrido un infarto. Lo abracé y besé sus mejillas y su frente. Apreté mi mano pero no pudo decir una palabra. Hice que el auto del estudio lo llevara a su casa

mientras terminaba su escena. Cuando Jules marcó el final del rodaje, corrí hacia mi auto sin sacarme el maquillaje ni la ropa y me dirigí a la casa de Curly.

Luego del ataque, arreglé que lo llevaran a la Motion Picture Country Home en Woodland Hills donde le darían los mejores cuidados. Estuve con él casi constantemente.

Luego, cuando tuve tiempo de pensar, tuve la sensación de que era el fin de Los Tres Chiflados. ¿Quién podría tomar el lugar de Curly? Era un genio en su terreno, atento, considerado y tan despreocupado y alegre. Bebía mucho y yo sabía por qué. Luego de su accidente de

adolescente, le resultaba muy doloroso mantenerse mucho tiempo en pie. El hecho de haberse afeitado la cabeza para actuar también resultó un factor importante: sentía que ya no resultaba atractivo sexualmente. Así que bebía para darse coraje de manera de poder aproximarse a las jóvenes que le gustaban.

Curly permaneció enfermo durante seis años, sufriendo otros ataques, y falleció en enero de 1952 a la edad de cuarenta y nueve años.

Nos preguntamos con Larry si sería posible revivir a Los Tres Chiflados. Los agentes nos trajeron a varios comediantes pero estos no cumplían ni con un décimo de nuestros requisitos. Finalmente tuve una inspiración: ¡por qué no Shemp! Había sido uno de los Chiflados antes de Curly. Así que presenté la idea ante la Columbia pero los directivos la rechazaron diciendo que Shemp se parecía demasiado a mí. De manera que les dije que era Shemp o no existían más los Chiflados en la Columbia. Cambiaron de parecer rápidamente, y Shemp se nos unió enseguida. Los Chiflados estaban de nuevo en el negocio. Me sentí deprimido mucho tiempo pero nunca lo demos-

tré. Cada vez que golpeaba o empujaba a Shemp, veía a Curly. Este sentimiento finalmente me abandonó y pude pensar con claridad.

El primer capítulo que hicimos con Shemp fue *Fright Night*, en el cual hacíamos de managers de lucha. Ed Bernds lo dirigió. Luego, cuando hicimos *Hold that Lion*, Curly retornó para hacer una breve aparición. Fue el único film en que aparecen los tres hermanos Horwitz.

En 1955, Helen y yo decidimos vender nuestra casa en Toluca Lake y realizar un cruce por Europa. Nuestra estadía se prolongó por cuatro meses. Fueron días felices pero esta felicidad duraría poco.

El 23 de noviembre comenzó como un día cualquiera. Shemp había ido a las carreras de caballos y a la competencia de luchas a la noche. Los amigos de Shemp se sorprendían de sus reacciones en las peleas. Se agitaba, tiraba trompadas y patadas en reacción a lo que hacían los luchadores en el ring. El público lo miraba a él tanto como a la pelea. Los que se sentaban a sus costados debían cambiar de asientos para que Shemp no golpeara sus costillas con sus salvajes

movimientos. Luego de las luchas, Shemp subió al auto de uno de sus amigos, diciendo bromas cuando súbitamente dejó caer su cabeza, se recostó contra uno de sus acompañantes, cerró sus ojos y, con una sonrisa, murió.

Cuando me enteré esa noche, me quedé sin habla. Tuve una tremenda sensación de soledad y frustración. Me llevó semanas recuperarme, hacer planes para el futuro, y tratar de recomponer nuestro show nuevamente. No sé qué hubiera hecho sin el apoyo de Helen, ya que en aquel momento deseaba abandonar todo.

Helen y Larry me insistieron en que debíamos continuar con nuestras actuaciones, y lentamente me dediqué a encontrar un reemplazante. Al comienzo intenté que Joe DeRita tomara el lugar de Shemp. Conocía el trabajo de Joe del burlesque. Tenía un aspecto rechoncho con una cara redonda y jovial y, con su pelo bien recortado, se parecía mucho a mi hermano Curly. Fui a verlo y se lo propuse. Me dijo que nada le gustaría más que abandonar el burlesque y unirse a Los Tres Chiflados. "Pero estoy contratado con Harold Minsky". No importa cuánto luchamos contra Minsky, no dejó libre a Joe. Podía ver por qué. Joe era el mejor cómico que tenía. ¿Y ahora qué?

Recordé que Joe Besser, otro regordete cómico de burlesque, había hecho varias películas para la Columbia y era conocido para los televidentes por sus monerías en el show de Milton Berle. El, también, dijo que le encantaría unirse a nosotros excepto que le debía aún dos films cortos a la Columbia, pero en este caso pude convencer a la Columbia de que liberaran a Joe de su contrato y se le permitiera unirse a los Chiflados.

El primer corto con los "nuevos" Tres Chiflados fue *Hoofs and Groofs*, en el cual nuestra "hermana" -interpretada por Harriette Tarler- se reencarnaba en un caballo. En 1958, luego de hacer dieciséis cortos más con Joe Besser, todos dirigidos por Jules White, completamos nuestro contrato con la Columbia. ¿Ahora qué? Joe nos informó que no haría giras con nosotros, ya que su mujer se encontraba enferma. Otra vez más, crisis en la carrera de los Chiflados.

Y allí estábamos con nuestro show que aún contaba con el potencial de hacernos vivir de él. -si no en películas, por lo menos en giras- y aunque la situación parecía sin esperanzas, no podía dejar que las cosas acabaran allí. ¿Para dónde ir? ¿Qué cambiar? Recorde que Minsky tenía a Joe DeRita. No costaba nada intentarlo de nuevo. Para mi sorpresa Joe dijo "Moe, estoy de suerte. Mi contrato con Minsky termina la semana que viene, si aún me quieres." Dije, "Joe, ya eres uno de nosotros. Comenzamos a ensayar el próximo lunes."

Yo también tengo fiaca

Una entrevista de Hervé Guibert

Hervé Guibert, fallecido recientemente de SIDA, era uno de los más destacados escritores franceses. Poco antes de morir entrevistó a Peter Handke, el novelista alemán y habitual guionista de Wim Wenders, que venía de publicar sus *Ensayos sobre el cansancio*. (editado en español por Alianza). Un diálogo digno de Platón.

Herve Guibert: La última vez que te hice una entrevista, fue en Salzburgo, el 31 de marzo de 1986. Después de eso, casi no tuve noticias tuyas. ¿Podrías contarme que pasó en tu vida desde ese momento?

Peter Handke: ¿Qué fue lo que hice? Viví un poco en algunas ciudades, en Salzburgo hasta 1987, cuando mi hija terminó la secundaria; después me fui de esa ciudad y viajé durante tres años. Rodé por todos lados. Me dejé ir... Un poco a Japón. Siempre quise hacer eso cuando era más joven... Mi ideal era terminar mis días en algún puerto, bebiendo cotidianamente. Como bebe un desconocido, suavemente. Eran ideas un poco románticas. Pero esas ideas son siempre verdaderas: las ideas más románticas son también las más peligrosas, las más reales -no las más realistas-. Entonces intenté sentarme en alguna parte, a la orilla del mar.

H.G.: ¿En ese momento estabas solo?

P.H.: Sí, con una mochila al hombro. También comencé a escribir.

H.G.: ¿Ensayos sobre el cansancio?

P.H.: Sí, ese es el librito que escribí mientras viajaba.

H.G.: ¿Fue fruto de ese cansancio?

P.H.: No, yo había conocido en mi vida estados de cansancio que eran muy interesantes, muy abiertos, en donde me sentía objetivo, más objetivo que en los momentos en los que soy yo. En esos estados de cansancio perdía mi yo, pero de una manera muy agradable, me sentía atravesado por todos lados, como un león; y aceptaba todo, aceptaba y al mismo tiempo me sentía cansado, y me sentía muy muy fuerte. Normalmente, para mí, el cansancio es bastante fortificante porque me siento encerrado en mí mismo, la cabeza como una bomba, pero en ese estado de cansancio mi cabeza es como un libro abierto, de-

tenido, uno lo hojea y tengo una cabeza filosófica. Intenté escribir sobre eso y contar varios estados de cansancio...

H.G.: ¿Cansancio del amor físico?, ¿el cansancio del estudiante?

P.H.: Sí, exactamente. El amor físico no es el amor. El cansancio que se instala de repente como desesperación entre dos seres que se aman, que creen amarse. De repente, aparece el cansancio verdaderamente lejano. Yo viví eso. Todo el mundo vivió eso, yo desde mi juventud. La mujer me decía: "¿Por qué, qué pasa de repente, este cansancio entre nosotros, esta pared?..."

H.G.: ¿Es un cansancio que llama a la ruptura?

P.H.: Sí, uno no puede hacer otra cosa que separarse. Uno se dice: "¿Qué hacemos juntos, qué hacemos juntos?" De todo eso, quisiera esclarecerme yo mismo, encontrar un texto, un libro sobre eso, sobre esos diferentes estados de cansancio que yo conocía tan bien. Como en una fiesta, uno está allí, en ese cansancio, para someterse, pero uno ve todo, uno acepta, uno está de acuerdo y da, da. Uno agrega con el cansancio, uno agrega al mundo.

H.G.: Es un poco el cansancio de la juventud, no el cansancio de la gente mayor.

P.H.: Conocí ese cansancio solamente a partir de los treinta y cinco años, después de grandes esfuerzos de trabajo,

a la noche cuando iba a acostarme. Estaba realmente cansado, agotado, como si fuera el último hombre en la tierra y de repente todo eso se transformó. Pero para eso, hay que salir, hay que esforzarse verdaderamente por colocarse en el medio de los seres, en el medio del ruido también.

En mi juventud, el cansancio era como una fuga. Yo quería escaparme de los otros y de la humanidad. Me sentía muy culpable cuando era joven.

H.G.: ¿Ese cansancio que descubriste a los treinta y cinco años confina al sufrimiento?

P.H.: Sí, primero al sufrimiento en el límite de lo soportable, pero después se transforma.

H.G.: ¿En sueño? ¿O uno lo desplaza, en una fuerza?

P.H.: En un estado más allá, en un estado de vigilia que no existe si uno durmió bien o si hizo deporte.

H.G.: El cansancio de una larga caminata es un cansancio eufórico, vaporoso, no es un cansancio que duele.

P.H.: Es verdad.

H.G.: El cansancio que yo conozco es un cansancio que me arranca verdaderamente.

P.H.: La mayor parte del tiempo ocurre así. ¿Quién te arranca?

H.G.: Sí, es realmente el sufrimiento. Es otro cansancio. Conocí otro cansancio que no conocía.

P.H.: ¿Entonces cómo haces cuando te llega ese otro cansancio?

H.G.: Descanso, cierro los ojos, tengo necesidad de cerrar los ojos. Tengo la sensación de que es un cansancio sobre todo cerebral y nervioso. Por ejemplo, una conversación telefónica se me hace intolerable. Debo acortar cada palabra porque cada palabra me hace terriblemente mal. Entonces en esos momentos descanso, cierro los ojos y duermo o espero que se me pase. Es extraño porque esto

no me sucede forzosamente de noche, es decir que a menudo estoy mejor a la noche -ayudado por el alcohol, por el vino- que a la tarde, donde a menudo siento necesidad de dormir, de descansar.

P.H.: Si, para mí la tarde también es peligrosa. Si no salgo a caminar, a la tarde me siento como un muro, pero no precisamente de Babilonia.

H.G.: En tu libro hablas de un cansancio ligado a un viaje, ¿a cuál?, ¿al de Estados Unidos, al de Nueva York? Y finalmente contás que pudiste salir...

P.H.: Porque era uno de esos cansancios en donde es necesario hacer algo, un cansancio que no te permite cerrar los ojos y descansar. Era un cansancio que te incitaba a la violencia y como no había otra persona más que yo, la violencia se volvía contra mí mismo... Quizás esté enfermo de cansancio. Cuando era más joven, cuando era niño, muchacho, adolescente, yo me decía "este cansancio es una enfermedad", porque es tan violento, sentía odio hacia los otros, odio contra las instituciones, contra las Iglesias, contra la escuela, contra mis compañeros...

H.G.: La escuela, la iglesia son lugares en donde uno se cansa mucho...

P.H.: Es verdad, pero no es suficiente para explicar aquel cansancio. Recuerdo que el cansancio venía acompañado por una sensación de culpabilidad extraordinaria. Me sentía culpable porque estaba cansado, y la culpabilidad se sumaba al cansancio. Me sentía como alguien que no quiere respirar, como alguien a quien no se puede tocar. Si de repente alguien me hubiera tocado en ese estado, yo estaba preparado para golpearlo.

H.G.: ¿Los parientes, los otros, pensaban que era un cansancio de mala fe, un cansancio que te encerraba, que te protegía, que te preservaba de los otros, o que eras un vago, que estabas enfermo?

P.H.: Pensaban que era un muchacho, alguien absoluto, pero al mismo tiempo alguien que no quería jugar. Y eso es propio de alguien que está enfermo: si no puedes jugar, si el juego se interrumpe para tí, el juego, tu mirada que te sale del ser, si no logras jugar, si puedes pensar, si puedes acordarte, eso es un juego, es el juego en ti, y de repente el juego en ti se detiene, y todo lo que queda es ese cansancio. Quizás la otra palabra sería depresión. De todos modos es más interesante hablar de cansancio que de depresión.

H.G.: Pero ese cansancio del que hablas es un cansancio casi exaltadamente alegre, que no te apartaba, ni siquiera en el agotamiento, de tu alegría en relación al mundo, del sentimiento de existir...

P.H.: Escribí eso solamente porque de repente, a partir de una cierta edad, ese estado de culpabilidad podría transformarse. De todos modos me intrigó mucho, me golpeó mucho el hecho de

poder, a través del cansancio, descubrir a los otros. Cuando me sentía un poco autista, un poco...

H.G.: Sí, mucho. Un poco es un eufemismo.

P.H.: Sí, un eufemismo. De repente, hace quizás veinte, quince años, el cansancio era mi salida hacia el mundo. Pero ese cansancio, como fenómeno, me ha seguido, me ha excitado, incitado. Yo creo que también a tí te ocurre- soy demasiado inquieto, no logro hablar, es desesperante.

H.G.: ¿Qué haces entonces, te quedas inmóvil?

P.H.: Bebo.

H.G.: Bebes; eso muchas veces ayuda. El vino ayuda mucho con el cansancio, es maravilloso.

P.H.: Hago caminar a mis ojos, pero uno está tan cansado, uno está como clavado en un lugar, paralizado.

H.G.: Están por salir dos libros tuyos en Francia: *Ensayos sobre el cansancio* y otro libro que tú llamaste *cuento*. Tus primeros libros fueron novelas, ¿tienes la impresión de que no eres más novelista, de que te has transformado durante el curso de tu trabajo en otro tipo de escritor, eres también cuentista?

P.H.: El libro se llama *Ensayos sobre el cansancio*, pero al mismo tiempo es más bien un relato; para mí es un relato, un relato que vuelve a comenzar una y otra vez... Jamás me consideré un novelista, sino alguien que siempre tiene ganas de contar pero que no sabe qué contar. Podría decir que ése es mi rasgo definitorio: tener ganas de contar pero no saber qué, de evitar el sujeto o los detalles, pero no de hacer dramaturgia, no, ayúdame...

H.G.: En tus primeros libros, la ficción era vaga. En uno de ellos había personajes, está la cajera, hay un crimen...

P.H.: Eso es verdad. Ahora ya no hay más nada. Solamente relatos, por lo menos relatos.

H.G.: Estás tú.

P.H.: No, ni siquiera estoy yo.

H.G.: No hay más que tú, a la enésima potencia.

P.H.: Está el oído y está el deseo, y hay unas ciertas ganas de ser cronista de ese vacío, de ese casi nada, en el que creo

que vive el gran mundo, el vasto mundo, no en los hechos, no en los acontecimientos sino en la idea de las pequeñas cosas.

H.G.: ¿Se trata del mundo de la percepción? ¿La apoteosis de la percepción?

P.H.: El mundo de la pasión, de la compasión.

H.G.: ¿Se trata de una experiencia?

P.H.: Si tienes pasión, enseguida verás algo. No puedes decirte: "Voy a irme a un café o al bosque virgen a ver". Si tienes pasión, verás aquí en tu habitación. El sentimiento profundo es la pasión, la comunicación contigo. Finalmente encuentras el lazo escondido que creías desaparecido. De repente hay algo y estás tan perceptivo, de repente ves un poco el exterior, un poco el presente: el mundo es así, hay como una carencia que se instala pero hay que tener deseo, eso es todo, hay que tener deseo. Necesidad de redención, de liberación. Sin eso creo que no se puede escribir. Por supuesto que se puede escribir, todo el mundo puede escribir cosas que dan resultado y que están muy bien pero si sientes la carencia profunda del ser, una carencia... Sé que es posible, entonces yo siento todo eso, la cólera que no alcanza a realizar esa carencia, aquel que busca, que escribe. Eso me interesa pero no me atrapa. De todos modos, si los sientes, leer es una cosa maravillosa.

H.G.: Esto de lo que hablas es al mismo tiempo una experiencia solitaria, es algo-quizás no estés de acuerdo- que no se puede compartir con nadie, con otra persona, lo compartes en el trabajo de la escritura y después tu lector lo comparte contigo, pero...

P.H.: Siempre ocurre así, creo que tú también debes saberlo; si no uno no escribe. Lo que puede decirse ya no puede convertirse en un libro. El libro siempre es fruto de una desviación, de esa manera logras hablar a través de un rodeo. Yo solamente logro hablar verdaderamente a través de un rodeo, a través de un gran rodeo. Eso es lo que nos falta: ya no hacemos rodeos lo suficientemente grandes. Ahora en la literatura se hacen pequeños rodeos, tengo la impresión de que cada vez son más pequeños. Lo que nos falta a todos son las grandes vueltas, los grandes rodeos.

H.G.: ¿Qué entiendes exactamente por rodeo?

P.H.: No puedes hablar, tienes ganas de hablar, has visto algo que está muy lejos, que te parece tan inmenso.

H.G.: Y que sin duda es imposible de compartir.

P.H.: Pareces un poco cansado.

H.G.: No, te estoy escuchando, es porque te estoy escuchando.

DIANA ARBISER
FOTOGRAFIA

MONTEVIDEO 1985 4º21 CP(1021)
TELEFONO: 22-2013/22-5091

Clases de
piano

Sandra de la Fuente
773-6736

La cabaña de Flipke

Traducción: Elvio E. Gandolfo

Aunque desde hace más de quince años el belga Georges Simenon se limitaba a entregar jugosos volúmenes autobiográficos desde su refugio de Lausana (Suiza), su fama quedará unida indeleblemente a sus "novelas de Maigret". Más traducidas que La Biblia o Lenin, filtraron a través de la óptica de un comisario de la Policía Judicial parisién pesado, opaco, secretamente sabio, la vida de cientos de "pequeñas gentes" que en un momento de sus grises biografías se ven empujadas a ser víctimas a victimarios. La lluvia, el calor de oficinas atestadas, la sordidez matafísica de estaciones de ferrocarril y pequeños pueblos, quedaron fijadas con mano maestra en sus decenas de "casos". Hay lectores que prefieren la zona "psicológica" de Simenon, en la que hunde con mayor decisión su bisturí narrativo para describir, una y otra vez, fracasos y manías cotidianas, en especial de la provincia flamenca o francesa. Al morir en setiembre de 1989, dejó circulando en bibliotecas y manos de lectores más de 200 novelas con su propio nombre (más otras tantas escritas en una "prehistoria" de seudónimos) y más de 1000 artículos y reportajes periodísticos. El relato que presentamos, inédito en Argentina, fue publicado el 19 de abril de 1941 en la revista *Tout et tout* y cuenta con algunos de sus rasgos más característicos. Al leerlo, no cuesta demasiado comprender por qué Simenon es uno de los autores favoritos de Onetti.

-¡Y bien!- dijo Broodelers-el gordo (porque existe un Broodelers-el-flaco, su primo), apartando la mesa para acomodar su vientre y barajando las cartas que, una vez más, habían obligado a su cerebro a trabajar durante toda la velada.

La señora Peeters, que bordaba iniciales en el ángulo de una almohada, fingió no prever lo que seguía y evitó fruncir el entrecejo. Hacía tanto tiempo que el pequeño juego se repetía cada noche, a las once, entre ella y Broodelers, que ya nadie prestaba atención.

-Me pregunto, yo... -empezó el comerciante de linóleo y papeles pintados mirando de reojo a la señora Peeters-. Me pregunto...

Ella no podía dejar de alzar los ojos hacia el reloj de carrillón Westminster de cuadrante plateado, para fijar después la mirada sobre Broodelers.

-A decir verdad, sí. ¡Adelante! Señora Peeters, haga el favor de darme otro pequeño "bock" de cerveza...

Entonces ella, furiosa, dejaba su tarea sobre la mesa, clavaba la aguja al azar y se dirigía hacia el mostrador de caoba oscura, donde la espita de cerveza, de estilo moderno, era de metal blanco.

Los "pequeños bocks" de Broodelers eran, como los de los demás parroquianos, magníficos vasos de cristal, con un contenido de medio litro, y llevaban el nombre del cliente grabado en medio de arabescos.

-¡Sigue lloviendo!

-A la altura de la estación en que estamos, no hay motivos para que pare, ¿verdad?

Desde hacía días y días -ya no los contaban- llovía sobre Furnes y sobre sus aguileones dentados, sus techos de pizarra, su campanario, sobre todos los pequeños adoquines puntiagudos de las calles que brillaban de modo tan curioso bajo los picos de gas. Y a las once de la noche era muy raro oír aún pasos afuera. Aparte del café Peeters, cuyas cortinas herméticas tamizaban la luz, sólo estaban iluminados los cuartos de los enfermos o de las parturientas, y, alto en el cielo, el disco anaranjado, como una luna rojiza, del reloj del ayuntamiento.

En cuanto Broodelers hubo pedido de beber, los demás, abotagados por el calor, por la inmovilidad, sofocados en el humo de los cigarros, se entregaron a su vez al perezoso placer de vacilar.

-Para mí un aguardiente holandés -exclamó Van Etehering, que tenía una zapatería.

-Un Curaçao...

-Un "bock", como Broodelers...

A veces un ronquido hacía que la estufa de loza se estremeciera. Un gato blanco estaba hecho una bola sobre el mostrador, cerca del diario y los anteojos de Peeters.

-¿No tiene sueño, Mina? -preguntó él-. Si yo me quedara leyendo así toda la noche, ya ni vería las páginas...

Cada noche Arthur Peeters armaba la partida con los mismos clientes, en la misma mesa, con de Greef, Van Etehering,

Broodelers y Scram. Cada noche, cada uno de ellos bebía lo mismo, mientras la señora Peeters cosía o bordaba y Mina, en un rincón, leía sin alzar nunca la cabeza, extraviada como alguien que regresa de lejos cada vez que le dirigen la palabra. A veces, durante largos minutos, en el torpor general, se oían apenas los golpes del pico del loro sobre los barrotes de su jaula.

-Me parece que a las once, cuando termine la partida, bien podríamos...

La señora Peeters volvería a decirlo esa noche, mientras recogía el borde del vestido para subir la escalera de caracol. Pero, en el fondo, Peeters no detestaba aquel pequeño suplemento concedido a la velada, los minutos en los que ya no se jugaba, en que ya no se hacía nada, en que se miraba vagamente ante sí, esperando que llegara el coraje necesario para separarse, ir a cerrar la puerta, bajar la persiana, apagar las luces...

Los demás no tenían que ir muy lejos. Scram vivía en la casa de al lado, la que tenía una escalera de seis escalones flanqueada por dos rampas de hierro; de Greef, el farmacéutico, vivía justo enfrente y a él le bastaba atravesar la superficie mojada de la plaza; Broodelers y Van Etehering se alejaban juntos y uno podía oír sus voces en la noche hasta que doblaban en la segunda esquina.

Arthur Peeters se había levantado porque tenía ganas de tomar un segundo vasito, él también, y prefería no pedirselo a mamá. Los zapatos charolados le crujieron. Vio en el espejo sus cabellos de un hermoso gris sedoso, los bigotes plateados, la chaqueta de lana fina, porque era cuidadoso en extremo con su propia persona.

-Buen clima para los pasadores -dijo.

Se refería a los contrabandistas que, casi todas las noches, a algunos kilómetros de allí, franqueaban la frontera en fila india, con un matete de tabaco sobre la espalda.

-¡Un clima mejor para quienes les pagan! -exclamó Hans de Greef, el único delgado del grupo, de nariz larga, de mentón largo y de ojillos vivaces detrás de los vidrios de los lentes. A Peeters no le gustaba de Greef. A de Greef no le gustaba nadie, rechinaba todo el tiempo, y uno se preguntaba por qué iba todas las noches, siendo que sólo lo complacía pronunciar palabras desagradables.

Sabía muy bien que Peeters no hacía contrabando y que si había podido renovar a fondo el café nueve años antes, se debía a que había obtenido un premio en la lotería. ¡Qué importa! De Greef insinuaba. Después sus ojos reían solos detrás de los anteojos, como si agitara pensamientos que los demás eran incapaces de comprender.

-Ya leíste bastante, Mina,... -suspiró la señora Peeters evitando volver a sentarse, para mostrar que era hora de irse.

Hete aquí que en ese momento todos pararon las orejas al oír pasos afuera, los pasos de dos personas sobre la acera, y después una voz que decía en flamenco:

-Es aquí...

Se abrió la puerta. Una ráfaga de aire crudo asaltó el confortable calor del café y vieron entrar un personaje como jamás habían visto en Furnes, en todo caso después de las once de la noche en el café Peeters.

Era una muchacha. Debía de tener quince años, tal vez dieciséis; resultaba difícil precisarlo, tan poco se parecía a las demás muchachas: un largo cuerpo delgado, cabellos negros en desorden, constelados de lluvia, alrededor de una gorrita de piel plantada en la parte superior de la cabeza, ojos negros, brillantes, nariz en punta...

Era imposible ver todo, captar todo a la vez. Detrás de ella Pitje, el changarín de la estación de trenes, sucio como siempre, golpeaba el marco con dos grandes valijas y se quedaba allí, recobrando el aliento, sin pensar en volver a cerrar la puerta. Ya de Greef, que era friolento, pasaba tras él para hacerlo; y había rastros de humedad en el piso, sobre el linóleo verde irisado.

La muchacha miraba a los hombres uno tras otro; vacilaba un poco ante Broodelers, pero se dirigía al fin hacia Arthur Peeters como si quisiera abrazarlo.

-Buenos días, tío Arthur...

Lo abrazaba en efecto: dos besos agudos en las mejillas, humedeciéndole los bigotes. Sonreía en círculo como lo hace quien está un poquito asustado. Tal vez deseaba acercarse a Mina.

Sus dedos estrujaban un pañuelo que ya no era más que una bola húmeda. Buscaba en la memoria, articulaba con esfuerzo, como quien recita una lección:

-Soy Nouchi Peeters, la hija de su hermano Wilhem...

Y seguía sonriendo, para tranquilizarlos. Tenía un acento extranjero que nadie, ni siquiera de Greef que se jactaba de saber todo, podía reconocer.

Peeters, del todo torpe, no sabía qué decir y repetía:

-¿La hija de Wilhem?

Dirigió la mirada por instinto hacia el loro, después hacia un retrato que dominaba el mostrador y que representaba a su hermano Wilhem de traje blanco, un casco sobre la cabeza, con negros y una piragua al fondo.

¿Acaso sabía si Wilhem tenía una hija? La miraba, aturrido por la blusa de seda brillante, de grandes lunares rojos, por la falda demasiado apretada en el talle y la grupa, por todo y por nada en especial, por aquellos dos senos puntiagudos que parecían querer romper la seda, por todo en fin, por aquellas valijas que llevaban una colección de etiquetas y de nombres extranjeros.

-¿Wilhem está en Furnes?

Ella frunció el entrecejo, pero no contestó.

-No hablo... Quiero decir, ¿no le pasó nada?

Entonces la muchacha se quitó el pequeño gorro y agitó la cabecita, desordenando los cabellos.

-No entender -exclamó riendo.

Tal como Peeters lo esperaba, de Greef, detrás de los anteojos, había adoptado su expresión más feroz, más sarcástica.

-¿No entiende usted el flamenco?

Ella volvió a sacudir la cabeza.

-¿Ni el francés?

La misma actitud. Y tal vez tuviera más ganas de sollozar que de reír.

-¡Pitje! -llamó Peeters-. ¿La recogiste en



la estación?

-En la estación... Fue la única viajera que bajó del coche de primera clase... Me di cuenta enseguida que estaba acostumbrada a viajar... Buscaba un changarín... "Café Peeters", me dijo. Después, una vez afuera, murmuró: "Taxi". Y le hice entender que no había taxis en la estación a esta hora...

Maquinalmente, porque era una cosa de nada, la señora Peeters le sirvió una copita de ginebra. En esa pausa, la extranjera se acercó a Mina, que había cerrado el libro y le preguntó cortésmente:

-¿Peeters?

-Mina Peeters... Prima... -explicó Mina, que se puso a hablar "a lo Tarzán". El ejemplo se contagió a su padre, que se lanzó a su vez a hacer presentaciones.

-Yo, tío Arthur... Tía Peeters... Mina... Haber otra prima... Casada... Casada en Bruselas... Hijos... -hacía ademanes y Nouchi arrugaba la extraña frente abovedada, no entendía.

-Los demás, camaradas... amigos... clientes amigos...

Era de Greef quien lo irritaba más y habría dado lo que no tenía por verlo irse. Pero como es lógico, de Greef no tenía la menor gana de irse. Carecía de tacto. No se privaba de preguntar, como si fuera asunto de él:

-¿Viene de lejos?... ¿Europa central?...

-Budapest...

-¿Viene de Budapest! -repitió él-. Queda en Hungría...

-¿Mina! Ve a buscar el atlas...

-¡La chica debe tener hambre! -se inquietó la señora Peeters.

Y todos seguían alrededor de ella como alrededor de un fenómeno, sin saber qué decir ni qué hacer.

-¿Comer? ¿Hambre? ¿No? ¿Sed? -la señora señalaba el mostrador, los vasos. Nouchi hizo que sí con la cabeza.

-Démosle algo que la reanime...

Después vieron cómo Nouchi tragaba sin pestañear un buen vaso de ginebra, y manifestaba su satisfacción.

¡Siempre aquella sonrisa odiosa de de Greef! Mina regresó con el atlas. Buscaron Hungría. Peeters se puso los anteojos. Le habría gustado saber si ella había hecho de una sola vez un viaje tan largo, pero era algo demasiado difícil de explicar con gestos y palabras simples.

-¿Puedo irme, por favor? -gruñó Pitje, a quien ya no le ofrecían nada. Olvidaron pagarle su trabajo. No se atrevió a reclamar, en vista de la solemnidad de la situación.

-¿Y nosotros? -dijo Broodelers, vacilante.

-Pueden quedarse un momentito más -dijo Peeters, quien lo lamentó de inmediato. Pero así era su carácter. Ofrecía cosas, después lo lamentaba.

-Lo que me asombra es que mi hermano no le haya dado una carta...

Como si lo hubiese adivinado, Nouchi se dirigió a una de las valijas, que era pesada y que sin embargo logró alzar, y colocarla toda mojada sobre una mesa. Extrajo una llave de su cartera. Se habría dicho que tenía prisa por disipar todo tipo de obstáculo, todo malentendido. Febril, apartaba desordenadamente lencería, vestidos. Exhibía una pipa que era la más extraordinaria que hubieran visto, no sólo en Funes, sino en Flandes.

-Pobre tío Arthur...

Peeters apenas se atrevía a tocarla. Por cierto, tenía en el portapipas algunos ejemplares de espuma que todo el mundo admiraba. Pero sólo el tubo de aquella, que tenía cincuenta centímetros de largo, era una obra de arte. En cuerno de ciervo, sin duda, habían esculpido una escena de caza completa, con los perros, los cazadores. En cuanto al cuenco para el tabaco, también esculpido, representaba un interior, una chimenea, una mesa, diez personajes al menos, tan nítidos como en una fotografía.

Esta vez fue Peeters quien dirigió una mirada triunfante hacia de Greef.

Nouchi no había terminado con su vali-

ja. Sacaba ahora un cubremesa bordado magníficamente, y lo tendía, con una sonrisa tímida, a la señora Peeters, quien no sabía qué decir y balbuceaba:

-Es de seda... ¡Todo en seda natural!... Es demasiado hermoso... Es demasiado, demasiado hermoso...

Le tocó el turno a Mina. Un paquete medio deshecho dejaba ver blusas muy trabajadas, como las que aún usan las campesinas ricas en Europa central.

-¡Tuyo! ¡Tuyo! -explicaba Nouchi, señalando a la prima con el dedo.

¡Y no era todo!

-A Wilhem siempre lo apasionaron los regalos... -explicaba Peeters mirando al loro-. No manda noticias con frecuencia, pero creo que nunca pasó por un país sin enviarnos un obsequio...

Esperaban lo que iba a salir de la valija. ¡Primero un reloj de oro! Después un pendiente, también de oro, curiosamente trabajado.

-¡Tía! -dijo Nouchi tendiéndole el pendiente.

Y mamá no tuvo más remedio que repetir:

-Es demasiado... Es realmente demasiado...

Dos anillos, uno de ellos en plata filigranada, al estilo árabe.

-¡No ven, ninguna carta! -subrayó de Greef-. Wilhem siempre fue un extravagante. No lo conocí, porque era mucho mayor que yo, pero...

-Ahora tiene... Espera... Yo tengo cincuenta y dos... Wilhem me lleva cinco años... Por lo tanto tiene cincuenta y siete y, como partió apenas terminó el servicio militar, eso suma... eso suma treinta y seis años que ha pasado fuera de Flandes...

Peeters sentía la necesidad de hablar, por hacer algo, y se disculpaba ante Nouchi con sonrisas, esas sonrisas que uno le dirige a los animales para hacerse ver.

-Su última carta... Un momento... Fue el día de la primera comunión de Mina... ¡No!

-¿De Adela! -rectificó mamá.

-Veamos: Adela tiene veintiocho años... Tomó la primera comunión a las once... Hace diecisiete años que recibí su última carta...

Fue a buscarla al cajón, porque el cajón del mostrador contenía todos los papeles importantes de la familia. Una postal de colores vívidos mostraba la desembocadura de un río, barcos y redes.

-Fíjense. Decía esto: "Me instalé en Rumania, hermoso país, donde dirijo una pesquería de esturiones".

-¡Para hacer caviar! -agregó de Greef, sin que Peeters pudiese distinguir si se burlaba o si hablaba en serio.

-Puede ser... En todo caso, no hacía mucho que estaba en Rumania, porque el año anterior sus cartas tenían estampillas australianas.

-¡Ovejas! -dejó caer de Greef.

Broodelers, que sentía que iban a pelear, se interpuso:

-¡Vamos, de Greef! No es momento de bromas, ¿no te parece?

-¡Digo lo que sé, nada más! -afirmó Peeters, rojo como un

tomate-. Y sé que tuvo un hotel en El Cabo. Lo sé porque alguien lo vio, alguien de aquí, el hijo del burgomaestre, a quien no se lo puede tratar de mentiroso...

-¿Fue de allí que envió el loro?

-No, señor de Greef. No hay loros en El Cabo...

-¿Y usted qué sabe?

-¡Está bien, no sé nada! Pero recibí el loro del Congo mucho antes de eso, hace veinticinco años, lo que demuestra que los loros viven mucho... Recibí al mismo tiempo esta fotografía y no va a decirme, señor de Greef, que no fue tomada en el Congo, ¿verdad?

-¡Creo que ella sigue teniendo sed! -observó de Greef señalando a Nouchi, que no quitaba los ojos de la botella de ginebra.

-Sírvale, mamá...

-¿No crees que puede hacerle mal?

-¡Por una vez!

Nouchi buscaba otra llave, se agachaba sobre la segunda valija, que era más pequeña que la otra, luchaba con una cerradura difícil.

-Tío Arthur... -declaró tendiéndole un portafolios de formato inusitado.

-¿Qué es esto?

Pero ella no contestaba y su mujer aconsejó:

-Fíjate, ya que es para ti.

Eran billetes, billetes que no se conocían en Funes: zlotis, leis. Bien en el fondo, se veían algunas monedas de oro.

-¡Wilhem ha hecho fortuna! -rió de Greef que, como una puerta con las bisagras oxidadas, no podía dejar de rechinar.

-¿Por qué no?

Nouchi sonreía, los miraba uno tras otro con gesto de preguntarles si estaban contentos.

-¿Vamos a acostarla?

-¡En mi cuarto! -dijo Mina-. Yo me acostaré en la vieja cama de Adela...

-Está desarmada...

-Papá me ayudará a armarla...

-Nos vamos -anunció Broodelers, que sin embargo se habría tomado de buena gana un "pequeño bock".

-¡Nos vamos! -repitió Scram...

Y aquella noche, mientras caía la lluvia monótona, Arthur Peeters y su mujer hablaron largo rato, en voz baja, en la gran

cama de roble, la que habían hecho construir para su casamiento, mientras Mina se sobresaltaba al menor crujido y encendía la luz para asegurarse de que la prima de Hungría seguía allí.

-¡Buenos días, señor Peeters!

-Buenos días, señor de Greef...

El primero estaba en el umbral, vestido de negro, bajo el paraguas.

-¿Sigue sin noticias de su hermano Wilhem?

-Sí, señor. Pero seguramente las tendré mañana...

Porque aquello no podía seguir así. Hablaban todo el día "a lo Tarzán", con gestos, sonrisas, pero no se adelantaba nada. Sólo se lograba atraer curiosos que iban al café a contemplar a la sobrina de Hungría como hubieran ido a ver a una salvaje exótica.

El tercer día Peeters se aseó en grande, se afeitó bien, se puso un cuello postizo almidonado y partió a Bruselas en el tren de las ocho, con Nouchi. Había vacilado en sacar primera: por lo común, viajaba en tercera; al fin optó por segunda clase. Seguía lloviendo. El agua corría sobre los vidrios. En Bruselas, el tranvía los llevó ante el consulado de Hungría, en una gran avenida. Tuvieron que esperar largo rato en una antecámara.

Por fin un empleado examinó el pasaporte de Nouchi.

-¡Y bien! Está en regla... -declaró-. ¿Qué es lo que desean? ¿Una visa para qué país?

-Disculpeme, caballero... No entiendo el húngaro... Quisiera saber si esta muchacha es la hija de mi hermano Wilhem Peeters...

Lo era.

-Y si mi hermano vive aún...

-Veo que la madre murió el año pasado, pero no hace referencia a la muerte del padre...

-¿No podrían ustedes encontrarlo?

El empleado interrogó a Nouchi en húngaro. Nouchi contestó con una alegre volubilidad.

-¿Qué es lo que dice?

-Dice que no sabe...

-¿Cómo que no sabe?

-No sabe dónde está el padre... Vino con ella hasta Bruselas, después le dio su dirección y le recomendó que le dijera: "Buenos

PARA QUE LA CULTURA DEJE DE SER
UN INFIERNO
YA LLEGA

PARADISO

LO BUENO, LO NUEVO, LO QUE SIEMPRE QUISISTE
TENER EN TUS MANOS Y NADIE SE ATREVIO A
OFRECERTE
MUY PRONTO PARADISO EN BUENOS AIRES

El Videt

Un programa para melancólicos y solitarios.

Todos los Viernes de 23 a 24 hs.

Por la 88.7 F.M La Tribu.

Ficción

34 V de Vian

días, tío Arthur".

-Pregúntele qué hacía él en Hungría...

-También lo ignora... Desde la muerte de su madre, vivía en la campiña, con campesinos...

-¿Y antes?

-Antes vivía con la madre en un barrio de Budapest y el padre iba a verla sólo una vez por semana...

-¿Y bien, señor Peeters? ¿Su hermano Wilhem?

-Está muy bien, señor de Greef...

-¿Tiene noticias?

-Las tengo sin tenerlas, señor de Greef...

-¿Sabe que anoche mataron a un aduanero al otro lado de la frontera?

-¿Qué me importan a mí los aduaneros!

-¡Nos vemos esta noche, como de costumbre, para la partida!

Lo que más despistaba a Nouchi, era que, en la casa, se hablaba a veces el francés, a veces el flamenco, tanto que le costaba entender el verdadero sentido de las palabras.

En cuanto a la señora Peeters, lo que la irritaba por encima de todo, era que Nouchi fumaba todo el día y que una vez había querido encender un cigarro. ¡Le ponía sal y pimienta a todos los alimentos! Por la mañana, se paseaba en bata hasta las once y, para decirlo todo de una vez, no tenía el menor pudor, cruzaba bien las piernas sin inquietarse por lo que pudieran ver, dejando que la bata se entreabriera y descubriera la piel colorida del pecho.

Por cierto, aceptaba lavar los platos, pero lo hacía con demasiada desenvoltura, silbando melodías desconocidas, haciendo muecas y piruetas como si se tratara de un juego.

-Tiene que haber estado acostumbrada a tener criados, Arthur... ¿Cambiate los billetes?

-No todos... Cambié el equivalente de veinte mil francos...

El resto vale más o menos tres mil francos...

-¿Entiendes por qué Wilhem los mandó sin una palabra?

¿Por qué plantearle semejante pregunta si nadie podía comprenderlo, él no más que otro? ¿Iba todo el mundo a encarnizarse contra él como de Greef?

-Wilhem ha sido un extravagante, lo sabes bien...

-Incluso lo atraparon haciendo contrabando, antes del servicio militar...

-No hay por qué repetir eso... No le impidió abrirse camino...

-Dime, Arthur... Quiero creer que es rico, porque nos ha enviado todo eso... Pero hay modos y modos de ser rico, ¿no es así? A veces me pregunto si... ¿Recuerdas a Poppinga?

-¿Qué tiene que ver Wilhem con Poppinga?

Poppinga era un banquero de Furnes. Tenía un gran auto americano, una villa en La Panne; iba a Bruselas y a Amsterdam dos veces por semana. Pasaba las vacaciones en el Mediodía francés ¡y aún así un buen día lo habían metido en la cárcel!

-Wilhem es un extravagante, pero es honesto...

Por la noche, mientras jugaba a las cartas, fumaba su famosa pipa, que no era práctica, porque resultaba tan larga y voluminosa que debía mantenerse apartado de la mesa.

-Dígame Peeters, ¿recuerda la cabaña de Flipke?

-Sí... ¿Por qué?

-Por nada...

¡Así actuaba de Greef, mediante insinuaciones! ¿Qué tenía que ver Arthur Peeters con la cabaña de Flipke? Quedaba allá abajo, en los pólders, más allá de las casitas blancas rodeadas de jardines y campos, a cien metros del canal y a menos de doscientos

metros de la frontera. ¿Acaso alguien podría haber dicho en Furnes quién había construido aquella cabaña con planchas, con chapa ondulada, con Dios sabe qué?

No se sabía, así como no se sabía de dónde, un buen día un viejo había llegado y se había instalado en aquella cabaña que no pertenecía a nadie, con conejos y gallinas. Lo habían llamado Flipke, ¿sería su nombre? Era viejo cuando llegó, cuando Peeters aún era muy joven, y sin embargo había muerto hacía apenas unos meses. Una mañana, lo habían encontrado tieso, parado, apoyado en su mesa, con la barba que le bajaba hasta el vientre. ¿Qué había tratado de insinuar de Greef, que nunca decía nada al azar, al hablar de Flipke? ¿Una vez más sus historias de contrabando? ¿Se obstinaba en creer que Peeters tenía algo que ver con las diarias expediciones en busca de tabaco?

Porque Flipke, debido a la ubicación de la cabaña, había terminado por servir de vigía para los pasadores. Los otros, los aduaneros, no desconfiaban de él. Y era Flipke quien, por la noche, anunciaba a los hombres:

-Hay dos de ellos, con bolsas de dormir, en el campo de remolachas...

¿Qué había querido insinuar de Greef, el maldito enredador?

Una vez, una sola, Mina se había probado una de las blusas que Nouchi le había traído, un domingo por la tarde. Pero era demasiado vistosa, demasiado escotada, sin contar con que se veía de tal modo la forma de los senos que era como si Mina estuviese desnuda por completo.

-Dígame, señor Peeters...

-¿Qué, señor de Greef?

-Respecto a la cabaña de Flipke... ¿Sabía que hay alguien en la cabaña?

Entonces Arthur Peeters enrojeció.

-¡Tanto mejor para él, señor de Greef! Es mejor que estar bajo la lluvia... Porque, como lo pronostiqué, llovió durante dos meses, señor de Greef... Es cierto que eso le hizo vender pastillas contra la gripe...

-Y a usted buenos "grog"...

Tendría que ir. Durante muchos días, tuvo la intención de hacerlo. Pero con los zapatos de charol y los pantalones de raya impecable, no le gustaba arriesgarse en el barro de los malos caminos.

-¿Sabe usted, señor Peeters, que el sucesor de Flipke también hace vigilancia para los pasadores?

-Me da lo mismo, señor de Greef... Me da perfectamente lo mismo, se lo digo de una vez por todas...

-Es alguien que conoce la región...

-Usted también la conoce, ¿no es cierto?

Aquello no significaba nada, pero empezaba a sentirse harto de los modales del señor de Greef. Si aquello continuaba... ¡Y bien! Hasta sería capaz, una noche, de negarse a formar parte de la partida. Sólo que tal vez el grupo se iría al café del Correo y si...



dipeco
Post Mail

Distribución de:
MAILING · FACTURAS ·
INVITACIONES DE TODO
TIPO · LISTAS DE PRECIOS.
· GESTIONES y/o TRAMITES
Efectivizaciones de pagos ·
Cobranzas pactadas ·
Relevamientos de datos.
· SERVICIOS DE CADETERIA.

AL MEJOR PRECIO DE PLAZA Y CON LA MAYOR SEGURIDAD Y EFICIENCIA - NUEVA DIRECCION: JUNCAL 4467/77 - CAPITAL
TEL. 775-3570 / Radiomensajes 311-0056/312-6383 Cód. 3418

La gente entraba sólo a escuchar a Nouchi pronunciar palabras en flamenco con un acento tan raro, con una expresión tan curiosa en el rostro, que era como ir al teatro. Ella era la primera en reír. Mamá afirmaba que a veces el aliento le olía a ginebra, pero nunca había podido sorprender a Nouchi con las manos en la masa.

-Es la hija de mi hermano Wilhem -explicaba Peeters-. Wilhem que dio la vuelta al mundo y que en este momento está en Hungría. ¿Vieron la pipa?

Iban a ver la pipa, el cubremesa, las blusas húngaras... Y hasta las monedas de oro, que llevaban efigies desconocidas en Furnes.

-Si mi hermano Wilhem me ha enviado la hija, es porque cuenta con volver un día a la región, ¿no?

¿Lo molesto era la mirada de de Greef!

Un día Peeters se molestaría. Si se controlaba, era debido a que tenía dudas. Y por la noche, a veces, le costaba dormirse, debido a la historia del nuevo viejo de la cabaña.

¿Era tan simple ir, ver! Se juraba a sí mismo, antes de dormirse:

-Mañana, le pediré el taxi a Jef y...

¡Y al día siguiente no iba!

Y así pasaron dos meses. Y la helada sucedió a la lluvia. Los niños sacaron los patines y los trineos de los armarios. Había pólders helados del todo cerca de la cabaña... Nouchi empezaba a hablar flamenco, pero no había podido sacarle la costumbre de fumar cigarrillos ni de silbar en cuanto hacía algo.

-Sabe usted, señor Peeters...

-¿Eh?

De Greef, en invierno, llevaba una gorra de nutria que le daba una expresión aún más diabólica.

-Vi el auto del doctor Hassels que se dirigía a la cabaña de Flipke...

-¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

-Parece que llevaron al nuevo viejo al hospital.

Por lo cual Peeters miró el loro, después la foto que estaba en la pared, después por fin el mostrador de caoba tan bello que, cuando lo había hecho instalar, vinieron personas de Ostende a verlo.

-Lo que le digo...

-¿Acaso le pedí que me dijera algo?

Durante tres días hizo tanto frío que tuvieron que encender braseros entre los puestos durante las horas de mercado, y podía verse cómo los comerciantes se golpeaban los costados con los brazos como polichinelas.

-Sabe usted, señor Peeters...

Los ojos de de Greef chispeaban ferozmente tras los anteojos.

-No tiene documentos... Como no se sabe si es católico, me pregunto si pasará por la iglesia... ¿Me sirve un pequeño "bock", por favor?

La cerveza marrón brotó de la espita de metal blanco y el vaso se cubrió de una espuma cremosa.

-Es extraño, señor Peeters...

Nouchi aprendió a coser con su prima. Hacía los puntos demasiado largos y no ataba nunca el hilo.

-No sé cómo decírselo, señor cura... Una misa, en fin...

-¿Para quién?

-Para un muerto... Poco importa para quién, ¿verdad? Una misa de veinte francos... Después cinco misas bajas a cinco francos...

Arthur Peeters llevaba el portafolios en la mano.

-Eso suma seis misas -sintetizó el cura-. Usted dice: para un muerto...

-¿Eso es!

Pagó. Los zapatos crujieron cuando salió de la sacristía.

Habría sido fácil, el día anterior, ir al hospital... ¿Pero si era cierto? ¿De qué servía? ¿Qué habría adelantado?

¡Nada menos que de Greef! ¡Poco importaba que las misas fuesen anónimas, mientras fueran misas!

Cruzó la plaza en la que el viento agitaba los toldos del mercado. Empujó la puerta del café, sorprendió a Nouchi que ocultaba con un gesto vivaz un vaso detrás del mostrador y se apresuró a bajar los ojos.

En cuanto a de Greef, hablaría de él con Broodelers. ¿Acaso se sabía en qué lista se presentaría a las elecciones comunales?

Podían jugar de a cuatro, tranquilamente. ¡Y sin oír sin cesar la voz penetrante, sin ver los ojos que reían solos, como si uno no fuese digno de la confidencia!

¿Qué tenía de Greef que no tuvieran los demás? Y si despreciaba tanto a la gente, ¿por qué iba cada noche a jugar al *whist* con ellos?

Sin contar con que tenía un modo de mirar a Nouchi cuando ella cruzaba las piernas.

¡Perfectamente, señor de Greef! ¡Hace usted muy mal en creer que los demás son más tontos que usted!

Nº5

INFORME GODARD

TODOS LO ESTRENOS
QUE IMPORTAN EN CINE
Y EN VIDEO

APARECE A FINES DE
MAYO

EL AMANTE
C I N E

Ficción
36 V de Vian

EL TEMA COMUN, EL NEXO, LA ESTAFA

Esteban Buch



Estafar, lo hice con la mejor intención. Pero me han estafado con mala intención. El mundo no es justo. El mundo es malo. Por eso yo tengo mejor intención que el árabe que estafé, llevando bajo el brazo, yo, la revista con la chica más linda del mundo. El árabe, un traficante de drogas, tenía mala intención. Un mal traficante: se dejó estafar. Como un niño, ya no siendo un niño. Confío en mí. Como los niños árabes. Siendo yo un púber, un pobre púber árabe. Yo quise darle los cien francos. Es cierto, le di veinte, pero quise darle cien. Dios sabe que digo la verdad. Yo mismo, ¿acaso no me negué a probar quemado el haschisch que me vendió, porque le tuve confianza y por esa sola razón, en la calle iluminada con testigos (mujeres jóvenes en los balcones), una tarde del fin del verano, bajo la jurisdicción de la fuerza pública, en el barrio de Belleville, cerca de la estación de metro Couronnes, limitándome en cambio a olerlo y malearlo un poco para estar seguro de que era haschisch lo que el joven púber árabe me daba a cambio de mi billete? Que debía ser de cien, es cierto. La prueba de mi buena fe: caminé largo tiempo por el barrio de Belleville para encontrar un banco del cual retirar el dinero para pagarlo. Pregunté a dos vendedores, uno de diarios, el otro de crêpes, dónde encontrar un banco con las características requeridas. Tengo el recibo del distribuidor automático del cual retiré, entre otros, el billete de cien francos que con el haschisch en el bolsillo descubrí luego, ya terminada la operación comercial, al fondo del otro bolsillo. ¿Qué hacer, me pregunté? Sí. Volver, hermano, con bajo el brazo la revista con la foto de la chica más linda del mundo. Y decirle, hermano, me equivoqué; hermano, aquí están tus cien francos, puedes quedarte también con el billete de veinte. No volví. ¿Por miedo, por pereza, por deshonestidad? ¿Por mala intención? ¿Por deseo de fumar haschisch y perderme en los ojos fotografiados de la chica más linda del mundo? Fotografiada ocho o nueve veces o tal vez más en el interior de la revista que dice en la tapa, acompañando su foto: la chica más linda del mundo. Textual, rubia de ojos celestes, alemana. No la mujer de mi vida, sino la reina de mi inconsciente. Hay que ver lo perfecta que es, sobre todo cuando uno acaba de estafar a un joven traficante árabe, eso sí, de manera involuntaria, es decir, inconsciente. Fumo el haschisch robado y abro la revista, a la búsqueda de las fotos tantas veces admiradas rapidísimo, escondido tras los estantes de la biblioteca pública. Pero mi sorpresa y mi decepción son grandes, porque las fotos no están. ¡No están!! Alguien, algún vándalo, algún pajero, las ha arrancado del corazón de la revista, se las ha llevado a su sucio lecho, las ha clavado a una estéril pared. Sabiendo que con ese gesto privaría a otro de la versión sublime de su propio placer morboso. Estafador, sucio estafador de la biblioteca pública. Mal intencionado. No pises la biblioteca pública, porque te lo advierto: te mataré. Reconoceré tu mirada y tus manos por su impronta en la boca de la chica más linda del mundo, y te mataré. Te perseguiré por las calles del barrio de Belleville, cerca de la estación Couronnes, una tarde de fines del verano. Mirarás sobre tu hombro y me verás doblar la esquina, caminarás más rápido, tratando de llegar a la sombra de la fuerza pública. Una angustia culpable bajará por tus piernas, y comenzarás a sentirte mal. Eso dificultará tu huida. Me acercaré a ti sin hablar, me mirarás a los ojos, pidiendo, pero así sólo aumentarás mi asco y mi rencor. Te hundiré una puñalada rapidísima, mortal. Te desangrarás en la calle. Fumando, te irás. Sólo te ruego, hermano, que al llegar al cielo no hagas el amor con la chica más linda del mundo, porque me costará mucho soportarlo, porque sufriré.

MEMORIAS DE UN EUNUCO EN LA CIUDAD PROHIBIDA

Dan Shi

Traducido al francés por N. Perront

Traducido al castellano por Mariel Lenz

Ninguno de ellos podría manchar la irreprochable genealogía del Hijo del Cielo. En consecuencia, a partir del Emperador Guangwu (25-57 de nuestra era), los eunucos ocupan un lugar privilegiado en la vida del Palacio. Guardianes de la pureza genética, forman un pueblo lo suficientemente numeroso como para pesar tan fuerte como los letrados, o incluso más fuerte que ellos. Desde el siglo VIII los grandes castrados son todopoderosos, a pesar de que no todos sus cofrades pueden aspirar a tantos favores. Cuando Yu Chunhe, a la edad de diecisiete años, entra en 1898 en la Ciudad Prohibida, su situación no es demasiado diferente de la de aquellos centenares de miles de otros eunucos encerrados antes que él, desde hace milenios, en el recinto imperial. Como tantos otros, él fue entregado por un traficante de niños. Como tantos otros, él asiste a las convulsiones de la corte. ¡Y a qué convulsiones! Nada menos que a las guerras de la China contra los bárbaros extranjeros, al demencial repliegue sobre las doctrinas radicales y más tarde a la revolución y a la caída del Imperio... Herido en su propia carne y sin ilusiones, Yu Chunhe contó su vida al historiador Dan Shi, quien publicó su testimonio en forma de novela en 1989. Es posible descubrir allí la existencia trágica de aquellos dos mil hombres sometidos a la violencia y a la voluntad de un puñado de favoritos, así como observar el régimen de organización de sus vidas y sus carreras. También puede constatarse, con cierta sorpresa, la importancia de sus vidas amorosas, obsesionados por la imagen de las mujeres que les estaban prohibidas, pero que podían encontrar en los burdeles. O con quienes podían, en numerosos casos, llegar al matrimonio.

Al día siguiente, Qian el Cuarto me despertó al alba para conducirme hacia donde se encontraba ese famoso amigo suyo que trabajaba para un príncipe y que, en realidad, no era otro que Han Zaokui, uno de los traficantes del palacio. Qian se dirigió hacia él inclinándose obsequiosamente.

-Apresúrate en venir a saludar al maestro Han, dijo tirándome de la manga.

Me incliné muy ceremoniosamente delante del gran rodrigón, quien nos guió por el patio del edificio, frente a la residencia del príncipe, y nos hizo entrar en una pequeña casa repleta de un montón de viejos objetos de cobre, de estatuas, de recipientes, de caligrafías, de pinturas y otras antigüedades que obstaculizaban el paso.

-Señor Han, dijo Qian el Cuarto, éste es el muchacho del que le hablé.

-¿Estás de acuerdo en que tu cuerpo sea purificado?, me preguntó el otro inspeccionándome de pies a cabeza.

No comprendí qué era lo que había querido decir, y miré inquieto a Qian, que pareció sentirse incómodo delante del jefe. Además, con lo disciplinado que yo era, consentí, como me lo indicaba el tío Qian.

-Sí, estoy de acuerdo.

-¿Cómo osas responderle a tu maestro sin prosternarte ante él? enrojeció bruscamente Qian el Cuarto.

Me puse de rodillas humildemente y golpeé tres veces mi frente contra el suelo.

-Está bien, me dijo entonces Han Zaokui. Esta tarde te conduciré a la casa del maestro Bi, en donde vivirás algún tiempo, antes de que tu cuerpo sea purificado.

¡Siempre esa extraña expresión! Recuerdo que al principio me había molestado, y que no había osado pedir una explicación por miedo a ser desobediente. Puesto que lo esencial para mí era conseguir trabajo, me parecía inoportuno hacer preguntas. Me contentaba con prosternarme diciendo:

-Sí, maestro.

-Los encontraré entonces esta tarde en la casa del maestro Bi en la calle Nachang, le dijo Han Zaokui a Qian el Cuarto.

-Allí estaremos, se apresuró a responder Qian.

Cuando salimos, Qian me llevó a un restaurante, y delante de un plato de tallarines, me dijo:

-Puedes agradecer al Cielo el haberme encontrado en tu camino. No es asunto fácil conseguir trabajo en Pekín. ¡Cuánta gente estuvo buscando durante meses y nunca tuvo suerte! Una sola cosa: cuando estés en la casa del maestro Bi, será necesario que obedezcas todo lo que él te ordene hacer, ya que si desperdicias la oportunidad, no podré hacer nada más por ti. Bastante me costó encontrarte ese puesto. No puedo continuar sin ocuparme de otra cosa que no seas tú; también debo pensar en mis asuntos.

No había necesidad de remarcarlo, yo ya sabía que, sin su intervención, no habría podido conseguir ni el peor empleo, y ahora que él me había encontrado un lugar en el que me iban a alimentar, alojar e incluso pagar, me sentía dispuesto a soportar todas las humillaciones, todas las bur-

Testimonio
V de Vian 39

las y todas las maldades para conservarlo. Una sola cosa me inquietaba:

-Tío Qian, ¿qué fue lo que quiso decir el maestro Han cuando habló de purificar mi cuerpo? No me animé a preguntarle, pero no comprendí.

-¡A mí me lo preguntas!, contestó tratando de esquivar el asunto. ¿Crees que yo sé algo más que tú sobre este tema? Una sola cosa: te anticipo que delante de tus nuevos maestros deberás perder esa costumbre de preguntar a diestra y siniestra. Todavía no estás contratado, así que en lugar de crear problemas por tonterías, más te convendría esforzarte por agradecerles. ¡Si quieres trabajar, debes obedecer, y callarte!

Comprendí que mi pregunta le había molestado, de modo que resolví callarme y olvidar esa historia, y no pensar más que en hacer bien todo lo que me ordenaban.

Después del almuerzo, nos pusimos en camino hacia la casa de Bi, que era, como lo supe desgraciadamente demasiado tarde, un agente en séptimo grado de la función pública, que actuaba como castrador para la Oficina de Asuntos interiores de la Ciudad prohibida. Compartía con Liu-la-Fine-Lame, también funcionario del Estado, el monopolio de las castraciones de la capital, y como los voluntarios para la emasculación no alcanzaban a cubrir las necesidades del Palacio imperial que consumía eunucos de a miles, los traficantes de niños les proveían el resto a precios muy interesantes.

En la jerga del medio, se decía que ellos les entregaban "carneros atados", término bastante elocuente, que traducía dolorosamente la realidad: los niños que caían en sus manos no eran sino víctimas entregadas al sacrificio. El palacio cerraba los ojos ante este tráfico repugnante; o incluso mejor, lo incentivaba y lo protegía, en función de su demanda de material humano.

A la tarde nos reencontramos con Han Zaouki en la casa del maestro Bi. Este comenzó por examinarme exhaustivamente, y una vez que me hubo medido y evaluado de pies a cabeza, apoyó su mano sobre mi entrepierna y comenzó a palpar mis partes sin demasiado cuidado. Retrocedí espontáneamente. Por más que yo fuera pasivo y complaciente, sus modales me parecieron poco caballerescos. Han Zaouki me tomó del cuello de mi ropa y me dio un golpe en la espalda con un gesto de reprobación y severidad.

-Quédate en tu lugar, Yu Chunhe, y deja que el maestro Bi te examine.

Ni osé volver a moverme y dejé que el maestro Bi manejara mi intimidad a su gusto; una vez que me hubo palpado bien, meneó la cabeza satisfecho, y dirigió una sonrisa cómplice a Han Zaouki y a Qian el Cuarto, que reían burlonamente a dúo. Me sentía humillado.

-De aquí en adelante, vivirás en la casa del maestro Bi, me dijo Han Zaouki, y deberás hacer todo lo que se te ordene. Volveré en algunos días para ver si todo va bien.

-Bien, maestro, respondí con voz apagada, desesperado por tener que quedarme en la casa de un hombre de modales tan singulares.

-Chunhe, prométeme que no decepcionarás nunca a tus maestros, me dijo entonces Qian el Cuarto. Dentro de algunos días, trabajarás en el palacio, si todo sale bien. En cuanto llegue

a la ciudad, iré a avisarle a tu padre, para que se entere de este tema. Le diré que le enviarás dinero en cuanto recibas tu primer salario y que irás a verlo los primeros días que tengas franco. Pero para que todo eso suceda, será necesario que obedezcas al maestro Bi.

El y Han Zaouki se despidieron del maestro Bi, que los acompañó hasta la puerta. Una vez solos, el maestro me hizo sentar a su lado y me informó largamente de la vida cotidiana en los palacios y de la nueva vida que me esperaba, hablándome con tanta suavidad y gentileza que a la noche ya se me habían disipado todas las inquietudes que me habían atormentado durante el día.

Antes del almuerzo, me condujo a una habitación limpia y agradable, en medio de la cual había una gran bañera con agua tibia que el maestro había preparado para mí. Del cajón de una cómoda sacó una chaqueta y un pantalón azul-grisáceo y me dijo que eran míos y que ese cuarto sería provisoriamente mi habitación.

Al finalizar un succulento almuerzo, como yo no había visto nunca en mi vida, me mandó a acostar temprano invitándome a descansar bien y a no preocuparme por el horario en que me despertaría. La cama era tan mullida que me sentí casi incómodo; luego, pensando en la alegría de mi padre cuando se enterara de que su hijo trabajaría en un palacio, me dormí más confiado que nunca en el futuro y en los hombres. Por fin la suerte me sonreía.

En los días siguientes, pasé la mayor parte de mi tiempo comiendo y durmiendo; durante los intervalos entre estas dos nobles actividades, el maestro Bi me hacía sentar a su lado y se pasaba horas describiéndome el lujo de los palacios y la fascinante vida de los servidores que él frecuentaba, todo esto mientras paladeaba una taza de té. Esta vida era muy agradable y, sin embargo, había algo que me inquietaba. Se suponía que yo era un aprendiz y lo único que el maestro me enseñaba era a descansar

bien, a alimentarme bien, pero sobre todo a no trabajar.

Al ritmo en que iban las cosas, al cabo de unos ocho días, mi rostro se veía saludable, mi piel suave y fresca y yo estaba tan lleno de vitalidad que, una buena mañana, el maestro tomó mis manos, y me sonrió con aire satisfecho:

-Ya estás completamente en forma, muchacho. Creo que voy a poder operarte mañana.

Retiré mis manos rápidamente.

-¿De qué quiere operarme, maestro?

-Sabes bien que para trabajar dentro de un palacio, debes antes que nada purificar tu cuerpo. ¿Y qué es purificar tu cuerpo sino cortarte esa cosita que tienes entre las piernas? Cuando Han Zaouki te lo preguntó, dijiste que estabas de acuerdo. Por otra parte, no tienes alternativa: sin castrarte no puedes obtener el trabajo.

Comencé a temblar de los nervios, y estaba tan convulsionado que fui incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

-No tienes por qué inquietarte, continuó; confía en mi experiencia. Si haces exactamente lo que te indico, no será doloroso ni correrás ningún peligro. Por el contrario, si te resistes aunque sea un poco, puedes perder la vida. Obedéceme, es por tu propio interés.

Enloquecido, me arrojé a sus rodillas aferrándome a la parte inferior de su pantalón, le besé los pies. Había perdido la cabeza, lloraba, gritaba, sollozaba.

-No, no, maestro Bi. Se lo suplico. Por piedad, no quiero. No sabía lo que eso significaba. No puede hacerme esto. No quiero.

-Chunhe, escúchame, dijo entonces el maestro Bi. Han Zaouki vino a verme, hace algunos días, para explicarme la dramática situación en la que te encontrabas. Tú mismo has podido observar qué difícil, si no imposible, era conseguir trabajo en Pekín; además, por compasión hacia ti y hacia tu padre -de quien eres el único sustento- hemos decidido ayudarte haciéndote entrar en el Palacio imperial. Pero, por respeto a las mujeres del Emperador, tu cuerpo debe ser puro. No parece darte cuenta de la oportunidad que se te está ofreciendo. Toma el caso de Li Lianying, el jefe del palacio de la emperatriz Cixi; cuando comenzó, era todavía más pobre y miserable que tú, pero no dudó en hacérsela cortar para poder entrar en la Ciudad. Ahora, es funcionario en segundo grado y uno de los personajes más influyentes del palacio. Debes pensarlo bien, Chunhe. Este mundo está hecho de manera tal que la gente pobre debe, a veces, consentir ciertos sacrificios para poder escapar de su condición. Piensa en tu futuro, considera el ejemplo de Li Lianying e imagínate el honor que le harías a todos tus ancestros si un día llegaras a ser, tú también, un poderoso personaje. No seas egoísta, Chunhe, y si no lo haces por ti, hazlo por tu padre.

-No, no, se lo suplico, no quiero.

Comencé a gritar y a luchar contra mí mismo, volviéndome la imagen del hombre del negocio del prestamista que se bañaba en su propia sangre. Así, de esa misma forma, caí en la trampa de los traficantes. Preso del pánico, me levanté de un salto y me precipité hacia la puerta, pero el maestro Bi fue más rápido que yo. Me tomó de los hombros y me abofeteó cambiando bruscamente el tono:

-Si no quieres, gritó, no voy a forzarte, pero vas a devolverme el dinero que gasté por ti o te denunciaré a la justicia por estafa; sabes bien que tengo relaciones.

-¿Devolverle el dinero?

-Exactamente cien taëls, me dijo con las manos sobre la cadera y el torso encorvado, como si estuviera desafiándome a devolvérselos en ese mismo momento. Esa es la suma por la que Qian te vendió como eunuco, a mí y a los funcionarios del gobierno. Tienes derecho a negarte, pero en ese caso deberás devolverme todo el dinero. ¿De dónde sacarás semejante suma? Ignoro las razones por las que Qian te ha engañado, pero él me estafó también a mí, y yo pagué caro para conseguirte. Sé razonable, te haré entrar en la Ciudad prohibida, no rechaces esta oportunidad inesperada. Por otra parte, muchachito, lo lamento mucho por ti, pero ya no tienes alternativa.

Sus amenazas me causaron el mismo efecto que una ducha de agua fría. Ingenio, no pensé ni un instante en poner en duda lo que me decía, y me sentía casi culpable de las molestias que le estaba causando. ¿Acaso él no había pagado cien taëls con absoluta buena fe para reclutarme como eunuco? ¿Cómo iba a hacer yo, Yu Chunhe, para defender mi causa delante de un tribunal, si me acusaba de haberlo estafado? ¿Podía oponerme a él, que era funcionario del gobierno? Si sospechaban de que yo había sido cómplice de Qian el Cuarto, ¿cómo probaría mi honestidad, si delante de testigos había aceptado purificar mi cuerpo? ¿Por qué Qian me había tendido esa trampa? Tantas preguntas que quedaban sin respuesta zumbaban dentro de mi cabeza. La trampa se cerraba sobre mí y el abatimiento que sentía traía consigo el peso de la abdicación. Ya en ese momento estaba renunciando a luchar. Creía en la fuerza del destino y, desde mi infancia, estaba convencido de que el mío no podía sino estar tejido con sufrimientos y miseria. Si había nacido bajo el signo de una mala estrella, ¿de qué me serviría querer resistir? Había intentado hacerlo huyendo del pueblo bajo la presión de mi padre, ¿pero acaso no me había vuelto a alcanzar el destino? Un sentimiento familiar, mezcla de debilidad, sumisión, fatalismo y apatía, que me había convencido tantas veces de la vanidad que significaba sustraerse a la propia mala suerte, terminó por ahogar la chispa de rebelión que me había animado algunos minutos antes.

-Desde que nací, le dije, mi vida parece encontrarse bajo el

signo del infortunio. Puesto que es así, haré como usted quiera.

-Chunhe, muchachito, ¿por qué hablar así?, replicó dulcemente. Suerte y desgracia no están dadas de una vez y para siempre. Cualquiera conoce buenos y malos períodos en su vida. Es cierto, en este momento te encuentras en lo más bajo, pero un día la suerte te sonreirá también a ti y te harás rico y poderoso...

Así habló durante largos minutos, pero por más que hablara y argumentara, yo tenía el corazón demasiado destrozado como para escuchar lo que decía. Abandonando al maestro Bi con sus argucias, volví a mi habitación, sin agregar nada.

Dos días después, me hizo entrar en una pieza a la que llamaba su gabinete de purificaciones. El lugar estaba muy someramente amueblado: había una cama rectangular apoyada contra la pared del fondo, al lado de una mesa llena de instrumentos quirúrgicos y de un calentador a alcohol sobre el que estaba apoyada una cacerola; a la izquierda se encontraba el armario de los medicamentos, rebosante de plantas secas, raíces, polvos, píldoras y ungüentos que despedían uno de esos perfumes que hacen doler la cabeza. Un extraño mueble con muchos cajones, de aproximadamente un metro de alto por dos de largo, atrajo mi atención. El maestro Bi me sorprendió mirándolo.

-Ese, me dijo, es el placard en donde guardo los cofrecitos en los que conservo las partes de todos aquellos a los que opero.

-¿Es verdad? ¿Guarda esas cosas después de haberlas cortado? Pero si ya no sirven para nada.

-No te engañes, muchachito, dijo abriendo un cajón, y es por eso que las conservo preciosamente en estas pequeñas cajas numeradas. Pronto pondré las tuyas, y el día en que hayas ascendido de grado y te hayas convertido en un hombre lo suficientemente rico como para comprármelas, podrás venir a recuperarlas.

-¿Y qué haré con ellas?

-¡Les harás funerales! ¿Te atreverías, después de tu muerte, a presentarte delante del rey de los Infiernos, con un agujero entre las piernas? Si quieres reencarnarte entero, es necesario que te presentes entero, y en consecuencia, que ahorres para comprarme lo que te voy a cortar.

Me asaltó una inquietud:

-¿No se van a pudrir, hasta que llegue el momento en que junte con qué comprarlas?

-¿Quizás crees que las guardo en las cajas así como están! Piensa un poco, pronto se infectarían!. ¿Te parece que tienen mal olor?

Pegó uno de los cofres a mi nariz, y no sentí gran cosa, quizás apenas un vago olor mentolado.

-Es todo un arte, la conservación, continuó orgulloso. Un arte delicado, pero no demasiado difícil: una vez que las he cortado, las lavo muy cuidadosamente, luego las seco y las hago freír en un aceite de sésamo. Después las escurro, y finalmente las espolvoreo con una mezcla de minerales, cal, alcanfor, almizcle, madera de alóe y de alcanforero, e incluso polvo de perlas. En realidad, les hago el mismo tratamiento que se les hace a los cadáveres, los embalsamo, pero en lugar de llenarlas con la mezcla balsámica, las mojo por dentro y cuando están bien impregnadas con mi pequeña preparación y desecadas, no tengo más que envolverlas dentro de un trozo de satén amarillo que coloco dentro de una pequeña bolsa de la misma tela. Meto esa bolsa dentro de una primera caja, y allí escribo la fecha y el lugar de nacimiento del propietario, así como también la fecha de operación. Después, la embalo en otro retazo de satén, la ato con una cinta de seda, y la guardo dentro de uno de esos cofrecitos de madera de sauce que tienes delante tuyo. La vuelvo a envolver en un trozo de satén que uno esta vez a un cordón de seda con hilos de tres colores, y no tengo más que pegar la etiqueta roja sobre la que escribo *cien años de bienaventuranza* y el número que le doy. Sobre todo, no hay que olvidarse de ese número. Así, cuando quieras recuperar tu bien, no tendrás más que darme tu número y tu nombre... Ahora, sácate el pantalón, y acuéstate.

Inédito de Julian Barnes

LOS RETROCELOS

Traducción: Elvio E. Gandolfo.



Hace poco una corte de Hong Kong trató el caso de Sun Biu, de noventa y tres años, acusado de arrastrar fuera de la cama a su esposa de ochenta y seis años y patearla repetidas veces porque pensaba que estaba teniendo un *affaire* amoroso. En ocasiones anteriores este nonagenario suspicaz había empujado y golpeado a la esposa mientras la acusaba de tener "amigos". El jurado dejó libre a Sun Biu bajo fianza y le aconsejó, en uno de los juicios más arcaicamente deliciosos de la historia legal, que no fuera tan celoso en el futuro.

El lugar común actual respecto a los celos sostiene que son razonablemente poco frecuentes, que quedan limitados sobre todo a los inexpertos, y que poco a poco se extinguen a medida que las actitudes más iluminadas hacia el sexo se filtran en la sociedad. Todas estas afirmaciones parecen discutibles. Si el incesto es el crimen doméstico no divulgado, los celos son la emoción doméstica no confesada; las personas maduras y las ancianas, aunque alentadas a creer que esta pasión es vergonzosa, si no realmente ridícula en ellos, la sienten con la misma agudeza que los jóvenes; y no muestra indicios de marchitarse.

Los celos constituyen una falla importante en la suposición esperanzada de los años '60 acerca de que cuanto más gente se acuesta contigo más te aflojas; de que un aumento en el tráfico sexual produce una disminución en las emociones desagradables excitadas a veces por el asunto. Más sexo, más emociones, más problemas: ésa parece ahora la línea lógica. Y para culminar, nuevas zonas de crecimiento aprovechables para los celos parecen estar surgiendo sin cesar.

Los celos retrospectivos, por ejemplo, se han convertido en una pequeña industria rozagante: los celos que la segunda esposa tiene de la primera, el esposo celoso de los amantes previos de su mujer, quien se inicia sexualmente celoso/a de las conquistas anteriores de su compañero/a. Otro motivo para cavilar es ese azaroso pasaje al comienzo de cualquier relación en el que te presentan las astillas del pasado de tu amante: junto con las cómodas delicias normales del descubrimiento y el anexamiento, llega aquel nauseabundo instante en que una astilla penetra, cuando adviertes que el pasado es otras personas. Como *esa* persona, y *aquella*, y tal vez incluso *aquella*.

Las reuniones sociales se convierten

Bastaron dos de sus novelas, El loro de Flaubert y Mirando al sol, para ubicar a Julian Barnes entre los más originales narradores de los '80, dedicado a buscar recovecos insólitos en la conducta de sus personajes o a mezclar de modo inseparable el relato y el ensayo. Barnes escribe con frecuencia notas críticas y "opiniones inclasificables" como ésta, publicada por la revista Vanity Fair

en trampas cazabobos; la mente suspicaz imagina gestos privados de entendimiento, códigos y símbolos de un pasado amenazante. ¿Por qué me está mirando de ese modo? ¿Lo hicieron, o no? Aunque el autolacerador no lo advierte, éste es con frecuencia un intercambio en dos sentidos, porque el pasado también puede sentirse celoso del presente... por lo común con buenos motivos.

Los retrocelos son avergonzantes, extraordinariamente inútiles, entusiastamente eliminados una vez que se han esfumado, y considerablemente más comunes de lo que creen aquellos que nunca los han experimentado. Hace dos años, cuando publiqué una novela sobre el tema, varias personas insinuaron que los retrocelos tenían tanta relevancia contemporánea como un mosquete; una cantidad gratificamente mayor me hizo confesiones casuales, levemente embarazosas sobre ellas, que confirmaron cuán insidiosamente adaptables pueden ser los celos a las circunstancias especiales del individuo.

Un amigo, por ejemplo, con un pasado sexual de promedio a lascivo, se había casado hacía poco con una mujer que llegó virgen al altar. Pocas oportunidades aquí para los retrocelos, al menos de parte de él, podría pensarse. En absoluto: mi amigo logró tener celos de los diversos hombres con los que su esposa *no se había* acostado, debatiéndose en un tono de desprecio obsesivo por el fracaso de ellos en hacer aquello que, en caso de haberlo hecho, probablemente lo hubiese vuelto a él aún más celoso.

¿Un caso excéntrico? Pero cuando se trata del sexo, todos somos casos excéntricos. "Mi propia creencia", escribió W. Somerset Maugham, "es que difícilmente exista alguien cuya vida sexual, si fuera transmitida por radio, no llenara al mundo entero de sorpresa y horror". John Lennon, por ejemplo. ¿El apóstol de la libertad de la droga, el liberador sexual, el príncipe de "letting it be", ve y haz lo que quieras? En una entrevista realiza-

anteriores al momento de conocerlo.

En la jerarquía de los celos, los de tipo retrospectivo desempeñan tanto el papel del aristócrata como el del imbécil. Si se da que surgen de una conducta muerta, ininfluenciable, adquieren un matiz refinado, superior, casi altruista. Por otro lado, tienen un C.I. muy bajo: a diferencia de la mayoría de las formas de los celos, lo que hace mover el aparato aquí es siempre intelectualmente indefendible. Oigan cómo empieza el catecismo de los retrocelos: ¿Quieres que quien te acompaña siga siendo virgen hasta que él/ella te conozca? Por supuesto que no. ¿Quieres que él/ella no sea apreciado hasta ese momento? Por supuesto que no. ¿Quieres que él/ella nunca haya tenido impulsos, inquietud, o experimentado una plena satisfacción sexual? Por supuesto que no. Y así sigue el catecismo. Pronto te encuentras ensartado en un anzuelo doble y mayor: ¿Preferirías magnánimamente que la vida anterior de quien te acompaña hubiese sido feliz... en cuyo caso él/ella podría estar menos dispuesto a apreciar la maravillosa buena suerte de encontrarte? ¿O en beneficio de tus propios intereses preferirías que hubiese sido desdichada... en cuyo caso le estás deseando la desgracia a quien declaras amar?

Los retrocelos, a diferencia de sus hermanos más familiares, también pueden crecer hasta convertirse en una obsesión mayor. La fijación en aquella relación previa, aquel amor anterior, resulta ser entonces simplemente la abertura a zonas más amplias de atónico resentimiento: una especie de rabia tonta contra la inmutabilidad del pasado y un quejido metafísico ante el hueco de que las cosas pueden ocurrir realmente en el mundo a pesar de tu ausencia. Una vez más, surge la tentación de autofelicitar por haber arrinconado una marca nítidamente superior de celos... hasta que el imbécil regresa para darte un buen golpe en las orejas.

Síntomas
V de Vian 43

Poemas sin título

Silvina Laura Keselman

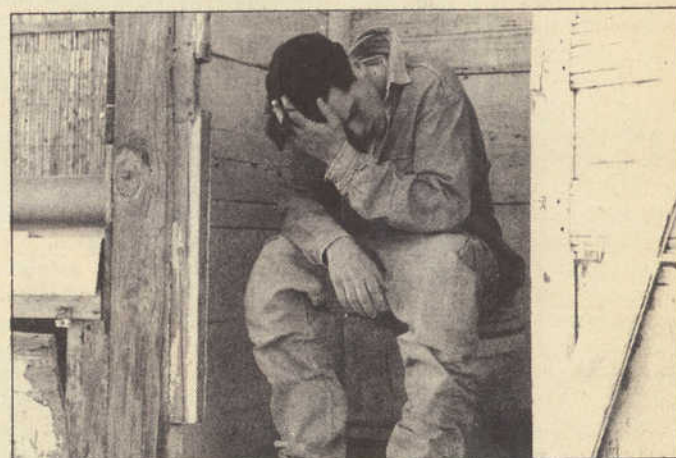
Porteña nacida en 1968, Silvina alguna vez fatigó las aulas de Puan 470 pero hoy prefiere encerrarse en su cuarto para practicar saxo. Prefiere escuchar jazz o Prince y detesta a Leo Buscaglia. Escribe poesía desde tiempo ha y en sus versos se combinan la ternura con un erotismo directo y sin medias tintas.

Las pisadas son águila
de un cráter poblado
con signos de mis reiteraciones

Qué te pasa
que no estoy formando
triángulos con los labios
de un vacío enojadísimo
Qué me pasa
que no vas a volver
y recorrerme
con tu piel reseca

No sé cuáles pueden ser
los sentidos posibles del Regreso
de las segundas veces
cuando todo está emputecido
y el deseo se torna obsesión

(En el centro
de tus erecciones
estaré lamiéndote
los ojos)



No cierres la puerta del baño
esta vez,
quiero verte en tus escondites
e inventar un negativo
con tus posturas de evacuación
Subime la falda
Baja hasta tus manos
estos meses de no tocarnos
y si se te ocurriera
una fórmula para que yo
pueda olvidarte
decímela despacito
aquí
en el oído
de mis transformaciones

Rumiá el sexo vidrioso,
no confundas el centro de placer
Traéte aquí
Silbá tus ojos
aunque no sepas hacerlo

El cinismo elevado,
las manos que se recalientan
y al azar escogen
el silencio más rebuscado,
mis pies no se mueven
capaces de dibujarlo todo

Quién dijo que la herencia
era algo malo
Si me veo de vez en cuando
dentro de sus zapatos
o desenvolviéndome
en una actitud idéntica,
lo único que puedo hacer
es convivir con esas pisadas
para no enloquecer

y si me pregunto
de dónde vienen
tantas respuestas correctas
sólo tengo que cerrar los ojos,
no clavarme el puñal,
evitar las discusiones
con las apariciones imaginadas,
descubrirme con la mirada alerta
en una zona roja
con rostros del mejor recuerdo
prohibido

No cierres tu cuerpo
porque hoy me siento veloz
con paréntesis atroces
para tatuarte
con mi lengua.

Robert MAPPLETHORPE



Mapplethorpe, el fotógrafo maldito que cada tanto visita las páginas de esta revista, publicó, un tiempo antes de morir-se de SIDA, un libro titulado *Las mujeres* donde conviven celebridades con ilustres desconocidas. Entre las primeras se encuentran Sigourney Weaver (foto superior), Lara Harris (acá abajo), Grace Jones, Yoko Ono, Kathleen Turner, Brooke Shields y otras señoritas afamadas. Pero el maestro no pudo con el genio y volvió a su vieja obsesión que, como todo el mundo sabe, eran los muchachos negros y musculosos. Para muestra, la foto de aquí al lado. En los próximos números de *V de Vian* seguiremos con informes ilustrados de nuestros fotógrafos favoritos: el indiscutible Sieff, el genial Erwitte, la increíble Arbus, el envidiado Demarchelier y todos los que ustedes sugieran.



Los mitos del mito

Alguna vez Michel Tournier intentó definir su estética con las siguientes palabras: "Utilizo la mitología porque tiene la maravillosa cualidad de que uno puede empujarla en el sentido del cuento infantil tanto como en el sentido de la abstracción metafísica". Este carácter doble del mito (del que, en el límite, participa toda obra literaria) ofrece la posibilidad de un acercamiento que intente descifrar el mensaje que éste encierra para nosotros ("el mito es un sistema de comunicación, es un mensaje", escribió alguna vez Roland Barthes) sin por eso dejar de lado las preocupaciones estéticas. Porque es cierto que los mitos son historias que ante todo intentan decirnos algo sobre el hombre y el mundo, pero a la vez son parte fundamental de esas narraciones orales que circulaban en los pueblos remotos sin que, en un momento dado, ya nadie pudiera precisar el origen y que después de mucho tiempo fueron fijadas por la escritura. Tal es, por ejemplo, el caso griego, en donde la mayor parte de la tradición mitológica se encuentra en las dos obras literarias fundamentales de ese pueblo, la *Iliada* y la *Odisea*, monumentales recopilaciones de las tradiciones narrativas orales llevadas a cabo por esas manos anónimas y plurales a las que la historia quiso unificar en el nombre de Homero. Tal es también el caso del pueblo judío, que reunió su tradición en un texto que hizo sagrado y a cuyo compilador le dio el nombre de Dios.

El poder del mito, un libro de diálogos mantenidos por el especialista en mitología Joseph Campbell y el perio-

dista Bill Moyers, rescata el carácter doble de estas historias: se deja seducir por su encanto estético (Campbell, en lo que sin duda es lo mejor del texto, se apasiona reproduciendo infinidad de relatos de pueblos remotos en el tiempo o en el espacio) y no se olvida nunca, además, de la relación inseparable entre mito y literatura. Entre sus grandes maestros, Campbell señala a James Joyce y a Thomas Mann.

Pero en el momento de analizar los mitos, Campbell se aleja de la literatura y recurre al psicoanálisis. Ya en su primer libro, *El héroe de las mil caras*, el autor había decidido comenzar con una cita de Freud para plantear su propia estrategia. Inmediatamente a continuación señalaba: "La finalidad del presente libro es descubrir algunas verdades que han estado escondidas bajo las figuras de la religión y de la mitología". Y ésta es la posición desde la cual Campbell se acerca a los mitos. Como si fueran relatos policiales en donde es posible descifrar el enigma y, descubriéndola, ver la verdad, echar luz sobre una historia llena de huecos.

Y aquí aparece un error que en *El poder del mito*, un libro de divulgación que aparece como reproducción escrita de una serie de charlas televisivas de amplia repercusión en los Estados Unidos, se multiplica infinitamente. Campbell se olvida a veces de que si bien estas historias, claro, tienen un mensaje, éste no es de ninguna manera único: como los textos literarios, los mitos pueden ser interpretados de múltiples maneras además de que sus sentidos cam-

EL PODER DEL MITO. Joseph Campbell en diálogo con Bill Moyers. Editorial Emecé.

bian no sólo a través de las distintas épocas sino también para cada hombre. Así, quizás sea cierto que los mitos encierran verdades, pero son verdades que van cambiando, que tocan a los pueblos de diferentes maneras, que pueden verse desde lugares distintos.

Moyers repite infinidad de veces, con una inocencia forzada que trae a la memoria los diálogos socráticos, la pregunta por el significado de algunos elementos presentes en los mitos. "¿Qué significa...?" es una pregunta que el periodista no se cansa de hacer. Y lo más grave: es una pregunta que Campbell no se cansa de responder. Encuentra siempre el sentido, la explicación que aclara toda la oscuridad, que devuelve su lugar a esas narraciones desplazadas que son los mitos. La analogía con los sueños es ampliamente reveladora en este sentido: Campbell (en uno de esos consejos del estilo manual de autoayuda que abundan en el texto) aconseja: "Todo lo que tienes que hacer es recordar tu sueño en cuanto te despiertes, y anotarlo. Después tomas una pequeña fracción del sueño, una o dos imágenes, y haces asociaciones a partir de ellas. Escribe cuanto acuda a tu

mente, lo que venga, lo que sea [...] Pronto habrá un nuevo sueño y la interpretación irá más lejos". El acceso al sentido (no ya a los sentidos plurales) no parece sino un simple juego de niños.

Los mitos siempre proponen una mirada sobre el presente. Bill Moyers se encarga, en la introducción a *El poder del mito*, de subrayar el modo en que Campbell utilizaba los modelos míticos para analizar acontecimientos y figuras de nuestro tiempo: los Beatles y el héroe clásico, el asesinato de Kennedy y el espacio del ritual en los pueblos llamados primitivos, *La guerra de las galaxias* y la lucha entre las fuerzas del Bien y del Mal así como el viaje iniciático del héroe. Pero, dejándonos guiar por esta introducción, nos haríamos una falsa imagen del lugar desde el cual Campbell pone en relación al mito y a la sociedad contemporánea: lo que encontramos en el texto es una nostalgia permanente por ese pasado en donde a los niños que se convertían en hombres el cambio les quedaba grabado en el cuerpo ("Si eres un joven católico, eliges tu nombre de confirmación [...] Pero en lugar de escarificarte y sacarte un diente y todo eso, el obispo sonrío y te da una palmadita en la mejilla. Se ha

reducido a eso. No te ha sucedido nada [...] En los viejos tiempos no había problema. El joven salía de la ceremonia con un cuerpo diferente, y había pasado realmente por algo serio", por esos tiempos en que las misas se decían en latín ("Hasta en la Iglesia Católica Romana, Dios santo, han traducido la misa del idioma ritual a un idioma que posee asociaciones cotidianas"), por esas sociedades en donde los mitos le daban sentido a la totalidad de los hombres y en donde los marginales -los que ponían en duda o intentaban explicar el mundo y actuar

apartándose de las enseñanzas míticas- eran rigurosamente eliminados.

En *El héroe de las mil caras* el autor sostenía que "los ritos preparan a la comunidad para soportar, junto con el resto de la naturaleza, la estación de frío tremendo". Esto es rigurosamente cierto, pero también lo es el hecho de que no sólo a soportar el frío ayudan los mitos sino también cierto tipo de dominación política, cierto tipo de organización social. En este sentido, basta recordar el papel que jugaron las creencias religiosas indígenas en la conquista española.

la. Pero Campbell, temeroso de toda clase de cambio y profundamente preocupado por el problema de cómo hacer para mantener la unidad social e impedir cualquier tipo de cuestionamiento que la ponga en duda, elude toda relación del mito con la política. Sólo se limita a hacer una observación inocultablemente reaccionaria: "[el mundo] es grandioso así como es. Y ustedes no lo mejorarán. Nadie lo ha mejorado nunca. Nunca será mejor de lo que es. Es como es, tómelo o déjelo. No lo corregirán ni lo mejorarán". El único cambio posible, y al que

Campbell vuelve una y otra vez, es el del espíritu individual, el que lleve a la felicidad de cada hombre. El cambio social y el cambio político son, entonces, los grandes ausentes de un texto que podría haber sido un grito de alerta sobre los vacíos de la modernidad pero que finalmente sólo es un alegato nostálgico a favor de tiempos que no lamentamos del todo que se hayan ido.

Mariel Lenz

Imperfecciones

Primera escena: El decorado representa el interior de un cuarto de mujer. Sobre la cama se mezclan vestidos, pañuelos, algunos collares, varios pares de medias. Ella está sentada frente al espejo, el lápiz de labios entre sus dedos. Mira repetidamente el reloj. Son más de las diez. Termina de pintarse y se incorpora para mirarse de cuerpo entero. No sonrío. Vuelve a mirar el reloj. Son las diez y media. Vuelve a sentarse. Todo es solemne. Hasta que suena el timbre, entonces sonrío.

Segunda escena: El hombre sale de su casa a las ocho en punto. Saluda a su mujer y acaricia la cabeza de su pequeña hija. Camina dos cuadras y se detiene frente a la parada del colectivo que lo conducirá, como todos los días, hacia su trabajo. Espera unos minutos mientras se arregla la corbata.

Se impacienta. Enciende un cigarrillo. Lo apaga. Continúa esperando. Súbitamente estira los ojos al ver pasar a "su" colectivo por la otra esquina alejándose velozmente, sin explicación.

Estas escenas no forman parte de *De la imperfección*, sin embargo el texto se pregunta en cada página cómo se espera aquello que puede o no llegar; cómo se mira lo que no se espera ver. Estas escenas no forman parte del texto porque Greimas es un hombre sabio y prudente. Y sabe que una teoría cabal de la ruptura que provoca en la vida cotidiana un hecho insólito, sólo puede realizarse a partir de la literatura que es en sí misma

una fractura de lo cotidiano. Así, la primera parte del libro se aboca, bajo el título de "La fractura" al análisis semiótico

DE LA IMPERFECCIÓN.

Algirdas-Julien Greimas.

Trad. Raúl Dorra. Fondo de Cultura Económica. Universidad de Puebla. 1990. 97 pág.

de cinco textos de la literatura del siglo XX: *Viermes o los limbos del Pacífico*

Michel Tournier, *Palomar* de Italo Calvino, "Ejercicio para piano" de Rainer Maria Rilke, *Elogio de la sombra* de Junichiro Tanizaki y "Continuidad de los parques" de Julio Cortázar.

La técnica para el análisis de estos textos es siempre la misma y consiste en aislar un fragmento del todo y desmenuzarlo por medio de la cita. Donald Davidson diría que la cita es un recurso usado para referir formas tipográficas o fonéticas mediante la exhibición de muestras, esto es, inscripciones o emisiones que tienen esas formas. Es por esto que la cita siempre es capciosa y, en este caso en particular, lo es de manera reiterativa ya que, lo que se quiere mostrar mediante este recorte es la suspensión del tiempo y la paralización del espacio en ese instante en el cual chocan el acontecimiento cotidiano con-

tra el acontecimiento extraordinario.

Este reduccionismo interfiere en la calidad de los análisis de los textos propuestos en tanto que, el arte, "el acontecimiento estético", al que aquí se apunta, no puede constituirse sino mediante momentos muy breves. La alegría es instantánea y los instantes que ella hace valer no son más que instantes. Es cierto que, si se pretende fidelidad a las impresiones puras, a ciertas impresiones privilegiadas, a aquellas que, por el resurgimiento de la sensación pasada, dan impulso a la imaginación, es menester borrar a las demás.

Entonces, si se busca en *De la imperfección* un sentido revelador de los textos propuestos, no se encontrará. No hay, en el caso de la obra de Michel Tournier, tomándolo como ejemplo, una sola alusión a los efectos de la ausencia del otro para el sujeto. No se interroga sobre las consecuencias de esta falta sobre la estructura del mundo. Sin embargo, si uno se conforma con esta mirada parcializadora de la primera parte, puede acceder con gran placer a la segunda, denominada "Las escapatorias", don-

LIVING - COMEDOR

UN PROGRAMA SIN DEPENDENCIAS

Viernes de 20 a 21hs



POESIA/NARRATIVA

TALLER de VULCET Y ESCRITURA

un espacio para la palabra
52-2768
Lic. en letras

Lecturas
V de Vian 47

desereúnen todas las lecturas y se analiza con absoluta brillantez el entramado de la cotidianeidad, la belleza de la espera que antecede de manera figurativa a todo acontecimiento, el trastorno del sujeto frente a la visión extraordinaria, la pérdida de significado de nuestros comportamientos cotidianos y, hasta una tímida caracterización de la pasión.

En esta segunda parte donde el lector se encuentra con el

Greimas, autor de la *Semántica estructural*. Donde se encuentra con el pensador que, promediando la década del '60 provoca la extensión del método saussuriano fuera del dominio lingüístico en donde se había desenvuelto y lo expande hacia todo proceso de comunicación. Es aquí donde la frase "hacer de la pequeñez cotidiana una silenciosa batalla por la belleza" cobra sentido.

Es en "Las escapatorias" donde las dos escenas del principio podrían haber encontrado su lugar (como lo encuentra tímidamente la obra de Proust, infaltable en todo texto que hable sobre la percepción, el recuerdo y lo cotidiano, uniéndose con su magdalena sumergida en té a los otros textos). Un lugar entre valoraciones éticas del acontecimiento, entre descripciones al estilo barthesiano del vestuario

femenino. Entre una teorización precisa pero no hermética de la imperfección.

Entonces, si toda lectura o reseña literaria debe responder a la pregunta sobre la legibilidad del texto en cuestión, la respuesta en este caso es: se trata de un texto para ser leído, aunque como señala su traductor, Raúl Dorra, "la semiótica ya no está de moda".

ESTHER FELDMAN

AVENTURAS DE LA IMAGINACION

En el límite no siempre preciso entre la historia y la ficción, la mentira puede ser conciliadora; capaz de incidir en la realidad y modificarla, de concretar su propia secuencia de verdades.

Roberto Hilaire Calabert es un niño de once años que en la mañana de año nuevo de 1938 sale de su casa empujado por el tedio. Sube a un tren de carga que lo lleva hacia un destino incierto, allí conoce a Tardewsky, un rufián dispuesto a matarlo, que le perdona la vida a cambio de una historia engañosa. El texto avanza sobre esa mentira, que cautiva a su destinatario y le permite al chico salvarse al mismo tiempo de la muerte y del aburrimiento.

Ese relato inicial, que es "una mezcla caprichosa de verdades", retazos hilvanados de anécdotas escuchadas, abre paso a la aventura y desata una cadena de historias que se relacionan a la manera de cajas chinas.

Como la mentira de Calabert, que se construye sobre otras narraciones, *El muchacho peronista* trabaja también sobre la base de otros textos: de *Respiración artificial* aprende no sólo un modo de configuración del relato -historias que se remiten e intercalan simultáneamente-, sino que allí también se puede ir a

la vida de Tardewsky, que Figueras reinventa.

El otro parentesco ineludible es sin dudas Arlt. "Yo no soy un perverso, soy un curioso de esa fuerza enorme que está en mí..." dice Silvio Astier sobre el final de *El juguete rabioso*, intentando definirse. Esa frase se abre camino hasta Calabert, que inaugura con la fuga su afición por los detalles y las descripciones. Lo que el chico anhela es convertirse en un "héroe", como Astier, como Tardewsky, ir "apilando bravata tras bravata, edificando al revés". La traición será en los dos casos un modo de recortarse del resto.

La curiosidad por lo otro y por sí mismo lo vuelve a Calabert primero un voyeur y después un asesino. Al encontrarse con el general Perón en un prostíbulo, a punto de ser descubierto lo mata cometiendo así su primer crimen. Igual que Astier cuando traiciona al Rengo, lo que busca Calabert es probar en sí su desenfreno: "Acababa de descubrir en mí un poder que me diferenciaba del resto de los mortales". El chico mata a Perón porque sí, porque siente una curiosidad insaciable.

El amor por la aventura persigue un aprendizaje del mundo y de sí mismo. La literatura, los sueños, la imaginación, vendrán a probar su fuerza en la realidad, intentando

"convertir la mentira en un matiz de verdad", van a modificarla.

Aventura iniciática para el héroe y también para el autor, *El muchacho peronista* es la primera novela de Figueras, no así su primer incursión en las letras, a las que accedió desde otros géneros: una biografía, la de Jim Morrison, publicada el año pasado; anteriormente guiones de historietas, trabajos periodísticos -reportajes, notas- alternaron con otras producciones: comentarios de cine, guiones de videoclips y trabajos como compositor y cantante en una banda de rock.

El título de esta novela de Figueras se recorta sobre una frase consabida, con reminiscencias de himno. *El muchacho peronista*, y no en plural porque escribe una experiencia individual, no de conjunto inventa una versión subjetiva y fantaseosa de la historia. La caracterización de las figuras de Perón y Potota -la primera esposa del general- es puramente imaginativa; el trabajo con la historia es desquiciante, no referencial. Hay un relato "curioso" de las vidas privadas de estos personajes, particularmente de Potota, que resulta sorprendente y a ratos conmovedor.

En todo caso, la aventura del texto traiciona -como Silvio al Rengo, como Calabert a Tardewsky- cualquier expectativa de sujeción histórica.

En parte fantástico, porque se permite volver atrás en el tiempo para modificar los hechos o anticiparlos en lo onírico, el relato de Figueras puede leerse como una reescritura: de la literatura de Arlt, de Piglia, de la historia misma; pero también al trasluz de relatos decimonónicos, con matices aprendidos de las páginas de un Dickens, por ejemplo.

Finalmente, el viaje es el recurso, incluso poético, para llevar a cabo una apuesta central: la aventura de la imaginación. Simultáneamente a la historia del protagonista, desfilan por el texto una hilera de microrrelatos. Las andanzas del chico lo acercan a muchos personajes, en todos es evidente la avidez de narrar, para algunos "contar" resulta incluso terapéutico.

Calabert se anima a vivir sus fantasías, parece hacerse eco del sentimiento de un personaje de Piglia: "A veces me ha pasado que me he entusiasmado con lo que leo y siento el deseo de vivirlo inmediatamente".

Graciela Batticuore

Que se mueran los feos

Boris Vian
Trad. Karina Galperín

Resumen de lo publicado: Rocky es un chico virgen que está muy fuerte. Sin querer se mete en una trama de crímenes, ladrones de fluidos vitales y chicas hermosas.

XI. Hacemos conjeturas.

Corro para poder alcanzar el primer ascensor. Se me escapa delante de las narices. Entro en el segundo y el ascensorista se da cuenta de que estoy muy apurado.

-Décimesexto, digo. Al Call.

-O.K., dice sonriéndome.

Para no quedar en deuda, le doy un dólar y un cigarrillo que se guarda en el bolsillo del pantalón. Subimos a toda velocidad y casi nos pasamos de piso. Ya estoy afuera antes de que vuelva a cerrar la puerta, y voy hacia el pasillo cuando una mano me detiene. Me doy vuelta y reconozco a Gary. Era él el que me había cerrado la puerta del ascensor en la cara.

-Te gané, dice. A mi oficina, rápido.

El bolso de la que dice ser Cynthia hace bulto debajo de mi ropa y me gustaría mucho deshacerme de él.

-¿Qué es lo que te pasa? dice Gary. ¿Algo nuevo?

Gary parece estar tan excitado como yo. Esto es tan divertido como cuando jugaba a las escondidas con mis amigos detrás de los gasómetros. Ya hace doce años de todo eso.

Entramos. Tiene oficina propia, es una suerte. No sé exactamente de qué trabaja, pero debe ser algo así como editor asociado de un cierto número de diariuchos, lo cual le otorga el privilegio del aislamiento.

-Mirá lo que tengo, digo una vez que la puerta está cerrada.

Y apoyo el bolso sobre la mesa. Gary me mira con los ojos bien abiertos. Su rostro bronceado expresa la más absoluta incompreensión.

-¿Qué es esto? dice. ¿Ahora te dedicás a asaltar mujeres por la calle?

Doy un golpe fuerte sobre la mesa.

-Es el original y auténtico bolso de una persona que dice llamarse Cynthia Spotlight.

Hace un gesto de sorpresa con los ojos.

-Bueno, dice. Tocado. Contá.

Le cuento todo lo que hice, y no parece tan enojado.

-¿Estás seguro de que no te siguieron?

-Estoy seguro de lo contrario, digo. De todas maneras había dos tipos más. Por lo menos dos más.

-Bueno... concluye. Ya volveremos a hablar de eso. ¿Qué es lo que hay ahí adentro?

-No sé, digo. No lo abrí.

Esta vez me mira con algo que se parece mucho a la admiración. Me siento agradablemente halagado.

-¿Me pregunto cómo pudiste aguantar! exclama adueñándose del bolso. Yo creía que no decías nada porque no habías encontrado nada.

Lo abre y lo da vuelta sobre el escritorio. Caen distintos objetos, la mayoría femeninos: polvera, rouge, encendedor,

y después cigarrillos, fotos, dos sobres.

Gary deja de lado el resto de las cosas y se lanza sobre los papeles. El primer sobre lleva escrito un nombre: Cora Leatherford, y una dirección en la loma del diablo, del lado de South Pasadena. Está vacío. El segundo sobre está virgen y aparentemente contiene dos fotos 9 x 12. Un momento, creo que son las mismas que estaban en la cabina telefónica, y Gary debe tener la misma impresión, porque me tiende el sobre. Miro el resto y las otras fotos antes de abrir. Son fotos instantáneas de aficionado en las que reconozco a la muchacha de la boca grande, primero sola... y, en la segunda, al lado de un tipo grandote en quien no me cuesta distinguir a mi amigo Wolf Petrossian... el difunto Wolf Petrossian.

Doy vuelta la foto. Tres palabras: Wolf a Cora. Es ella. Se lo explico a Gary.

-Perfecto, dice. Ya sabemos por qué tu encanto no dio resultado. La chica está todavía resentida por el golpe de esa pérdida cruel.

-¡Pero!, digo ridículamente presumido. Dos días más, y me hubiera contado todo.

-¿Qué estás esperando para mirar lo que hay adentro del sobre?, me dice.

-Seguramente no son las mismas, digo, porque lo que ella quería era recuperar las otras.

-Quería recuperarlas para destruirlas, responde Gary, pero quizás sean las mismas.

-Lo mejor va a ser que nos fijemos, digo.

Y abro el sobre con mano insegura.

Respiro, aliviado. Pero no por mucho tiempo. La primera es de Bérénice Haven.

La segunda, sin siquiera la sombra de una duda, es Cynthia Spotlight. ¡La auténtica!... La que desapareció. A la tercera no la conocemos. Gary me saca las fotos y las vuelve a poner en su lugar. Los nombres están atrás. Son esos. La tercera es entonces una tal Mary Jackson.

Recapitulo, tanto para Gary como para mí.

-Entonces así es como son las cosas, digo.

En primer lugar, me droga un individuo X, me raptan unos desconocidos que quieren hacerme acostar con una tal Bérénice Haven, desaparecida, y, no consiguiendo de mí lo que buscan, encuentran, sirviéndose de medios eléctricos, con qué suplantar mi carencia.

En segundo lugar, a un amigo del individuo X, llamado Wolf Petrossian, lo encuentran muerto dentro de una cabina telefónica, a dos pasos del lugar del que me raptaron, después de haber escondido dentro de esa cabina unas fotos tan horribles que me dan náuseas y a vos debe pasarte lo mismo.

En tercer lugar, una banda A trata de recuperar esas fotos y liquida a algunos canas para, de todas maneras, no llegar a conseguirlas. La misma banda, o una banda B, intenta una segunda recuperación en la cabina, después en mi casa; este último hecho tiende a probar que hay dos bandas diferentes, de las cuales una me conoce: la del individuo X.

En cuarto lugar, sabemos que también desapareció otra mujer: Cynthia Spotlight.

Y que una tercera va a desaparecer, a menos que esto ya haya ocurrido.

Gary me interrumpe:

-Está muy bien tu resumen, dice, pero también sabemos otra cosa: que la gente que rapta a estas chicas no se limita a hacerlas acostarse con muchachos. Están las fotos. Y además está el hecho de que el auto que esperaba en la puerta de tu casa esta mañana llevaba un número de patente falso.

-¿Eso es lo que averiguaste?, digo.

-Sí, concluye.

-Ya te lo había dicho...

XII. Mary Jackson, ¿dónde estás?

-Tenemos muchas cosas que hacer, amiguito, dice Gary. Sería demasiado bueno si lográramos descubrir todo de una sola vez. Ya tuvimos nuestro golpe de suerte esta mañana: ahora, hay que ponerse manos a la obra... Te aseguro que podemos hacer un buen trabajo.

Vuelvo a pensar en Sunday Love y, por asociación de ideas, en mi bife doble con espinacas.

-Con todo esto, digo, al final no pude terminar mi almuerzo, y se me arruinó la conquista.

-¡Pero por Dios!, me dice Gary, ¿querés seguir siendo casto o no?

-Ahora que soy detective y que puedo morir en cualquier momento, digo, empiezo a creer que sería terriblemente idiota no aprovechar el poco tiempo que me queda.

-Y bueno, pichoncito, tendrás que esperar, dice Gary. Para que te distraigas, vamos a llamar a Defato.

Marco el número y Gary espera. Me acerco al tubo y escucho al mismo tiempo que él.

Cambio de impresiones con el hombre de la centralita telefónica, y en un minuto Defato está al otro lado de la línea.

-¿Qué hay de nuevo? dice Gary. Le aviso que estamos trabajando seriamente en el caso.

-No es chiste, dice, medio en serio, medio en broma. Dejen que la policía se las arregle sola.

Realmente es un buen amigo de Gary, porque enseguida agrega:

-Novedades para usted, Kilian. Recién llegaron dos hombres, agujereados como coladores, pero todavía vivos. Uno de los dos es un tal Derek Petrossian, el hermano de Wolf. El otro no dijo su nombre y no hay nada que permita identificarlo, más que una Nash negra con un número falso. Petrossian me dijo que seguía a un tipo rubio enorme que estaba en El Gato con una chica y un compañero que tenía cara de pocos amigos, y al que le habían pagado para eso. Parece que pasaron dos semáforos en rojo, los dos al mismo tiempo y que seguían los dos al mismo tipo; naturalmente, el segundo chocó con el primero y como son tipos muy nerviosos, se dispararon uno al otro. Pienso que se van a salvar. En todo caso, las heridas son bastante sensibles al tacto y, si hacemos todo bien, creo que van a contar unas cuantas cosas. Pero no sé por qué le cuento todo esto.

Gary se ríe.

-Yo tampoco, dice. Gracias Nick, de alguna manera voy a devolverte el favor.

-¡Chau! dice Nick y corta.

-¡Qué tipo bárbaro! dice Gary. ¿Te das cuenta por qué no te siguieron, esta vez? Los dos hombres que iban detrás tuyo se eliminaron entre ellos.

-No me gustan esas costumbres, digo.

Tienen el gatillo demasiado fácil. ¿Qué favor le hiciste a Defato para que te contara

todos sus secretos?

-Es otro secreto, dice Gary. Ahora...

-Ahora, voy a almorzar.

-Ya comiste suficiente, dice Gary. Ahora vamos a llamar a Mary Jackson. Pasáme la guía.

Abro la guía. Misericordia. Solamente en Los Angeles, hay una página entera de Jackson.

-Decidí, le digo. Si probamos con todos, tenemos como para medio día.

-Pero no, dice. Primero vamos a eliminar a todas las que son evidentemente oficinas.

Es lo que hace enseguida marcando los nombres que decide conservar. Después agarra el teléfono, se instala confortablemente en su sillón y empieza la maniobra. Cambia la fórmula como un artista. A veces es el representante de la compañía de seguros, a veces un amigo de Mary que quisiera hablar con ella, etc....

Durante ese tiempo, yo me siento, espero, y sueño un poquito sólo para mí. Vuelvo a ver a Cora Leatherford dentro del auto, al lado mío, y vuelvo a verme al lado de ella..., creo que actuaría diferente si la tuviera ahora a mano. De todas maneras esta situación es molesta. Cada vez que estoy en buena posición con respecto a una chica, no sé qué me pasa... mis convicciones acerca de la virginidad se me suben a la garganta, impidiéndome toda acción útil. La callecita en la que dejé a Cora era muy tranquila... había casas pequeñas con habitaciones pequeñas con alfombras mullidas... Tengo la impresión de que estoy por cambiar la visión del mundo que tenía ayer por otra totalmente distinta. Nada más que un detalle: hoy no hice mi gimnasia diaria pero no me importa en absoluto, preferiría algunos ejercicios de relajación con esa chica de ojos amarillos. Esa, o Sunday Love... o Bérénice Haven... pero es mejor que no piense más en la tercera porque a esa la conozco de una forma que no es nada aconsejable para mi tensión arterial.

Gary parece estar concentrado en alguna cosa... No escuché lo que dijo pero cuando vuelvo a prestarle atención, lo encuentro en una gran discusión a propósito de una tal Cora Leatherford de quien era amigo. Se excita cada vez más pero de repente corta brutalmente la comunicación y comprendo que sin darse cuenta había estado hablando con alguien que le estaba tomando el pelo.

-Este trabajo va a ser terriblemente pesado, dice. Tendremos para todo un día. Tenías razón.

-Y si fuéramos a verlos, digo, ¿no te parece que tendríamos como para un mes?

Se encoge de hombros.

-La última me dijo que era la cuñada del presidente Truman, ¿te das cuenta?

-Quizás sea cierto, digo.

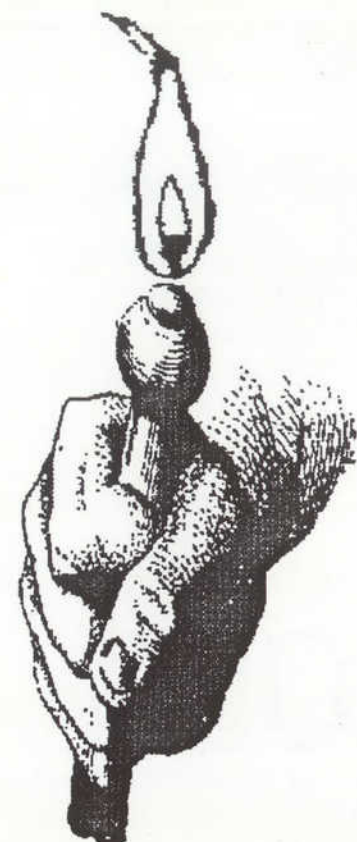
-¿Te parece?... no después de lo que agregé. La cuñada de Truman no es seguramente tan maleducada como para actuar así. ¿No querés reemplazarme por un rato?

-Ah no, digo. Vos fuiste el que quiso jugar al policía, jugá solo. Yo lo único que quiero es seducir chicas, pero eso es todo.

-Para el éxito que tenés.... murmura Gary para sus adentros.

Vuelvo a agarrar el teléfono y vuelvo a marcar. Entre dos intentos, llama al bar del diario para que nos suban algo para comer y tomar y mi ánimo sube, como mínimo, dos metros y medio. Y sigue este juego infernal.

Tranquilos. En cualquier momento Rocky nos da la sorpresa y debuta. Estén atentos.
Continuará.



Sólo necesitás una vela...

y El Libertino para encender tus más tórridas fantasías.

Todos los meses los mejores cuentos eróticos y las fotos más extenuantes.

Por solo \$4.- pedilo a tu quiosquero:

El Libertino

El mensual que se lee con una mano

CADA VEZ MEJOR ESTO DE LEER HISTORIETAS.

PUERTITAS Y PUERTITAS SUPERSEXY

proponen sus grandes novedades de este mes de mayo.

Puertitas Llegar con tapa futurista del catalán Royo. Y ofrece la gran novela gráfica de la ciencia ficción argentina: Iggy de Saccomanno - O'Kif. Sigue adelante con las revelaciones del nuevo comic inglés: Tank Girl de Hewlett y Martin. Y Hunt Emerson, gran exponente del humor lunático entre Peter Sellers y los Monthly Pyton. Además, Mandrafina, Bernet, Tabaré, Parissi, Trillo, Abuli, Domingues y una documentada y veraz Historia de la Caricatura Política.

Supersexy En su número 3, brinda el apoteósico final de Clic - 2 de Milo Manara. Más de 20 páginas donde zapatean todos los ratones en un desenlace imperdible de sexo explícito. Y hay joyas del mejor erotismo a cargo de O'Kif, Vittorio Giardino, Lauzier, Tabaré, Varenne, Font. E información sobre eros en el cine, en el comic, en la vida... Todo, detrás de la tapa con la chica en bicicleta que invita a seguirla.



PUERTITAS Y SUPERSEXY

Son publicaciones de El Globo Editor, una verdadera aventura editorial.